

FÁBULAS

ESOPHO



Pertenecientes a un género antiquísimo y de duradera fortuna en nuestro ámbito cultural, las fábulas son composiciones generalmente breves que proporcionan una enseñanza práctica, un consejo moral o una regla de comportamiento. Pese a su carácter folclórico y popular y su difusión esencialmente oral, ya desde muy antiguo estos cuentecillos se atribuyeron en Grecia casi de forma sistemática a un personaje nebuloso, quizá incluso legendario, llamado Esopo. El presente volumen ofrece las versiones originales de estos textos, algunos de los cuales como «La tortuga y la liebre», «La zorra y las uvas» o «La cigarra y las hormigas» han perdurado sin perder un ápice de vigor hasta nuestros días.



Esopo

Fábulas

ePub r1.0

Titivillus 04.03.15

Esopo, s. VI a. C.

Traducción: Gonzalo López Casildo

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

I. La fábula

La fábula es una composición literaria, en prosa o en verso, en que, mediante una ficción de tipo alegórico y la personificación de animales irracionales, objetos inanimados o ideas abstractas, se intenta dar una enseñanza práctica, a veces incluso con la intervención de personajes humanos y divinos. Suele ser una composición de carácter gnómico, formada por un relato, generalmente breve, al que precede o, con más frecuencia, sigue un consejo moral o regla de comportamiento (conocido comúnmente con el nombre de moraleja) que trata de enseñar un principio general de conducta, presentando un ejemplo específico de comportamiento. La fábula tiene relación con algunos otros tipos de composiciones, como el apólogo, cuya intención es asimismo didáctica, o con los bestiarios, en los que también aparecen animales parlantes.

Durante mucho tiempo se ha especulado sobre el origen de la fábula, en un intento de averiguar si procedía originariamente de Grecia o de la India y cuál de ellas había tenido influencias sobre la otra. Sin embargo, desde el momento en que ha habido conocimiento de las fábulas sumerias, acacias, asirías y babilónicas, ha quedado fuera de toda duda que la fábula más antigua tiene su origen en Mesopotamia. Desde aquí habría llegado a Grecia a través del Asia Menor y por otra parte a India a través de Persia. No obstante, la fábula griega y la india tuvieron influencias mutuas, con intercambio de temas y formas, lo que no es de extrañar, pues desde antiguo se había establecido, generalmente por vía comercial, un contacto entre ambas culturas.

La primera fábula occidental que aparece en Grecia la escribió Hesiodo en el siglo VIII a. C. («El halcón y el ruiseñor», *Trabajos y Días*, 202). Posteriormente vuelven a aparecer fábulas en Arquíloco («El zorro y el mono» y «El águila y el zorro»), en Semónides («El escarabajo y el águila»), y también algunos otros poetas líricos aluden a fábulas. Pero tradicionalmente se ha venido manteniendo, ya desde la antigüedad, que el creador de la fábula griega sería un personaje del que poco o nada conocemos, llamado Esopo (siglo VI a. C.). A él se han ido atribuyendo todas las fábulas griegas que, en realidad, son anónimas y pertenecen a un género popular y tradicional, cuya amplia difusión se fue realizando de forma oral. Estas fábulas más tarde fueron recopiladas en colecciones que se conocieron como fábulas esópicas. Se trata de fábulas, generalmente de animales, que en Hesiodo y Arquíloco contienen una fuerte crítica social, con un ataque directo a la arbitrariedad de los poderosos frente a los más débiles, pero que poco a poco fueron sufriendo transformaciones y se convirtieron en transmisoras de enseñanzas morales y también en ejercicios para las escuelas retóricas.

La fábula griega pronto se introdujo en el mundo romano. Ocasionalmente Horacio e igualmente Cicerón y Apuleyo incluyen alguna fábula en sus obras. Pero fue Fedro (siglo II a. C.),

un liberto de la casa de Augusto, oriundo de Macedonia, quien perfeccionó la fábula en Roma. En su obra incluye fábulas creadas por él, junto con las de tradición esópica que recrea con considerable gracia y un cierto espíritu crítico. Le sigue la obra de Babrio, romano helenizado del siglo II de nuestra era, que se sirve de la fábula como agradable pasatiempo literario. Son también autores de algunas fábulas: Dositeo (siglo II), Libanio y Aftonio (siglo IV) y Aviano, que a finales del siglo IV compuso 42 fábulas esópicas.

La Edad Media recoge la tradición esópica y la fábula adquiere gran popularidad, empleándose tanto como elemento moralizador como a modo de sátira. Durante los siglos XII y XIII, España recibe y, a su vez, transmite los fabularios orientales: Pedro Alfonso, a principios del siglo XII, compuso su *Disciplina clericalis*, una compilación de apólogos orientales, traducidos del árabe al latín; Alfonso X, en 1251, encargó la versión castellana del *Calila e Dimna*; el Infante D. Fadrique, al año siguiente, traducía al castellano, a través de un texto árabe, el *Sendebâr* indio. De ese modo los temas orientales confluían con los de los fabularios de origen griego o latino, que, en esa época, abundaban en Europa bajo los títulos de *Isopete* o *Romulus*.

En los siglos siguientes, XIV y XV, aparecen fábulas y apólogos en las obras del Arcipreste de Hita y de D. Juan Manuel.

El humanismo renacentista convierte las fábulas esópicas y de Fedro en libro preceptivo en las universidades. Así se cuentan en más de 160 las ediciones de fábulas que entre los siglos XVI y XVII se publican en España, ya sean en latín, en castellano o en catalán.

Realmente los siglos XVII y XVIII son los que constituyen lo que bien podríamos denominar como la «edad de oro» de la fábula. En Francia, La Fontaine utiliza ese antiguo género con nuevos motivos y de él parte la concepción moderna de la fábula como género animalístico. Su ejemplo da nuevos ímpetus a este género en toda Europa: Gay, en Inglaterra; Lessing, en Alemania; Pignotti, en Italia, e incluso la moda de la fábula esópica se extiende hasta Rusia con Krylov. En España nuestros más insignes fabulistas son Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego. A estos seguirán, ya en el siglo XIX, Hartzenbush y Campoamor.

II. Esopo y la fábula esópica

Esopo es un personaje al que, a partir del siglo V a. C., se le fue atribuyendo el relato de fábulas tradicionales, algunas de ellas ya conocidas con anterioridad, y se convirtió en una figura emblemática, cuyo nombre sirvió para caracterizar el género fabulístico. Sin embargo, pocos datos tenemos de Esopo, nombre que incluso ha llegado a considerarse legendario. Su existencia se sitúa en el siglo VI a. C. y su origen en Frigia o Tracia. A él hacen referencia, en algunos pasajes de sus obras, autores como Heródoto, Aristófanes, Platón, Aristóteles y también se le menciona en diversas fábulas de colecciones anónimas griegas y de Fedro principalmente.

La primera mención que tenemos de Esopo aparece en Heródoto (*His.* II, 134), quien nos lo presenta como creador de fábulas (*logopoiós*) y esclavo de un tal Iadmón en la isla de Samos, donde comparte esclavitud con la hetera Rodopis, amante del hermano de Safo. También nos menciona su muerte a manos de los habitantes de Delfos, acusado falsamente de un robo

sacrílego, y el castigo que los delfios hubieron de expiar.

En Aristófanes aparece Esopo como un personaje que contaba fábulas (concretamente la de «El escarabajo y el águila») para defenderse de la falsa acusación de los delfios. Del mismo modo, según Aristóteles, interviene en la asamblea de los samios con la fábula de «La zorra y el erizo». En el *Fedón* de Platón, Sócrates, en los últimos días de su vida, en prisión, dice que trata de versificar las fábulas de Esopo que conoce perfectamente.

Todos estos datos y algunos otros, como una copa ática del siglo v a. C. en que se representa una caricatura de Esopo con una zorra, o la estatua, obra de Lisipo, que se dice que los atenienses le erigieron en el ágora en prueba de su reconocimiento, son clara muestra de que ya en el siglo v a. C. se había creado una leyenda en torno a Esopo y de que sus fábulas eran populares.

Pero en el siglo I d. C. (o quizá más tarde) aparece una novela bizantina de la *Vida de Esopo*. En esta, Esopo es de origen griego y, por culpa del destino, esclavo. Su imagen es de extrema fealdad: tripudo, cabezón, canijo, bizco..., una verdadera ruina. Y, por si fuera poco, tartaja y desdentado. No obstante, a esa total fealdad de su aspecto exterior contraponen un ingenio y una sabiduría poco comunes, que le ayudan a salir con éxito de todas las situaciones conflictivas que se le presentan (excepto en Delfos).

En esta *Vida*, Esopo es un personaje que viaja de un lugar a otro, siempre corriendo riesgos y viviendo aventuras. En un primer momento es un esclavo tartamudo, al que su amo vende a un mercader de esclavos que lo lleva primero a Éfeso y más tarde a Samos, donde, a su vez, lo vende al filósofo Janto (nombre que Aristóteles atribuía al amo de Esopo).

Como esclavo de Janto le van surgiendo a Esopo una serie de aventuras e incidentes con la mujer y las esclavas de Janto o con este mismo y sus amigos filósofos. En todas estas situaciones Esopo, con sus dichos ingeniosos, sus fábulas y sus anécdotas, en una palabra con su sabiduría, siempre sale airoso y supera a su amo o a los filósofos, a los que ridiculiza.

Luego, liberado ya por su amo, al que también salva cuando se halla en situaciones apuradas, viaja a Babilonia, a Egipto y, por último, a Delfos, donde muere a causa de la acusación de haber robado una copa de oro del templo. Y los delfios, como castigo a su impiedad, sufren una peste.

Estos son todos los datos más sobresalientes que poseemos sobre Esopo, y de esos relatos en prosa de fábulas de animales que a él se atribuyen nada se ha conservado.

La fábula esópica, por lo tanto, es el nombre que constantemente se ha atribuido a las recopilaciones de fábulas que posteriormente formaron colecciones con materiales que se consideraban propios de Esopo.

La primera de estas colecciones de fábulas de la que tenemos noticia es la que, hacia el año 300 a. C., escribió el filósofo peripatético Demetrio de Falero, según nos cuenta Diógenes Laercio (V, 80). Todas las colecciones posteriores (Fedro, Babrio, Fábulas Anónimas, Aviano, Dositteo, Sintipas) parten de esta. Demetrio lo que hace fundamentalmente es recoger y prosificar las fábulas usadas como ejemplos en la literatura anterior y presentarlas como piezas de una colección.

Las restantes colecciones greco-latinas de fábulas derivan, como hemos dicho, de la colección de Demetrio de Falero, por supuesto con todo tipo de variantes en las fábulas que adoptaron y con

la creación de muchas más.

Las tres colecciones más extensas que nos han llegado: Fedro, Babrio, y Fábulas Anónimas Griegas mezclan la fábula de animales con cuentos, máximas, anécdotas. Es decir, el concepto de fábula es más amplio. Para los rétores y filósofos cínicos (Dositheo, Aviano...) la fábula era un arma de enseñanza y ataque, una mezcla entre lo serio y la broma. Luego se volvió a moralizar y a enseñar en las escuelas.

La transmisión de estas fábulas esópicas se ha realizado principalmente a través de tres colecciones, si bien la más antigua recopilación de fábulas que se conserva, solo fragmentariamente, nos ha llegado en un papiro, llamado Rylands, del siglo I d. C.

Estas colecciones, que se conservan completas, son la Augustana, la Vindobonense y la Accursiana.

La colección Augustana debe su nombre a que el códice se conservaba en Augsburgo, aunque en la actualidad se halla en Múnich. Puede datar del siglo I o II d. C., y es la colección más extensa de fábulas anónimas griegas en prosa.

La colección Vindobonense tiene parte de sus fábulas en verso y aparece con un lenguaje más descuidado.

La tercera colección, la Accursiana, que publicó por primera vez a finales del siglo XV Bario Accursio, a quien debe su nombre, es el resultado de una refundición de las otras dos.

Junto a estas colecciones principales hay transmisiones secundarias de diversos tipos: algunos manuscritos, como el Bodleiano, en que aparecen prosificaciones de las fábulas en verso, o códices, como el Brancacciano, con colecciones tardías y mucho más breves de fábulas destinadas al estudio en las escuelas retóricas.

La estructura de las fábulas suele ser la misma en todas ellas, salvo unas pocas excepciones. Normalmente constan de un relato en prosa, en el que se expone el tema de forma breve y escueta, y se concluyen con una moraleja (epimitio), que en alguna ocasión va antepuesta (promitio) al texto como introducción al tema. Esta conclusión del epimitio puede explicar algo o bien servir de ejemplo o enseñanza a fin de influir en la conducta de alguien, si bien suele ser de tipo negativo, es decir, que explica cómo no son las cosas o pretende que no se actúe de la misma forma que el personaje. Todo ello con una intención didáctica o moralizadora. Los epimitios suelen presentarse con carácter general, sin dirigirse a nadie en concreto. Sin embargo, los epimitios (y los promitios) son de origen tardío y, a veces, no se adaptan bien a la fábula.

La tipología fabulística es variada:

- Fábulas de confrontación o agonales. Estas constituyen el tipo fundamental y son las más numerosas. En ellas, dos —a veces más— personajes disputan sobre alguna cosa.
- Fábulas de situación, en las que se presenta al personaje ante una situación dada y se sacan unas conclusiones.
- Fábulas etiológicas, en las que se intenta explicar la causa de algo.

Los personajes de las fábulas son preferentemente animales parlantes. Todos ellos denotan esas características que tradicionalmente se les atribuyen: la astucia de la zorra, el poder del león, la voracidad y rapiña del lobo, la laboriosidad de la hormiga, la insensatez del burro, la estupidez del mono, etc.

Sin embargo, no son los animales los únicos personajes de las fábulas. También aparecen plantas o árboles, como el olivo, el espino, el cambrón...; hombres de las más variadas condiciones sociales o profesionales: navegantes, comerciantes, médicos, adivinos, labradores, pescadores, filósofos, amos y esclavos, ricos y pobres...; dioses y héroes: Zeus, Hermes, Afrodita, Apolo, Prometeo, Heracles, etc.; e incluso personificaciones de ideas abstractas: la verdad, la vergüenza, el desenfreno, la fortuna...

III. Ediciones y traducciones

a) *Ediciones*. En la actualidad las ediciones que se manejan comúnmente son las de Chambry, Hausrath y Perry. Las tres, muy cuidadas y correctas, con textos razonablemente seguros. Todas las anteriores, superadas por estas, han quedado en desuso.

— E. Chambry, *Aesopi fabulae*, París, 1925; reimpresión 1959.

— E. Chambry, *Esopé. Fables*, París, 1927; 4.^a edición 1985 (con traducción francesa y sin aparato crítico).

— A. Hausrath, *Corpus fabularum aesopicarum I-II*, Leipzig, 1940-1956.

— A. Hausrath, *Aesopische Fabeln*, Múnich, 1940 (bilingüe).

— B. E. Perry, *Aesopica I, Greek and Latin texts*, Urbana, 1952.

b) *Traducciones*. Las traducciones al castellano de las fábulas esópicas son numerosas. La primera, anónima, se imprimió en Zaragoza en 1489 y está hecha sobre el texto latino de Lorenzo Valla de 1439. La última, anterior a la que ahora presentamos, es obra de Francisco Martín y Alfredo Róspide y se publicó en Madrid en 1989. Va precedida de una introducción muy cuidada e interesante.

También queremos hacer mención de la traducción de P. Bádenas de la Peña, publicada en Madrid en 1978 y reimpresa en 1985. En esta, junto con las fábulas, está la *Vida de Esopo* y las *Fábulas de Babrio*, traducidas estas por J. López Facal. Va precedida de una introducción general a cargo de Carlos García Gual.

Estas dos traducciones han sido realizadas desde el griego, a partir de la edición de Perry.

c) *La presente traducción* se ha realizado a partir del texto griego de la edición de E. Chambry. La elección de esta edición (a diferencia de los últimos traductores que, como hemos dicho, utilizan la de Perry) no se ha basado en una preferencia por el texto —pues todas las ediciones nos parecen excelentes—, sino que, a pesar de que contiene un número menor de fábulas, sin embargo creemos que, si algún lector curioso desea acercarse al texto griego, le será más accesible.

En nuestra traducción nos hemos atenido estrictamente al texto griego, pero debemos hacer algunas precisiones:

En la fábula número 85, «El labrador y el árbol», aparece una mezcla de estilo directo e indirecto, por lo que, con la intención de que el lector pueda comprender mejor el texto, nos hemos permitido suprimir un pronombre personal de segunda persona, a fin de que toda la narración quede en tercera persona, manteniendo el estilo indirecto.

Por otra parte, hemos observado que todos los traductores emplean el género masculino para referirse a ciertos animales, como el oso o el camello, mientras que en el texto griego aparecen en género femenino. Nosotros, por el contrario, hemos preferido mantener el género que aparece en griego. No obstante, en la fábula número 148, «El camello visto por primera vez», curiosamente en el título aparece el camello con género masculino, en tanto que en el texto de la fábula se refiere al mismo en femenino. En este caso hemos traducido camello y no camella, manteniendo el mismo sexo en toda la fábula.

Por lo demás, para terminar con palabras de otro gran fabulista, Tomás de Iriarte, confiamos no encontrarnos entre esos traductores que él critica, que «traducen obras celebradas y en asadores vuelven las espadas».

Bibliografía

DELMANT, A., «Politik in den Fabeln Aesops», en *Gymnasium* 98, 1991, pp. 397-419.

GARCÍA GUAL, C., «Historia y ética de la fábula esópica», en *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1976.

— «Ideología y estructura de la fábula esópica», en *Estudios ofrecidos a E. Alarcos I*, Oviedo, 1977, pp. 309-322.

JANSSEN, J., *La fable et les fabulistes*, Bruselas, 1955.

LEIBFRIED, E., *Fabel*, Stuttgart, 1967.

NØJGAARD, M., *La Fable Antique I*, Copenhague, 1964.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*, Salamanca, 1948.

— «La fábula griega como género literario», en *Estudios sobre los géneros literarios*, Cáceres, 1982, pp. 13-46.

— *Historia de la fábula greco-latina I-II-III*, Madrid, 1979-1986.

— *Filosofía cínica en las fábulas esópicas*, Buenos Aires, 1986.

— «The Life of Aesop and the Origins of Greek Novel», en *Quaderni Urbinati di cultura Classica* 1, 1979, pp. 93-112.

— «La fábula», en *Investigación y Ciencia* 53, 1981, pp. 6-20.

FÁBULAS

1. Los bienes y los males

Los bienes, como eran débiles, fueron perseguidos por los males, y subieron al cielo. Los bienes preguntaron a Zeus cómo habían de estar entre los hombres. Este respondió que no se acercasen a los hombres todos a la vez, sino de uno en uno. Por eso, porque están cerca, los males van íntimamente unidos a los hombres; y, en cambio, los bienes acuden a ellos lentamente, pues bajan del cielo.

Nadie alcanza los bienes rápidamente, pero todos somos golpeados por los males a diario.

2. El vendedor de estatuillas

Un hombre que había tallado un Hermes de madera lo llevó a la plaza y trataba de venderlo. Como no se acercara ningún comprador y quisiera atraerse a alguno, pregonaba a voces que vendía un dios benefactor y proveedor de ganancias. Cuando uno de los que se hallaban por allí le dijo: «¡Eh, tú!, ¿y por qué lo vendes si tiene tales cualidades? ¿No sería mejor que tú te aprovecharas de sus beneficios?», respondió: «Yo necesito beneficios rápidos y él suele proporcionarlas ganancias lentamente».

La fábula es oportuna para el avaro que no se preocupa ni de los dioses.

3. El águila y la zorra

Un águila y una zorra que habían trabado amistad decidieron habitar cerca una de otra, suponiendo que el trato reforzaría su amistad. Entonces el águila subió a un árbol muy alto y empolló; la zorra se metió entre las matas que había debajo y parió. En cierta ocasión, cuando la zorra había salido a por comida, el águila, falta de alimento, bajó a las matas y, tras arrebatarse a las crías, las devoró junto con sus polluelos. Cuando la zorra, a su regreso, supo lo ocurrido, no se afligió tanto por la muerte de sus crías como por la dificultad de tomar venganza; pues al ser un animal terrestre no podía perseguir a uno volador. Por eso, de lejos maldecía a su enemiga, lo único que les queda a los incapaces y débiles. Mas ocurrió que, no mucho después, el águila pagó el castigo por su crimen contra la amistad. Pues, cuando unos estaban sacrificando una cabra en el campo, descendió volando y arrebató del altar una víscera en ascuas. Después que la hubo llevado a su nido, se levantó un fuerte viento y de una paja fina y seca prendió un fuego brillante. Y a causa de él los polluelos, quemados —pues todavía no podían volar—, cayeron al suelo. La zorra se acercó corriendo y los devoró a todos a la vista del águila.

La fábula muestra que los que traicionan la amistad, aunque logren evitar el castigo de los perjudicados por su debilidad, sin embargo, al menos, no escapan al castigo del dios.

4. El águila y el escarabajo

Un águila perseguía a una liebre. Esta, ante la ausencia de alguien que le prestara ayuda, al ver un escarabajo, lo único que la suerte le proporcionó, le imploró auxilio. El escarabajo le dio ánimos y, cuando vio que el águila se acercaba, le pidió que no se llevase a quien le había solicitado ayuda. Pero aquella, desdeñando la insignificancia del escarabajo, devoró a la liebre ante su vista. El escarabajo, pensando en vengarse del águila, no paraba de observar sus nidos y, si en alguna ocasión aquella ponía, echando a volar hacía rodar los huevos y los cascaba, hasta que el águila, expulsada de todas partes, recurrió a Zeus —esta ave está consagrada a Zeus— y le pidió que le proporcionara un lugar seguro para su puesta. Como Zeus le concediera que pusiese en su propio regazo, el escarabajo, enterado de ello, haciendo una bola de estiércol, alzó el vuelo y, llegándose al regazo del dios la dejó caer allí. Zeus, al querer sacudirse el estiércol, se levantó y, sin darse cuenta, reventó los huevos. Y dicen que, a partir de entonces, las águilas no ponen en la época en que aparecen los escarabajos.

La fábula enseña que no hay que menospreciar a nadie, por pensar que es tan débil que, ultrajado, no pueda vengarse algún día.

5. El águila, el grajo y el pastor

Un águila, abatiéndose desde lo alto de una roca, arrebató un cordero, y un grajo que lo había visto, por envidia, quiso imitarla. Y, lanzándose con gran estruendo, se precipitó sobre un carnero. Enredadas sus garras en los mechones de lana, batía las alas sin poder elevarse, hasta que el pastor, percatado de lo sucedido, echando a correr, lo cogió y, habiéndole cortado la punta de las alas, al caer la tarde, se lo llevó a sus hijos. Al preguntarle estos qué pájaro era, dijo: «Según yo sé con certeza, un grajo; según cree él, un águila».

Así, competir con los poderosos, además de que no sirve de nada, incluso añade ridículo a las desgracias.

6. El águila con las alas cortadas y la zorra

En cierta ocasión un águila fue capturada por un hombre. Este le cortó las alas y la dejó en su casa en compañía de las gallinas. El águila estaba abatida y no comía nada por la tristeza. Y era igual a un rey prisionero. Otro hombre que la compró, le arrancó las alas y tras ungir las con unguento logró que renacieran. El águila, echando a volar y apresando entre sus garras una liebre, se la llevó como regalo. Una zorra que lo vio dijo: «No se la des a ese, sino al primero, porque ese es bueno por naturaleza; en cambio, congráciate más con aquel, no sea que vaya a cogerte de nuevo y te arranque las alas».

Se debe corresponder debidamente a los bienhechores y alejar prudentemente a los malvados.

7. El águila herida por una flecha

En lo alto de una roca estaba posada un águila, tratando de cazar liebres. Un hombre, disparándole con un arco, la hirió y la flecha penetró hasta dentro, pero la muesca con las plumas quedó ante sus ojos. El águila, cuando la vio, dijo: «Para mí es otro dolor el morir por mis plumas».

El aguijón del dolor es más terrible cuando el peligro parte de uno mismo.

8. El ruiseñor y el halcón

Un ruiseñor, posado sobre una alta encina, cantaba según su costumbre. Un halcón, al verlo, se lo llevó consigo. El ruiseñor, viendo que su fin estaba próximo, le pidió que lo soltara, diciendo que él no era suficiente para llenar la tripa de un halcón y que, si carecía de alimento, debía buscar pájaros más grandes. Y el halcón, respondiendo, dijo: «Pero yo sería estúpido si soltara el alimento que ya tengo en mis garras y persiguiera lo que todavía no ha aparecido».

Así también los hombres más insensatos son los que por esperanza de bienes mayores dejan escapar los que están en sus manos.

9. El ruiseñor y la golondrina

Una golondrina aconsejaba a un ruiseñor que anidara bajo el mismo techo que los hombres y con ellos habitara como ella. El ruiseñor dijo: «No quiero recordar el dolor de mis antiguas desgracias y por eso habito lugares solitarios».

Quien se ha afligido de algún infortunio también quiere evitar el lugar donde ocurrió el sufrimiento.

10. El deudor ateniense

En Atenas, un deudor a quien el prestamista reclamaba su deuda, primero le pidió que le concediera un aplazamiento, diciendo que se encontraba en un apuro. Pero, como no le convenciera, llevó la única marrana que tenía y, en presencia de aquel, la puso en venta. Al acercarse un comprador preguntó si la marrana era prolífica, aquel dijo que no solo paría, sino que de un modo extraordinario, pues había parido hembras en los Misterios y machos en las Panateneas. Atónito aquel ante sus palabras, el prestamista le dijo: «Pero no te asombres, pues también te engendraré cabritos en las Dionisias».

La fábula muestra que muchos, por su propio beneficio, no vacilan ni en atestiguar en falso lo imposible.

11. El negro

Un hombre compró un negro creyendo que tenía tal color por descuido de su anterior dueño. Y,

cuando lo llevó a su casa, le aplicó todo tipo de jabones e intentó limpiarlo con baños de toda clase. Y no pudo cambiar su color, pero le hizo enfermar.

La fábula muestra que las naturalezas se mantienen como fueron al principio.

12. La comadreja y el gallo

Una comadreja que había cogido un gallo quiso comérselo con un pretexto razonable. Y le acusaba de que era molesto para los hombres por cantar durante la noche, sin dejarles conciliar el sueño. Este, en su defensa, decía que lo hacía para provecho de aquellos, porque los despertaba para sus trabajos habituales. Entonces la comadreja le acusó de ser impío con respecto a la naturaleza, pues cubría a su madre y a sus hermanas. Como este dijera que también lo hacía en provecho de los amos, pues con eso les ponían muchos huevos, la comadreja dijo: «Aunque tienes abundancia de justificaciones de buena apariencia, yo, sin embargo, no voy a quedarme sin comida» y lo devoró.

La fábula muestra que la naturaleza malvada, cuando se ha propuesto delinquir, si no puede hacerlo con un pretexto razonable, comete el mal a las claras.

13. La comadreja y los ratones

En una casa había muchos ratones. Una comadreja, enterada de ello, llegó allí y, tras cazarlos uno a uno, se los iba comiendo. Los ratones, atrapados sin cesar, se introducían en sus agujeros y la comadreja, no pudiendo llegar hasta ellos, comprendió que había de hacerlos salir por medio de un plan. Por eso, se subió a una percha y, colgada de allí, se hacía la muerta. Uno de los ratones que asomó la cabeza, al verla, dijo: «¡Anda esta!, aunque fueras un saco, no me acercaría a ti».

La fábula muestra que los hombres prudentes, cuando han experimentado las maldades de algunos, ya no se dejan engañar por sus representaciones.

14. La comadreja y las gallinas

Una comadreja, como hubiese oído que en una granja había unas gallinas enfermas, haciéndose pasar por médico y llevando el instrumental de tal ocupación, se presentó allí, y, parada ante el gallinero, les preguntó cómo estaban. Ellas, respondiendo, dijeron: «Bien si tú te alejas de aquí».

Así, los hombres malvados tampoco pasan inadvertidos a los prudentes, aunque finjan las mayores bondades.

15. La cabra y el cabrero

Un cabrero llamaba a las cabras al aprisco. Una de ellas quedó atrás, comiendo algo dulce. El pastor le arrojó una piedra con tan buena puntería que le rompió un cuerno. Y suplicaba a la cabra

que no se lo dijese al amo. Ella dijo: «Aunque yo calle, ¿cómo lo voy a ocultar?, pues a la vista de todos está mi cuerno roto».

La falta, cuando es manifiesta, no es posible ocultarla.

16. La cabra y el burro

Un hombre alimentaba a una cabra y a un burro. La cabra, envidiando al burro por la abundancia de su comida, le decía: «Recibes muchos castigos, unas veces moliendo, otras llevando carga», y le aconsejaba que, fingiendo un ataque, se dejara caer en una zanja y consiguiera así un descanso. El burro le creyó, se dejó caer y se descoyuntó. El amo, habiendo llamado al veterinario, le pidió que lo socorriera. Este le dijo que le aplicara el bofe de una cabra y recobraría la salud. Y, tras sacrificar la cabra, curaron al burro.

Quien maquina insidias contra otro se hace el principal causante de sus propios males.

17. El cabrero y las cabras monteses

Un cabrero que había llevado sus cabras a pastar, al ver que se mezclaban con otras monteses, al caer la tarde, a todas las hizo entrar en su cueva. Al día siguiente, desencadenada una gran tormenta, no pudiendo llevarlas al pasto acostumbrado, las cuidaba dentro, echando a las propias comida moderada, solo para que no pasaran hambre; y, en cambio, amontonaba más para las extrañas, con la intención de apropiárselas también. Pasada la tormenta, cuando sacó a todas al pasto, las monteses, tirando al monte, huían. Como el pastor les reprochase su ingratitud, ya que lo dejaban después de haber recibido más cuidados, volviéndose le dijeron: «Pues también por eso mismo más nos precavemos, porque si a nosotras, que nos hemos acercado a ti ayer, nos trataste mejor que a las que llevan tiempo contigo, resulta evidente que, si también se te acercasen otras después de esto, las preferirías a nosotras».

La fábula muestra que no debemos acoger con satisfacción las amistades de quienes nos estiman más a los amigos recientes que a los antiguos, sino pensar que, si se hacen amigos de otros al envejecer nuestra amistad, los preferirán a ellos.

18. La esclava fea y Afrodita

Un amo amaba apasionadamente a una esclava fea y malvada. Esta, con el dinero que él le daba, se arreglaba con esplendor y rivalizaba con su propia ama. Continuamente ofrecía sacrificios a Afrodita y se ufanaba porque la había hecho bella. Pero esta se apareció en un sueño a la esclava y le dijo que no le estuviera agradecida porque la hubiese hecho bella, «sino que estoy enfadada e irritada con aquel a quien tú pareces bella».

No conviene que los que se enriquecen por medios vergonzosos se cieguen, y menos si son viles y feos para mayor vergüenza.

19. Esopo en un astillero

Esopo, el fabulista, disponiendo de un rato libre, entró en un astillero. Como los obreros le provocasen con bromas y le incitasen a replicar, Esopo les contó que antiguamente existían el caos y el agua, pero que Zeus, queriendo mostrar también que la tierra era el tercer elemento, aconsejó a esta que se bebiese el mar en tres tragos. Y ella, con el primero mostró los montes; habiendo dado un segundo trago, dejó al desnudo las llanuras, y «si le pareciese bien beber también agua por tercera vez, vuestro oficio se haría inútil».

La fábula muestra que los que se burlan de los mejores, sin advertirlo se ganan réplicas más punzantes de ellos.

20. Los dos gallos y el águila

Dos gallos se peleaban por unas gallinas y uno puso en fuga al otro. El vencido se marchó a un lugar sombreado y se ocultó. El vencedor, envanecido, se encaramó a lo alto de un muro y cantó a plena voz. Un águila descendió volando directa a él y lo apresó. El que estaba oculto en la oscuridad pisó sin miedo desde entonces a las gallinas.

La fábula muestra que la divinidad se opone a los soberbios y concede gracia a los humildes.

21. Los gallos y la perdiz

Un hombre que tenía gallos en casa encontró en venta una perdiz domesticada, la compró y la llevó a casa para criarla junto con aquellos. Como estos la picaran y acosaran, la perdiz se hallaba atribulada, pensando que era desdeñada por ser de otra especie. Pero, pasado un poco de tiempo, cuando observó que los gallos se peleaban entre sí y no se separaban antes de haberse hecho sangre, se dijo a sí misma: «No me disgustaré ya más porque me piquen, pues veo que ellos tampoco se perdonan».

La fábula muestra que los prudentes soportan fácilmente los excesos de sus vecinos cuando ven que ellos ni siquiera perdonan a sus parientes.

22. Los pescadores y el atún

Unos pescadores que habían salido de pesca, aunque se fatigaron durante mucho tiempo, nada capturaron, y, sentados en la barca, se hallaban desalentados. En eso, un atún perseguido, que se precipitaba con gran estrépito, saltó, sin advertirlo, a la barca. Los pescadores lo capturaron, se lo llevaron a la ciudad y lo vendieron.

Así, muchas veces lo que no proporcionó el oficio, lo otorgó la suerte.

23. Los pescadores que pescaron piedras

Unos pescadores tiraban de una red. Y, como era pesada, daban saltos de alegría, pensando que habría abundante pesca. Pero cuando, al arrastrarla hasta la orilla, encontraron pocos peces y la red llena de piedras y desechos de otro tipo, se desanimaron sobremanera, no tanto contrariados por lo ocurrido como porque habían imaginado lo contrario. Uno de ellos, que era viejo, dijo: «Dejémoslo ya, compañeros, pues, según parece, la pena es hermana del gozo y, puesto que habíamos disfrutado de antemano, sin duda debíamos sufrir también alguna decepción».

Pues bien, viendo lo mudable de la vida, no debemos alegrarnos siempre de las mismas cosas, y pensar que forzosamente del buen tiempo nace la tempestad.

24. El pescador que tocaba la flauta

Un pescador experto en tocar la flauta se acercó al mar con su flauta y sus redes y, situado sobre una roca saliente, tocó primero la flauta, pensando que los peces saltarían espontáneamente hacia él ante el agradable son. Mas como, después de esforzarse mucho, no obtuviera ningún resultado, dejó la flauta, cogió el esparavel y, tras echarlo al agua, pescó muchos peces. Al sacarlos de la red a la orilla, cuando los vio saltar, dijo: «¡Malditos animales!, cuando tocaba la flauta no bailabais; ahora, en cambio, cuando he cesado, lo hacéis».

La fábula es oportuna para los que hacen algo a destiempo.

25. El pescador y los peces grandes y pequeños

Un pescador, al sacar del mar la red, apresó en ella los peces grandes y los esparció por tierra. Sin embargo, los peces más pequeños escaparon en el mar por los agujeros.

La salvación es cosa fácil para los que no son afortunados, pero rara vez se puede ver que evite los peligros quien es grande por la fama.

26. El pescador y el picarel

Un pescador echó la red en el mar y sacó un picarel. Como era pequeño, le suplicó que no lo cogiera en ese momento, sino que lo dejara. «Cuando crezca —dijo— y sea grande, me podrás coger, y entonces te seré de más utilidad». Y el pescador dijo: «Tonto sería yo si, soltando la ganancia que está en mis manos, aunque sea pequeña, esperara una supuesta, aunque sea más grande».

La fábula muestra que sería insensato quien suelta lo que tiene en sus manos, aunque pequeño, por esperanza de algo mayor.

27. El pescador que batía el agua

Un pescador se hallaba pescando en un río. Y, cuando tendió las redes y abarcó la corriente desde todos los lados, batía el agua con una piedra atada a una gruesa cuerda, para que los peces, al huir, inevitablemente cayesen en ellas. Uno de los habitantes del lugar, sin embargo, al ver lo que hacía, le censuró por enturbiar el río y no dejarles beber agua clara. Él respondió: «Si no remuevo el río así, moriré de hambre».

Así también los dirigentes de las ciudades consiguen más cuando llevan sus patrias a la sedición.

28. El alción

El alción es un pájaro amante de la soledad que vive permanentemente en el mar. De él se dice que, para precaverse de las cacerías de los hombres, empolla en los escollos costeros. En cierta ocasión, un alción, cuando iba a hacer la puesta, buscó un promontorio y, al ver una roca junto al mar, decidió empollar allí. Un día que salió por comida ocurrió que el mar, agitado por un impetuoso viento, subió hasta el nido y, cubriéndolo de agua, ahogó a los polluelos. El alción, a su vuelta, cuando se percató de lo sucedido, dijo: «¡Desgraciado de mí, que, guardándome de la tierra por insidiosa, me refugié en el mar que me ha resultado menos de fiar!».

Así también algunos hombres, guardándose de los enemigos, caen, sin darse cuenta, en amigos mucho más molestos que los enemigos.

29. Las zorras a orillas del Meandro

En cierta ocasión, se reunieron unas zorras junto al río Meandro, queriendo beber de él. Como el agua se precipitaba con un ruido estrepitoso, aun incitándose unas a otras, no se atrevían a penetrar. Al cabo salió una de ellas y, riéndose de las demás y de su miedo, para humillarlas, y presumiendo de ser más valiente, saltó al agua osadamente. La corriente la arrastró hacia el centro y las demás que estaban a la orilla del río le decían: «No nos dejes, vuelve y muéstranos el acceso por el que sin peligro podemos beber». Aquella, mientras era arrastrada, les dijo: «Tengo un encargo para Mileto y quiero llevarlo allí; cuando regrese os lo mostraré».

A los que por fanfarronería se exponen al peligro.

30. La zorra con el vientre hinchado

Una zorra que estaba hambrienta, al ver en el hueco de una encina panes y carne abandonados por unos pastores, se metió en él y se los comió. Pero, como se le hinchase el vientre y no pudiera salir, gemía y se lamentaba. Otra zorra que pasaba por allí, al oír su gemido, acercándose le preguntó el motivo. Cuando comprendió lo que le había pasado, le dijo: «Aguarda ahí hasta que

estés como estabas cuando entraste, y así fácilmente saldrás».

La fábula muestra que el tiempo resuelve las dificultades de las cosas.

31. La zorra y la zarza

Una zorra que estaba subida en un seto resbaló y, a punto de caerse, se agarró de una zarza para evitarlo. Y, como se hiriera y dañara las patas por sus pinchos, le dijo: «¡Ay de mí!, pues recurrí a ti en demanda de ayuda, me has dejado peor». «¡Mira esta! —dijo la zarza—, te equivocaste al haber querido agarrarte de mí, que acostumbro a agarrarme de todo».

La fábula muestra que del mismo modo son necios quienes recurren a la ayuda de aquellos a quienes les es más natural hacer daño.

32. La zorra y las uvas

Una zorra hambrienta, al ver unos racimos que colgaban de una parra, quiso apoderarse de ellos, y no pudo. Apartándose, se dijo a sí misma: «Están verdes».

Así también algunos hombres, cuando no pueden conseguir las cosas por incompetencia, culpan a las circunstancias.

33. La zorra y la serpiente

Había una higuera junto al camino. Una zorra encontró una serpiente dormida y sintió envidia de su tamaño. Al querer igualarla, se tendió a su lado e intentaba estirarse hasta que, en su desmesurado empeño, sin darse cuenta reventó.

Eso les pasa a los que compiten con los más poderosos, pues ellos mismos revientan antes de poder llegar a igualarlos.

34. La zorra y el leñador

Una zorra que huía de unos cazadores, al ver a un leñador, le pidió que la escondiera. Este le sugirió que entrase en su cabaña y se ocultase. No mucho después, se acercaron los cazadores y preguntaron al leñador si había visto a una zorra pasar por allí. Aquel negó haberla visto, pero haciendo un gesto con la mano, les indicó dónde se ocultaba. Pero, como ellos no entendieran lo que se les apuntaba por señas y creyeran lo que decía, la zorra, al verlos retirarse, salió y se marchó sin decir nada. Cuando el leñador le reprochó que, aunque la había salvado, no le había dado ni las gracias, dijo: «Te las habría dado, si hubieses tenido las mismas actitudes y gestos con las manos que con tus palabras».

De esta fábula se podría uno servir contra aquellos hombres que proclaman sin duda su

honradez, pero con sus acciones cometen maldades.

35. La zorra y el cocodrilo

Una zorra y un cocodrilo disputaban sobre su abolengo. Como el cocodrilo diera todo lujo de detalles sobre la distinción de sus antepasados y dijera finalmente que su padres habían sido gimnasiarcos^[1], la zorra le dijo: «Aunque no lo digas, muestras por tu piel que llevas muchos años haciendo gimnasia».

Así también, los hechos ponen en evidencia a los hombres mentirosos.

36. La zorra y el perro

Una zorra, que se había introducido en un rebaño de ovejas, cogió un corderillo lechal y fingía besarle tiernamente. Al preguntarle un perro por qué lo hacía dijo: «Lo cuido y juego con él». Y el perro respondió: «Pues si no apartas de ti al corderillo, te ofreceré los cuidados de los perros».

La fábula es adecuada para un hombre astuto y un ladrón necio.

37. La zorra y el leopardo

Una zorra y un leopardo disputaban sobre su belleza. Como el leopardo a cada instante adujese la variedad de colores de su cuerpo, la zorra, respondiendo, dijo: «¡Cuánto más hermosa que tú soy yo, que tengo variedad de colores no en el cuerpo, sino en el alma!».

La fábula muestra que la buena constitución de la mente es mejor que la belleza del cuerpo.

38. La zorra y el mono elegido rey

En una asamblea de animales un mono se puso a bailar, se ganó a los demás y lo eligieron rey. La zorra, sintiendo envidia de él, al encontrar en una trampa un trozo de carne, lo llevó allí y le dijo que había hallado un tesoro, pero que ella no lo podía aprovechar, y que se lo ofrecía como presente de su realeza; y le invitó a cogerlo. El mono se acercó descuidadamente y fue atrapado por la trampa, y, al acusar a la zorra de haberle engañado, aquella dijo: «¡Mono!, ¿con tal necesidad eres tú el rey de los animales?».

Así, los que emprenden proyectos irreflexivamente se exponen al ridículo, además de fracasar.

39. La zorra y el mono que disputaban sobre su abolengo

Una zorra y un mono que hacían el mismo camino disputaban sobre su abolengo. Después de referir cada uno muchas cosas, cuando estuvieron en cierto lugar, el mono volviendo su mirada

exhaló un gemido. Al preguntar la zorra la causa, el mono señaló unas tumbas y dijo: «¿Cómo no voy a llorar al ver las estelas de mis antepasados libertos y esclavos?». Y aquella le dijo: «Miente cuanto quieras, pues ninguno de esos se va a levantar para contradecirte».

Así, también los hombres mentirosos fanfarronean más cuando no tienen quienes les contradigan.

40. La zorra y el macho cabrío

Una zorra que había caído en un pozo llevaba largo rato en él. Un macho cabrío, forzado por la sed, llegó junto al mismo pozo y al verla le preguntó si era buena el agua. Ella, contenta por la coincidencia, se deshacía en elogios del agua, diciendo que era excelente y le animaba a que bajara. Después que bajó despreocupadamente movido por su deseo, apenas hubo apaciguado la sed, miraba con la zorra la forma de subir. Y la zorra, tomando la palabra, dijo: «Sé algo útil si lo único que quieres es la salvación de ambos. Así pues, apoya tus patas delanteras en el muro y endereza los cuernos, y yo, luego de trepar por encima, también te sacaré». Atendió este a la propuesta de buena gana y la zorra, escalando por sus patas, lomo y cuernos, llegó hasta la boca del pozo y, tras salir, se alejó. Al reprocharle el macho cabrío que había incumplido el pacto, se volvió y le dijo: «Si tuvieras tanta inteligencia como pelos en tu barba, no habrías bajado antes de considerar la forma de subir».

Así también, los hombres sensatos deben mirar las consecuencias de sus acciones y luego aplicarse así a ellas.

41. La zorra rabona

Una zorra a la que un cepo le había cortado el rabo se avergonzaba de tener que sufrir una vida insoportable, por lo que decidió que debía llevar también a las demás zorras a su misma situación para ocultar la inferioridad propia con la desgracia común. Y, después de reunir a todas, las animaba a cortarse los rabos, diciendo que el rabo no solo era indecente, sino también que colgaba de ellas un peso innecesario. Y una le replicó: «Si eso no te conviniera, no nos lo aconsejarías».

Esta fábula se ajusta a aquellos que dan consejos a los amigos, no por buena voluntad, sino por su propia conveniencia.

42. La zorra que nunca había visto un león

Una zorra que no había visto nunca un león, cuando por casualidad se encontró con uno, al verlo por primera vez se turbó tanto que incluso casi se muere. Cuando se lo encontró por segunda vez tuvo miedo, pero no tanto como antes. Pero la tercera vez que lo vio tomó tanta confianza que incluso se acercó y charló con él.

La fábula muestra que la costumbre atempera incluso las situaciones terribles.

43. *La zorra a la máscara*

Una zorra, que había entrado en casa de un actor y examinado cada uno de sus enseres, encontró también una máscara^[2] fabricada con gran fidelidad, y, cogiéndola en sus manos, dijo: «¡Qué cabeza, y no tiene seso!».

La fábula es en contra de los hombres extraordinarios en su cuerpo, pero faltos de juicio en su mente.

44. *Dos hombres que disputaban acerca de los dioses*

Dos hombres disputaban qué dios era mayor, si Teseo o Heracles. Pero los dioses, irritados con ellos, castigaron cada uno al país del otro.

La disputa de los subordinados estimula a los señores a irritarse con los súbditos.

45. *El homicida*

Uno que había matado a un hombre era perseguido por los parientes de la víctima. Cuando llegó a orillas del río Nilo, le salió al encuentro un lobo y, lleno de miedo, subió a un árbol que había junto al río y allí trataba de ocultarse. Pero al ver una serpiente que trepaba por el árbol, se lanzó al río. Y en el río, un cocodrilo lo devoró.

La fábula muestra que para los hombres malditos no es segura ni la tierra, ni el aire ni el agua.

46. *El hombre que prometía lo imposible*

Un pobre que estaba enfermo y se encontraba muy mal, cuando los médicos lo desahucieron, prometió a los dioses hacer una hecatombe^[3], y les ofreció también consagrar un exvoto, si se restablecía. Al preguntarle su mujer, que estaba allí a su lado: «¿Y con qué vas a pagarlo?», le dijo: «¿Crees, en efecto, que me voy a recuperar para que los dioses también me lo reclamen?».

La fábula muestra que los hombres prometen fácilmente lo que de hecho no esperan cumplir.

47. *El cobarde y los cuervos*

Un cobarde partió para la guerra. Al graznar unos cuervos, tiró las armas y se quedó quieto; luego, cogiéndolas de nuevo, prosiguió; y cuando graznaron otra vez, se detuvo y al fin les dijo: «Graznad lo más fuerte que podáis, pero no me cataréis».

La fábula es sobre los muy cobardes.

48. *El hombre mordido por una hormiga y Hermes*

En cierta ocasión, al ver uno que una nave se hundía con sus tripulantes, afirmó que los dioses juzgaban de modo injusto, pues por un solo impío morían hasta los inocentes. Mientras eso decía, ocurrió que fue mordido por una hormiga, ya que había muchas en el lugar en que se encontraba. Y él, al que había picado una sola, pisoteó a todas. Se le presentó Hermes, le dio un golpe con el caduceo^[4] y le dijo: «¿Y ahora no reconoces que los dioses son jueces como tú lo eres de las hormigas?».

Nadie blasfeme contra un dios cuando acontece una desgracia, y que se fije más en sus propios fallos.

49. El hombre y la mujer terrible

Uno que tenía una mujer demasiado terrible de carácter con todos los de la casa quiso saber si también tendría igual actitud con los criados de su padre. Así que la envió allí con un pretexto verosímil. A su regreso, unos días después, le preguntó cómo la habían recibido los criados. Al responder ella: «Los boyeros y pastores me miraban con recelo», le dijo: «Mujer, si suscitaste odio en estos que al amanecer sacan los rebaños y retornan por la tarde, ¿qué hay que esperar de aquellos otros con los que conviviste todo el día?».

Así, muchas veces lo grande se llega a conocer por lo pequeño y lo oscuro por lo claro.

50. El truhán

Un truhán que se había apostado con otro que demostraría que el oráculo de Delfos^[5] era mentiroso, cuando llegó el día fijado, fue al templo con un gorrión en la mano cubierto bajo su manto. Se paró frente al oráculo y le preguntó que le contestara si tenía en las manos algo animado o inanimado, con la intención de mostrar vivo al gorrión, si decía inanimado, pero, si decía animado, sacarlo después de haberlo ahogado. Y el dios, dándose cuenta de su malicia dijo: «¡Basta ya!, pues en ti está que lo que tienes esté muerto o vivo».

La fábula muestra que es imposible confundir a la divinidad.

51. El fanfarrón

Un atleta de pentatlón^[6] que, debido a su falta de bríos, siempre era criticado por sus conciudadanos, se marchó de la ciudad en cierta ocasión y cuando, pasado un tiempo, regresó, decía jactándose que había sobresalido mucho por su arrojo también en otras ciudades, pero que en Rodas había realizado un salto tal como ninguno de los vencedores olímpicos había logrado. Y de eso decía que presentaría como testigos a los que allí asistiesen, si es que alguna vez venían a la ciudad. Uno de los que se hallaban presentes, respondiendo, le dijo: «¡Mira tú!, si eso es verdad, en absoluto necesitas testigos. Pues aquí está Rodas y el salto».

La fábula muestra que, cuando la demostración por medio de hechos está a mano, toda palabra

aparte de eso es superflua.

52. El canoso y las heteras

Un hombre canoso tenía dos queridas, de las que una era joven, la otra vieja. La mayor, avergonzada de mantener relaciones con uno más joven que ella, no paraba de arrancarle los pelos negros, mientras estaba a su lado. La más joven, sin embargo, tratando de disimular que tenía como amante a un viejo, le arrancaba las canas. Así le ocurrió que, depilado unas veces por una y otras por la otra, se quedó calvo.

Así, en todas partes lo anómalo es perjudicial.

53. El náufrago

Un ateniense rico navegaba junto con algunos otros. Y, como se hubiera levantado una violenta tempestad y la nave zozobrara, los demás intentaron salvarse a nado, pero el ateniense, invocando sin cesar a Atenea, le prometió innumerables ofrendas si lo salvaba. Uno de los otros náufragos, al pasar a su lado nadando le dijo: «Aunque te proteja Atenea, mueve también los brazos».

Pues también nosotros mismos, junto con la invocación a los dioses, debemos hacer algo, fijándonos en nuestro interés.

Porque es preferible que alcancemos la benevolencia de los dioses esforzándonos, y no que los dioses nos salven cuando nos hemos despreocupado de nosotros mismos.

Los que caen en desgracias deben también ellos esforzarse en su propio interés y así pedir ayuda al dios.

54. El ciego

Un ciego estaba acostumbrado a reconocer qué animal era el que le ponían en sus manos. Y en cierta ocasión en que le dieron un lobezno, luego de palparlo y aunque no estaba seguro, dijo: «No sé si es un cachorro de lobo o de zorra o de algún animal de ese tipo; sin embargo, sé con plena seguridad que ese animal no es apto para ir con un rebaño de ovejas».

Así, la ralea de los malvados se muestra muchas veces incluso por su cuerpo.

55. El tramposo

Un pobre, que se hallaba enfermo y se encontraba mal, prometió a los dioses sacrificarles cien bueyes si le salvaban la vida. Estos, queriendo ponerle a prueba, hicieron que se repusiera lo más pronto posible. Y aquel, ya restablecido, puesto que carecía de bueyes de verdad, modeló cien de sebo y los quemó sobre un altar, después de decir: «Recibid la promesa, dioses». Los dioses,

queriendo a su vez engañarlo, le enviaron un sueño en el que se le aconsejaba que fuera a la playa, pues allí encontraría mil dracmas^[7] áticas. Y él se puso contento y se fue a la carrera a la orilla del mar. Allí cayó en manos de unos piratas y se lo llevaron consigo, y, vendido por ellos, encontró las mil dracmas.

La fábula es oportuna para un hombre mentiroso.

56. El carbonero y el batanero

Un carbonero que realizaba su trabajo en su casa, al ver que un batanero se había instalado como vecino, le fue a visitar y le invitó a que fuese a vivir con él, explicándole que tendrían más amistad entre sí y vivirían con menos gasto al habitar en una sola casa. Y el batanero le respondió: «Para mí eso es totalmente imposible, pues lo que yo blanquee, tú lo tiznarás».

La fábula muestra que no se puede unir lo desigual.

57. Los hombres y Zeus

Se dice que en primer lugar la divinidad modeló los animales y que les otorgó a uno fuerza, a otro rapidez, a otro alas, y que el hombre, que estaba desnudo, dijo: «Solo a mí me dejas sin don alguno», a lo que Zeus respondió: «No te das cuenta del regalo y, sin embargo, te ha correspondido el más grande, pues has recibido la razón, que tiene poder entre los dioses y entre los hombres, más poderosa que los poderosos, más rápida que los más rápidos». Y entonces el hombre comprendió el regalo y, después de postrarse y dar las gracias, se marchó.

Aun cuando el dios dotó a todos con la razón, algunos no se dan cuenta de tal dote y más bien envidian a los animales incapaces de comprender e irracionales.

58. El hombre y la zorra

Un campesino, enojado con una zorra que le había causado innumerables daños, la cogió y, con la intención de darle un buen castigo, le ató al rabo una estopa empapada en aceite y le prendió fuego. Pero un dios la encaminó a los pastos del campesino, en plena época de la cosecha. Él la persiguió, pero al final tuvo que lamentar la pérdida de toda su cosecha.

Debemos ser mansos y no irritarnos en exceso, pues de la ira muchas veces les vienen grandes daños a los irascibles.

59. El hombre y el león que caminaban juntos

En cierta ocasión caminaba un león con un hombre. Cada uno de ellos se jactaba de sí mismo. Y en el camino encontraron una estela de piedra con la figura de un hombre que estrangulaba a un

león. El hombre, enseñándosela al león, dijo: «Yaves cómo somos más fuertes que vosotros». Y aquel sonrió y dijo: «Si los leones supiesen esculpir, verías a muchos hombres debajo de un león».

De palabra se jactan de ser valerosos y audaces muchos a los que las pruebas contradicen, poniéndoles al descubierto.

60. El hombre y el sátiro

Se dice que, en cierta ocasión, un hombre trabó amistad con un sátiro^[8]. Y, cuando llegó el invierno y el frío, el hombre, llevándose las manos a la boca, soplabla. Al preguntarle el sátiro el motivo por el que lo hacía, le dijo que se calentaba las manos a causa del frío. Después, dispuesta la mesa para ellos, como la comida estuviera caliente, el hombre, cogiéndola poco a poco, la llevaba hacia la boca y soplabla. Preguntando de nuevo el sátiro por qué lo hacía le dijo que era para enfriar la comida, ya que estaba demasiado caliente. A lo que aquel dijo: «Renuncio a tu amistad de humano, porque de la misma boca despides calor y frío».

Pues bien, también nosotros debemos evitar la amistad de aquellos cuya índole es ambigua.

61. El hombre que rompió una estatua

Un hombre que era pobre y tenía una estatua de madera de un dios le suplicó que le proporcionase algún bien. Pero, como a pesar de ello seguía cada vez más pobre, irritado, lo cogió de la pierna y lo golpeó contra la pared. La cabeza se rompió enseguida y de ella se esparcieron monedas de oro. Y el hombre, recogiénolas, gritó: «Creo que eres perverso e ingrato, pues, cuando te honraba, en absoluto me ayudaste; y, en cambio, cuando te golpeé, me has recompensado con muchos bienes».

La fábula muestra que en nada te beneficiarás honrando a un hombre malvado; golpeándole, obtendrás más provecho.

62. El hombre que encontró un león de oro

Un hombre avaro y cobarde que había encontrado un león de oro dijo: «No sé qué será de mí en la presente situación; estoy fuera de mis casillas y no sé qué hacer: me dividen mi avaricia y la cobardía de mi naturaleza. Pues ¿qué azar o qué divinidad hizo un león de oro? Pues mi alma lucha consigo misma en las presentes circunstancias: ama el oro, pero teme la figura de oro. El deseo me impulsa a cogerla, pero mi carácter a mantenerme lejos. ¡Ah, fortuna, que das y no permites coger! ¡Ah, tesoro sin placer! ¡Ah, gracia divina que te conviertes en desgracia! Entonces ¿qué?, ¿de qué manera me aprovecharé?, ¿a qué artimañas he de recurrir? Me voy para traer aquí a que lo cojan a mis criados que forman una muy numerosa tropa y yo, de lejos, seré un observador».

La fábula se ajusta a un rico que no se atreve a tocar ni a utilizar su riqueza.

63. *El oso y la zorra*

Un oso presumía mucho de amar a los hombres, pues no comía cadáveres. La zorra le dijo: «Ojalá te llevases a rastras a los muertos, pero no a los vivos».

Esta fábula censura a los ambiciosos que viven en la hipocresía y en la vanagloria.

64. *El labrador y el lobo*

Un labrador, luego de desuncir la yunta, la llevaba a abreviar; un lobo hambriento y que buscaba comida, al encontrar el arado, empezó a lamer el horcate de los toros y, cuando, sin darse cuenta, poco a poco metió el cuello y no pudo sacarlo, arrastró el arado sobre la tierra de labor. El labrador, cuando a su regreso lo vio, dijo: «¡Ojalá, mala cabeza, dejaras tus rapiñas y fechorías y te pusieras a labrar!».

Así, a los hombres malvados, aunque proclamen su honradez, no se les cree por su forma de ser.

65. *El astrónomo*

Un astrónomo tenía la costumbre de salir cada tarde y observar las estrellas. Y, en cierta ocasión en que daba un paseo por las afueras y escrutaba con toda su atención el cielo, sin darse cuenta cayó en un pozo. Mientras se lamentaba y daba gritos, uno que pasaba cerca, al oír sus lamentos, se acercó y, comprendiendo lo sucedido, le dijo: «¡Hombre!, tú que intentas ver lo del cielo, ¿no ves lo que hay en la tierra?».

Uno podría valerse de esta fábula para aquellos que fanfarronean extraordinariamente sin ni siquiera poder realizar lo común entre los hombres.

66. *Las ranas que pedían un rey*

Unas ranas, molestas por su propia anarquía, enviaron embajadores a Zeus, pidiendo que les proporcionase un rey. Zeus, al comprender su simpleza, dejó caer un leño a la charca. Y las ranas, primero, espantadas por el ruido, se sumergieron al fondo de la charca. Después, puesto que el leño estaba inmóvil, salieron y llegaron a tal grado de confianza que, subiéndose a él, se sentaron encima. Indignadas de tener tal rey, llegaron por segunda vez ante Zeus y le pidieron que les cambiase el gobernante, pues el primero era demasiado negligente. Y Zeus, irritado con ellas, les envió una culebra de agua que, atrapándolas, las devoró.

La fábula muestra que es mejor tener gobernantes sumisos y sin maldad que intrigantes y malvados.

67. Las ranas vecinas

Dos ranas eran vecinas. Una vivía en una charca profunda y lejos del camino, la otra en él en muy poca agua. Y cuando la de la charca le aconsejó a la otra que se mudase junto a ella, donde llevaría una vida mejor y más segura, aquella no le hizo caso, diciendo que le era difícil mudarse, porque estaba acostumbrada a ese lugar, hasta que ocurrió que un carro que pasó por allí la aplastó.

Así también, los hombres que pasan el tiempo en ocupaciones viles acaban por morir antes de aplicarse a otras más nobles.

68. Las ranas en una charca

Dos ranas vivían en una charca. Cuando llegó el verano se les secó la charca, por lo que la abandonaron y andaban buscando otra. Y en esto que encontraron un pozo profundo y, al verlo, una le dijo a la otra: «¡Anda tú!, bajemos juntas a este pozo». Y esta le respondió: «Y si el agua de aquí se seca, ¿cómo vamos a subir?».

La fábula muestra que no hay que embarcarse en ninguna empresa sin pensarlo.

69. La rana médico y la zorra

En cierta ocasión, una rana estaba en su charca y gritaba a todos los animales: «Soy médico y conozco los fármacos». Una zorra que le había oído dijo: «¿Cómo vas a salvar a otros tú que, estando coja, no te curas a ti misma?».

La fábula muestra que quien no está iniciado en educación ¿cómo va a poder educar a otros?

70. Los bueyes y el eje

Unos bueyes arrastraban una carreta. Como el eje chirriaba, volviéndose le dijeron así: «¡Eh tú!, mientras nosotros llevamos toda la carga ¿tú te quejas?».

Así también, algunos hombres, cuando otros se esfuerzan, ellos fingen cansarse.

71. Los tres bueyes y el león

Tres bueyes pacían siempre juntos. Un león, aunque quería comérselos, no podía debido a su unión. Sin embargo, los indispuso con falsas palabras, logró separarlos y al verlos solos los devoró uno tras otro.

Si quieres sobre todo vivir sin peligro, desconfía de los enemigos y, por el contrario, confía en los amigos y consérvalos.

72. *El boyero y Heracles*

Un boyero llevaba a una aldea una carreta y esta se atascó en un hoyo profundo. Él, aunque su ayuda era imprescindible para salir del atasco, se quedó de brazos cruzados suplicando a Heracles, el único de todos los dioses al que veneraba. El dios se le apareció y le dijo: «Agarra las ruedas y agujonea a los bueyes, y suplica a los dioses cuando tú mismo también hagas algo, o suplicarás en vano».

73. *Bóreas y Helios*

Bóreas y Helios disputaban sobre su fuerza. Resolvieron conceder la victoria a aquel de ellos que lograra despojar de su ropa a un caminante. Y Bóreas comenzó a soplar fuerte, pero, como el hombre se sujetara la ropa, arreció más. Y el caminante, aún más agobiado por el frío, incluso se puso encima una prenda más gruesa, hasta que Bóreas, cansado, se lo pasó a Helios. Y este en primer lugar brilló moderadamente; cuando el hombre se quitó el más grueso de los mantos, despidió un calor más ardiente, hasta que el hombre, no pudiéndolo soportar, se desnudó y fue a bañarse a un río que fluía cerca.

La fábula muestra que muchas veces convencer es más eficaz que forzar.

74. *El vaquero y el león*

Un vaquero que apacentaba una manada de toros perdió un becerro. Después de haber ido por todas partes sin encontrarlo, prometió a Zeus sacrificarle un cabrito si encontraba al ladrón. Penetró en un bosque y vio que un león devoraba el becerro; muerto de miedo levantó las manos al cielo y dijo: «Soberano Zeus, antes te prometí sacrificar un cabrito si encontraba al ladrón, ahora te sacrificaré un toro si logro escapar de su garras».

Esta fábula podría decirse con relación a hombres desgraciados que, cuando no tienen, piden encontrar algo y, cuando lo han encontrado, buscan librarse de ello.

75. *El ruiseñor y el murciélago*

Una noche cantaba un ruiseñor en su jaula colgado de una ventana. Un murciélago oyó su voz y acercándose le preguntó por qué callaba durante el día y por el contrario cantaba de noche. Aquel le contestó que tenía sus motivos, pues en cierta ocasión, mientras cantaba de día, lo atraparon, por lo que desde entonces se había vuelto prudente; a lo que el murciélago dijo: «No tienes que protegerte ahora, cuando de nada te sirve, sino antes de que te atraparan».

La fábula muestra que el arrepentimiento tras las desgracias es inútil.

76. La comadreja y Afrodita

Una comadreja enamorada de un apuesto joven pidió a Afrodita que la convirtiese en mujer. Y la diosa, compadecida de su pasión, la transformó en una hermosa joven. Y así, al verla aquel se enamoró de ella y se la llevó a su casa. Cuando ambos se hallaban en la alcoba, Afrodita quiso conocer si la comadreja, al cambiar de cuerpo, había modificado su modo de ser, e hizo aparecer un ratón. La comadreja, sin darse cuenta de su actual estado, se levantó del lecho y persiguió al ratón con la intención de comérselo. Y la diosa, irritada con ella, la devolvió de nuevo a su primitiva naturaleza.

Así también, los hombres malvados por naturaleza, aunque cambien su aspecto, en ningún caso modifican su manera de ser.

77. La comadreja y la lima

Una comadreja que había entrado en el taller de un herrero se puso a lamer la lima que allí había. Al raerse la lengua se produjo mucha sangre. Ella se alegraba suponiendo que había limado algo del hierro y continuó, hasta que terminó por cortársela por completo.

La fábula se dice contra los que, en su afán de disputas, se perjudican a sí mismos.

78. El viejo y la Muerte

En cierta ocasión un viejo que había ido a cortar leña recorría un largo camino cargado con ella. Tras dejar la carga en el suelo a causa de la fatiga de la caminata, llamó a la Muerte. Cuando se le apareció esta y le preguntó por qué la llamaba, el viejo dijo: «Para que me lleves la carga».

La fábula muestra que cualquiera ama la vida, aunque sea desgraciado en ella.

79. El labrador y el águila

Un labrador que había atrapado un águila en una trampa, admirado de su belleza, la dejó libre. Esta no se mostró desagradecida con él, sino que, al verlo al pie de un muro que amenazaba ruina, voló hacia él y le arrebató con sus garras una cinta que llevaba en su cabeza. Él se levantó y se puso a perseguirla. El águila dejó caer la cinta y el labrador la recogió. Al regresar comprobó que se había desplomado el muro en que estuvo sentado, asombrándose de cómo le había salvado la vida el águila.

Quienes reciben algún bien de alguien deben devolverlo, pues el bien que hagas se te devolverá.

80. El labrador y los perros

Un labrador, obligado por el mal tiempo a permanecer en su granja sin poder salir a procurarse comida, primero se comió sus ovejas. Como aún persistía el mal tiempo, también acabó con las cabras. En tercer lugar, y como no había ninguna mejoría, terminó por sacrificar los bueyes de labranza. Los perros, al ver lo que hacía, se dijeron unos a otros: «Hemos de irnos de aquí, pues si el amo ni siquiera se abstuvo de los bueyes que trabajan con él, ¿cómo nos va a perdonar la vida a nosotros?».

La fábula muestra que hay que guardarse principalmente de quienes ni siquiera se abstienen de hacer daño a los de su casa.

81. El labrador y la serpiente que mató a su hijo

Una serpiente se introdujo en casa de un labrador y mató a su hijo. Aquel, terriblemente dolorido por ello, cogió un hacha y, acercándose al nido de la serpiente, se puso a acecharla para darle muerte tan pronto saliera. Cuando la serpiente asomó la cabeza, dio un hachazo y, aunque falló el golpe, partió en dos una piedra que había al lado. Después, fingiendo hacer las paces, la llamó para reconciliarse con ella. Esta dijo: «Ni yo puedo tener buena disposición contigo al ver cómo partiste la piedra, ni tú conmigo, al ver la tumba de tu hijo».

La fábula muestra que las grandes enemistades no tienen una fácil reconciliación.

82. El labrador y la serpiente congelada de frío

Un invierno, un labrador encontró una serpiente aterida de frío. Compadecido de ella, la cogió y se la puso en el pecho. Aquella, reanimada por el calor y habiendo recobrado su propia naturaleza, mordió a su bienhechor y lo mató. Y él, a punto de morir dijo: «Es justo lo que me pasa, por haberme compadecido de un malvado».

La fábula muestra que las naturalezas malvadas no cambian, aunque se las trate con la mayor humanidad posible.

83. El labrador y sus hijos

Un labrador estaba a punto de morir y quería que sus hijos se dedicarían a la agricultura; les hizo venir y les dijo: «Hijos míos, yo ya abandono esta vida, pero vosotros encontraréis todo lo que yo he ocultado en la viña, si lo buscáis». Estos, así pues, pensando que allí se hallaba enterrado un tesoro en alguna parte, removieron toda la tierra de la viña tras la muerte de su padre. Y no encontraron un tesoro, pero la viña, bien cavada, dio mucho mejor fruto.

La fábula muestra que el esfuerzo es un tesoro para los hombres.

84. El labrador y la Fortuna

Cavando un labrador la tierra encontró un trozo de oro. Así que cada día ofrendaba una corona a la Tierra, como si ella le hubiese concedido ese beneficio. Se le apareció entonces la diosa Fortuna y le dijo: «¡Eh tú!, ¿por qué atribuyes a la Tierra mis regalos, que te he dado yo porque quería enriquecerte? Pues si cambian las circunstancias y ese oro tuyo pasa a otras manos, sé que en ese momento me lo vas a reprochar a mí, la Fortuna».

La fábula muestra que se debe conocer al benefactor y a él darle las gracias.

85. El labrador y el árbol

En las tierras de un labrador había un árbol que no producía fruto, sino que servía solo de refugio a los gorriones y a las alborotadoras cigarras. El labrador decidió cortarlo por estéril. Así pues, cogió el hacha y le asestó un golpe. Las cigarras y los gorriones le suplicaron que no talase su refugio, sino que lo dejase intacto, y que ellos le alegrarían con sus cantos. Este, sin preocuparse de ellos en absoluto, asestó otro golpe y un tercero. Cuando hizo un hueco en el árbol, encontró el panal de miel de unas abejas. Y luego de probarla, dejó el hacha y honró al árbol como si fuera sagrado y desde entonces lo cuidó.

Los hombres no aman y honran por naturaleza lo justo en la misma medida en que persiguen su beneficio.

86. Los hijos del labrador que reñían

Los hijos de un labrador reñían a diario. Este, como aun aconsejándolos mucho no podía con sus palabras persuadirles de que cambiasen, comprendió que debía hacerlo con hechos y les invitó a que trajesen un haz de varas. Al hacer estos lo que se les había encomendado, les entregó primero las varas juntas y les pidió que las partiesen. A pesar de que pusieron todo su empeño, no lo pudieron lograr; a continuación desató él el haz y les dio las varas una a una. Al romperlas ahora con facilidad, les dijo: «Asimismo vosotros, hijos, si estáis de acuerdo, seréis indomables para los enemigos; pero, si discutís, seréis fáciles de someter».

La fábula muestra que la concordia es tanto más fuerte cuanto más fácil de vencer es la discordia.

87. La anciana y el médico

Una anciana enferma de los ojos contrató un médico a sueldo. Este, cada vez que durante sus visitas le aplicaba unguento sobre los ojos, le fue sustrayendo uno a uno sus enseres. Después de haberse llevado todo, y haber quedado la anciana curada, le pidió el salario acordado. Como ella no quisiese pagar, la llevó a los magistrados. Ella decía que le había prometido el salario si le curaba la vista, pero que ahora se encontraba peor de su enfermedad que antes: «Pues entonces — dijo — veía todos los enseres de la casa, ahora, en cambio, no puedo ver ninguno».

Así, los hombres malvados, por ambición, sin darse cuenta atraen contra sí la inculpación.

88. La mujer y el marido borracho

El marido de una mujer era un completo borracho; y queriendo apartarle ella de su vicio, tramó lo siguiente: esperó a que estuviese adormecido por la bebida y sin sentido, como un muerto, y, cogiéndolo a cuestras y llevándolo al cementerio, lo dejó en el suelo y se marchó. Cuando calculó que ya estaría despejado, se acercó a la puerta del cementerio y empezó a dar golpes en ella. Al decir aquel: «¿Quién es el que golpea la puerta?», la mujer respondió: «Soy yo que traigo la comida a los muertos». Y aquel: «Mejor, amiga, tráeme de beber y no de comer, pues me pones muy triste recordándome la comida, pero no la bebida». Esta, golpeándose el pecho, dijo: «¡Ay de mí, desdichada!, pues lo que urdí no me fue útil en absoluto; pues tú, marido, no solo no te has corregido, sino que incluso te has puesto peor y tu vicio se te ha convertido en hábito».

La fábula muestra que no hay que echar raíces en las malas acciones. Pues llega un momento en que se impone el hábito al hombre, incluso aunque él no quiera.

89. La mujer y sus sirvientas

Una viuda muy trabajadora que tenía sirvientas jóvenes acostumbraba a despertarlas para el trabajo de noche con el canto del gallo. Estas, rendidas del continuo cansancio, decidieron ahogar al gallo de la casa, pues pensaban que él era el causante de sus males al despertar de noche a la señora. Y les ocurrió que, después de hacerlo, cayeron sobre ellas desgracias aún peores, pues la señora, al no saber la hora por los gallos, las despertaba para el trabajo de madrugada.

Así, para muchos hombres sus propias decisiones se convierten en la causa de sus males.

90. La mujer y la gallina

Una viuda tenía una gallina que le ponía un huevo cada día. Pensó que si echaba a la gallina más grano pondría dos veces al día y así lo hizo. Pero la gallina engordó y ni siquiera podía poner una vez al día.

La fábula muestra que los que desean más por ambición pierden incluso lo que tienen.

91. La bruja

Una bruja entendida en conjuros y remedios contra la cólera de los dioses tenía una abundante clientela con la que se ganaba muy bien la vida. Unos la denunciaron acusándola de que introducía innovaciones en materia religiosa, la llevaron a juicio y fue condenada a muerte. Al ver uno que la sacaban del tribunal dijo: «¡Eh tú!, la que prometes evitar las iras de los dioses, ¿cómo no pudiste

persuadir ni siquiera a los hombres?».

De esta fábula se podría servir uno contra una embaucadora que, aunque promete cosas extraordinarias, se muestra incapaz de llevar a cabo las normales.

92. La ternera y el buey

Una ternera que veía trabajar a un buey lo compadecía por su desgracia. Pero, cuando llegaron las fiestas, desuncieron al buey y cogieron a la ternera para sacrificarla. Al ver el buey lo que sucedía, sonrió y le dijo: «Por eso no trabajabas, ternera, porque enseguida ibas a ser ofrecida en sacrificio».

La fábula muestra que el peligro acecha a quien se mantiene ocioso.

93. El cazador cobarde y el leñador

Un cazador seguía el rastro de un león. Preguntó a un leñador si había visto huellas del animal y dónde pernoctaba; y este dijo: «Te voy a mostrar al propio león». El cazador palideció de miedo y, rechinándole los dientes, dijo: «Busco solo su rastro, no al propio león».

La fábula pone en evidencia a los osados y cobardes, a los atrevidos de palabra y no a la hora de actuar.

94. El cerdo y las ovejas

Un cerdo se introdujo entre un rebaño de ovejas. Un día lo apresó el pastor y aquel se puso a gruñir y forcejear. Como las ovejas le censurasen por gritar y le dijesen: «A diario nos coge a nosotras y no gritamos», él respondió a eso: «Pero no es lo mismo cuando me cogen a mí que a vosotras; pues a vosotras os toma o por la lana o por la leche; de mí, en cambio, busca la carne».

La fábula muestra que se quejan con razón aquellos que corren peligro no por sus riquezas, sino por su salvación.

95. Los delfines, las ballenas y el gobio

Delfines y ballenas luchaban entre sí. Como la disputa se hiciese muy violenta, salió a la superficie un gobio (es este un pez pequeño) e intentaba separarlos. Uno de los delfines, tomando la palabra, le dijo: «Nos resulta más soportable morir luchando entre nosotros que tenerte de mediador».

Así, algunos hombres que no valen nada, cuando median en un altercado, creen ser alguien.

96. *Démades el orador*

Démades el orador hablaba un día en la Asamblea de Atenas, y como los atenienses no le prestaban la más mínima atención, les pidió que le permitiesen contar una fábula de Esopo. Al consentírselo ellos, comenzó diciendo: «Deméter, una golondrina y una anguila hacían el mismo camino; cuando llegaron a un río, la golondrina echó a volar y la anguila se sumergió». Y, después de decir eso, se calló. Y al preguntarle ellos: «Y bien, ¿qué le pasó a Deméter?», dijo: «Está irritada con vosotros, que os desentendéis de los asuntos de la ciudad y os dedicáis a las fábulas de Esopo».

Así también, son insensatos los hombres que se preocupan poco de lo necesario y prefieren lo que se hace por placer.

97. *Diógenes y el calvo*

Diógenes, el filósofo cínico, insultado por un calvo, le replicó: «Yo no te insulto, ¡qué va!, pero aplaudo a tus cabellos porque se han apartado de una mala cabeza».

98. *Diógenes de viaje*

Diógenes *el perro*, durante un viaje llegó a un río de mucho caudal y se detuvo junto a la orilla sin saber qué hacer. Uno de los que solían ayudar a vadearlo, al verlo vacilar, se le acercó, lo cogió en vilo y lo pasó al otro lado con amabilidad. Él se quedó lamentándose de que por su pobreza no podía pagar a su bienhechor. Mientras aún seguía pensativo, aquel, al ver a otro viajero que no podía cruzar, corrió a su lado y también le ayudó a pasar. Y Diógenes se le acercó y le dijo: «No te debo gratitud por lo ocurrido; pues veo que lo haces no por una resolución tuya, sino por compulsión».

La fábula muestra que los que hacen el bien tanto a personas serias como indiscriminadamente no alcanzan fama de buen hacer, sino más bien de insensatez.

99. *Las encinas y Zeus*

Unas encinas lanzaban reproches a Zeus diciendo: «En vano fuimos traídas a la vida, pues afrontamos la tala con más violencia que todos los árboles». Y Zeus: «Vosotras mismas sois causantes de vuestra desgracia; si no produjeráis astiles ni fuerais útiles para la carpintería y la agricultura, no os talaría el hacha».

Algunos que han sido causantes de sus propios males reprochan a los dioses insensatamente.

100. *Los leñadores y el pino*

Unos leñadores que estaban cortando un pino utilizaban para ello las cuñas de su propia madera, ante lo cual el pino dijo: «No reprocho tanto al hacha que me cortó como a las cuñas de mí nacidas».

No es tan terrible cuando se padece algún dolor por culpa de hombres extraños como por los de casa.

100. El abeto y la zarza

Un abeto y una zarza disputaban entre sí. El abeto, ensalzándose a sí mismo, dijo: «Soy hermoso, muy grande y alto y sirvo para cubiertas de templos y para naves. ¿Cómo te comparas conmigo?». La zarza replicó: «Si te acordaras de las hachas y de las sierras que te cortan, preferirías también ser una zarza».

Mientras se siga vivo, nadie debe enorgullecerse por la fama, pues la vida de los humildes no es peligrosa.

102. La cierva junto al manantial y el león

Una cierva se acercó a un manantial apremiada por la sed. Después de beber, y contemplar su propia sombra en el agua, se enorgullecía de sus cuernos, al ver su gran tamaño y colorido; en cambio, se afligía por sus patas, porque, según ella, eran finas y débiles. Mientras aún consideraba esto, apareció un león que se puso a perseguirla. Aquella se dio a la fuga y sacó gran ventaja en la carrera al león, pues la fuerza de los cérvidos se encuentra en sus patas, la de los leones en el corazón. Pues bien, mientras corrían por la llanura, ella consiguió mantener la ventaja, pero cuando el terreno se hizo algo boscoso, entonces se le engancharon sus cuernos en las ramas, y al no poder correr, fue alcanzada. En ese momento se dijo a sí misma: «¡Desdichada de mí, que iba salvándome gracias a lo que pensaba que no me servía de nada, y en cambio muero por aquello en que confiaba!».

Así, muchas veces en los peligros nos salvan los amigos en quienes menos confiamos, mientras que los dignos de mucha confianza nos traicionan.

103. La cierva y la parra

Una cierva que huía de unos cazadores se ocultó bajo una parra. Cuando aquellos la habían rebasado, la cierva pensó que se hallaba totalmente oculta y comenzó a comer las hojas de la parra. Al moverse estas, los cazadores se volvieron y pensaron que algún animal se ocultaba bajo las hojas, lo que era verdad, y alcanzaron con sus dardos a la cierva. Esta, al morir, dijo: «Es justo lo que me pasa, pues no debí maltratar a la que me había salvado».

La fábula muestra que los que dañan a sus benefactores son castigados por el dios.

104. La cierva y el león en una cueva

Una cierva que huía de unos cazadores llegó junto a una cueva en la que había un león y allí entró para ocultarse. Atrapada por el león y mientras este la despedazaba, dijo: «¡Desdichada de mí, que, huyendo de los hombres, me puse en las garras de una fiera!».

Así, algunos hombres, por miedo de un peligro menor, se lanzan a uno mayor.

105. La cierva tuerta

Una cierva tuerta de uno de sus ojos se detuvo cerca de una playa y allí pacía, con el ojo sano hacia la tierra para vigilar el acceso de los cazadores y el dañado hacia el mar, pues de allí no sospechaba ningún peligro. Pues bien, unos que navegaban cerca de aquel lugar la vieron, le dispararon y dieron en el blanco. A punto de morir se decía: «¡Infeliz de mí que, guardándome de la tierra por asechadora, tuve mucho más adverso el mar en el que confié!».

Así, muchas veces, en contra de lo que creíamos, los asuntos que parecían adversos se muestran útiles y, por el contrario, lo considerado provechoso resulta inseguro.

106. El cabrito que estaba sobre una terraza y el lobo

Un cabrito que estaba sobre una terraza, al ver pasar por delante un lobo, lo insultaba y se mofaba de él. El lobo dijo: «¡Eh tú!, no me injurias tú, sino tu emplazamiento».

La fábula muestra que muchas veces también el lugar y la ocasión dan valor frente a los más poderosos.

107. El cabrito y el lobo que tocaba la flauta

Un cabrito, rezagado del rebaño, era perseguido por un lobo. El cabrito, volviéndose, dijo al lobo: «Estoy convencido, lobo, de que te voy a servir de alimento; pero, para que mi muerte no sea triste, te pido que toques la flauta mientras yo bailo». Mientras el lobo tocaba la flauta y el cabrito bailaba, los perros, que lo habían oído, aparecieron y se pusieron a perseguir al lobo. Este, volviéndose, dijo al cabrito: «Me está bien empleado, pues, siendo carnicero, no debí imitar a un flautista».

Así, los que hacen algo a destiempo también quedan privados de lo que tienen entre manos.

108. Hermes y el escultor

Hermes, que quería conocer en qué estima le tenían los hombres, luego de tomar forma humana, llegó al taller de un escultor. Al ver una estatua de Zeus, preguntó cuánto valía. Al decirle aquel que una dracma, sonrió y preguntó cuánto costaba la de Hera. Al decirle que más cara y al ver

también una estatua suya, supuso que, puesto que también era mensajero y comerciante, los hombres le tendrían en mucha consideración, le preguntó: «El Hermes ¿cuánto?», y el escultor dijo: «Pues, si me compras esas, esta te la doy de regalo».

La fábula se ajusta a un hombre vanidoso que no disfruta de estima alguna entre los demás.

109. Hermes y la Tierra

Zeus, tras haber modelado al hombre y a la mujer, ordenó a Hermes que los llevara a la Tierra y les mostrara dónde cavar para procurarse alimento. Cuando Hermes cumplió lo encomendado, al principio la Tierra ponía impedimentos. Pero como Hermes la forzara diciendo que Zeus así lo había ordenado, dijo: «Pues que caven cuanto quieran, porque lo habrán de devolver con gemidos y llantos».

La fábula es oportuna para los que toman prestado con facilidad y lo devuelven con dolor.

110. Hermes y Tiresias

Hermes, que quería comprobar si el arte adivinatoria de Tiresias era verdadera, nada más robarle sus bueyes del campo, tomó forma humana, fue a verlo a la ciudad y se hospedó en su casa. Cuando comunicaron a Tiresias la pérdida de su yunta, fue con Hermes a las afueras de la ciudad para indagar un augurio acerca del robo y le preguntó si veía alguna ave. Hermes le dijo que veía un águila que volaba de izquierda a derecha. Tiresias dijo que esa no le valía. Después Hermes vio una corneja posada en un árbol y que unas veces miraba hacia arriba y otras se inclinaba hacia abajo, y así se lo hizo saber. Tiresias, en respuesta, dijo: «Esa corneja jura por el cielo y por la tierra que, si tú quieres, recobraré mis bueyes».

Uno podría servirse de esta fábula contra un ladrón.

111. Hermes y los artesanos

Zeus ordenó a Hermes que esparciera una pócima de falsedad entre todos los artesanos. Este la preparó, hizo unos lotes iguales y los distribuyó a cada uno. Pero, como aún le sobrara mucha pócima y solo quedara el zapatero sin haber recibido su parte, cogió todo el líquido y lo vertió sobre él. Desde entonces ocurre que todos los artesanos mienten, pero los que más de todos, los zapateros.

La fábula es oportuna para un embustero.

112. El carro de Hermes y los árabes

En cierta ocasión, Hermes conducía por toda la tierra un carro lleno de mentiras, malicia y

engaño, e iba distribuyendo un poco de la carga en cada territorio. Se dice que el carro se rompió de repente cuando llegó al territorio de los árabes. Estos arrebataron la carga que iba en él como si fuera muy valiosa y no permitieron que siguiera adelante hacia otros hombres.

Los árabes son mentirosos y mendaces por encima de toda raza. Pues en su lengua no hay verdad.

113. El eunuco y el sacerdote

Un eunuco fue a ver a un sacerdote y le pidió que hiciese un sacrificio en su favor para ser padre. El sacerdote le dijo: «Cuando miro el sacrificio intercedo para que llegues a ser padre, pero cuando veo tu aspecto ni siquiera me pareces hombre».

114. Los dos enemigos

Dos conocidos que se odiaban mutuamente viajaban en la misma nave; uno de ellos iba sentado a popa, el otro a proa. Al desencadenarse una tempestad y estar la nave a punto de naufragar, el que iba a popa preguntó al piloto qué parte de la nave se hundiría antes. Al decirle este que la proa, respondió: «Pues entonces no me importa morir, si veo que mi enemigo muere antes que yo».

La fábula muestra que muchos hombres no se preocupan en absoluto de su propio daño con solo ver que sus enemigos lo reciben antes.

115. La víbora y la zorra

Una víbora era arrastrada en la corriente de un río sobre un matojo de cambrones y una zorra que pasaba, al verla, dijo: «Digno de la nave el piloto».

Contra un malvado que emprende acciones perversas.

116. La víbora y la lima

Una víbora que se había introducido en el taller de un herrero pidió ayuda a las herramientas. Cuando ya otras se la habían prestado, llegó ante una lima y le rogó que le diese algo. Esta, como respuesta, dijo: «Eres tonta si piensas llevarte algo de mí, que no acostumbro a dar, sino a quitar a los demás».

La fábula muestra que son necios los que piensan obtener algo de los avaros.

117. La víbora y la culebra de agua

Una víbora solía ir a beber a una fuente. Una culebra de agua que vivía allí trató de impedirselo,

molesta porque la víbora no se contentara con el lugar donde comía y porque viniera también adonde ella vivía. Como la disputa cada vez iba a más, acordaron entablar una lucha y que la vencedora se quedara con la posesión del agua y de la tierra. Fijaron el día. Las ranas, que odiaban a la culebra, se acercaron a la víbora y la animaban ofreciéndose a luchar a su lado también ellas. Trabada la lucha, la víbora peleaba contra la culebra, y las ranas, que no podían hacer otra cosa, croaban con fuerza. Como venció la víbora, acusó a las ranas de que, aunque habían prometido aliarse con ella, no solo no la habían ayudado en la lucha, sino que se habían puesto a cantar. Estas le dijeron: «¡Eh tú!, sabe bien que nuestra ayuda se materializa no por medio de las manos, sino solo por la voz».

La fábula muestra que cuando hay que ayudar con las manos, de nada sirve hacerlo de palabra.

118. Zeus y la vergüenza

Cuando Zeus modeló a los hombres, insufló en ellos los demás sentimientos, pero olvidó la vergüenza. Y al no saber por dónde introducirla, ordenó que penetrara por el ano. Esta, indignada, al principio se opuso. Pero, cuando Zeus le insistió con rotundidad, dijo: «Entro con la condición de que no se introduzca Eros: si entra él, yo me saldré al instante». De aquí viene el que todos los invertidos son desvergonzados.

La fábula muestra que los que son dominados por Eros son desvergonzados.

119. Zeus y la zorra

Zeus, admirado por la sagacidad y la astucia de la zorra, la hizo reina de los animales. Pero para saber si la zorra había abandonado su codicia tras cambiar de estado, Zeus hizo aparecer ante ella un escarabajo cuando la llevaban en una litera. Esta no pudo aguantarse al verlo revolotear por la litera, se levantó de un brinco de modo indigno e intentó atraparlo. Y Zeus, irritado con ella, de nuevo la devolvió a su primitiva condición.

La fábula muestra que los hombres viles, aunque adopten un aspecto más ilustre, en ningún caso cambian su natural.

120. Zeus y los hombres

Zeus, tras haber modelado a los hombres, ordenó a Hermes que les infundiera la inteligencia. Y este hizo una medida y vertió igual cantidad a cada uno. Pero ocurrió que los hombres de talla pequeña, colmados por la medida, se hicieron prudentes, pero los altos, al no llegarles la pócima a todo el cuerpo (ni siquiera hasta las rodillas), se volvieron más insensatos.

La fábula cuadra a un hombre grande de cuerpo pero insensato en su espíritu.

121. Zeus y Apolo

Zeus y Apolo disputaban sobre el arte de manejar el arco. Cuando Apolo tensó el arco y disparó una flecha, Zeus dio una zancada tan grande como el alcance del disparo de Apolo.

Así, los que compiten con los poderosos, además de no llegar a su altura, se exponen incluso al ridículo.

122. Zeus y la serpiente

Cuando Zeus celebraba su boda, todos los animales le llevaron regalos, cada uno según su capacidad natural. La serpiente subió reptando con una rosa en la boca. Zeus, al verla, le dijo: «Acepto los regalos de todos los demás, pero de tu boca no cojo nada en absoluto».

La fábula muestra que los dones de los malvados son temibles.

123. Zeus y la tinaja de bienes

Zeus encerró todos los bienes en una tinaja y la dejó al lado de un hombre. Este, llevado de la curiosidad, quiso saber qué había en ella y quitó la tapa; y todos volaron hacia los dioses.

Con los hombres solo quedó la esperanza, garante de que se les darán los bienes que huyeron.

124. Zeus, Prometeo, Atenea y Momo

Zeus, Prometeo y Atenea, que habían fabricado respectivamente un toro, un hombre y una casa, eligieron como juez a Momo. Este, envidioso de estas obras, dijo en primer lugar que Zeus había fallado al no poner los ojos del toro en los cuernos para que viera dónde golpeaba; Prometeo, porque no había situado el entendimiento del hombre en su exterior, para que los malvados no pudiesen pasar desapercibidos y fuese evidente qué tenía cada uno en el pensamiento, y, en tercer lugar, dijo que Atenea debía haber puesto ruedas a la casa, para que, si algún vecino malvado vivía al lado, fácilmente pudiera cambiarse de lugar. Y Zeus, irritado con él por su envidia, lo echó del Olimpo.

La fábula muestra que nada hay tan perfecto que no admita ninguna censura.

125. Zeus y la tortuga

Cuando Zeus se casó, invitó al banquete a todos los animales. Solo faltó la tortuga, y Zeus, como ignoraba el motivo, al día siguiente le preguntó por qué había sido la única en no asistir al banquete. Ella respondió: «La casa propia es la casa mejor». Y Zeus, irritado con ella, dispuso que llevase consigo su casa a cuestas.

Así, muchos hombres prefieren vivir con sencillez a estar con lujo en casa de otros.

126. Zeus juez

Dispuso Zeus que Hermes anotara los fallos de los hombres en tejuelas y las pusiera en un cofrecillo cerca de él, para imponer las penas a cada uno. Mezcladas las tejuelas unas con otras, Zeus las extrae del cofre, unas más tarde, otras antes, cuando el dios se dispone a hacer justicia.

No hay que extrañarse de que los delincuentes y malvados no reciban más rápido el castigo de sus delitos.

127. El Sol y las ranas

Tenían lugar las bodas del Sol en verano. Todos los animales disfrutaban con ello y se regocijaban también las ranas. Una de ellas dijo: «¡Insensatas!, ¿por qué os regocijáis? Es un solo sol y seca todo el pantano; si al casarse engendra un niño igual a él, ¿qué mal no habremos de soportar?».

Muchos insensatos se alegran por cosas que no son motivo de alegría.

128. La mula

Una mula alimentada de buena cebada saltaba de gozo diciéndose a sí misma: «Mi padre es un caballo de rápida carrera y toda yo me parezco a él». Y en esto un día se le presentó una necesidad apremiante y la mula se vio obligada a correr. Al terminar su trote, entristecida, se acordó de que su padre era burro.

La fábula muestra que no debe uno olvidarse de su propio origen, aunque el tiempo le lleve a la fama; pues esta vida es insegura.

129. Heracles y Atenea

Heracles caminaba por un camino estrecho. Al encontrar en el suelo algo semejante a una manzana, intentó romperlo. Como vio que se había hecho doble, lo pisó aún más y lo golpeó con su maza. El objeto se hinchó hasta impedir el paso por el camino. Heracles tiró su maza y quedó atónito. Atenea se le apareció y le dijo: «Déjalo, hermano. Son la Porfía y la Disputa. Si se las deja en paz, se quedan como eran al principio, pero en los combates se hinchan así».

Para todos es claro que las guerras y las disputas son causantes de gran daño.

130. Heracles y Pluto

Cuando Heracles fue divinizado e invitado a la mesa junto a Zeus, saludó a cada uno de los dioses con mucha cordialidad. Pero cuando entró el último, Pluto, bajó la mirada hacia el suelo, en señal de desprecio. Zeus, extrañado de lo sucedido, le preguntó por qué, después de haber hablado a todas las divinidades cordialmente, había menospreciado a Pluto. Este dijo: «Lo miro con

desprecio porque en el tiempo en que estuve entre los hombres vi que él estaba con los malvados la mayoría de las veces».

La fábula podría decirse de un hombre rico en fortuna, pero malvado de carácter.

131. El héroe

Un hombre tenía la estatua de un héroe en su casa y le ofrecía costosos sacrificios. Y, como gastaba mucho sin cesar en sacrificios, el héroe se le apareció por la noche y le dijo: «Pero ¡hombre!, deja de dilapidar tu hacienda. Pues si te haces pobre por habértela gastado toda, me echarás a mí las culpas».

Así, muchos que fracasan por su propia insensatez inculpan a los dioses.

132. El atún y el delfín

Un atún, perseguido por un delfín en medio de un gran estruendo, estaba a punto de ser atrapado, y no se dio cuenta de que su impetuosa carrera lo arrojaba a una playa. Llevado del mismo ímpetu también se salió del mar el delfín. Y el atún, al verlo, se volvió y dijo al delfín ya moribundo: «Para mí la muerte ya no es penosa, pues veo que también perece el que ha sido culpable de mi muerte».

La fábula muestra que los hombres soportan con más facilidad las desgracias cuando ven que también las sufren los que han sido sus culpables.

133. El médico incompetente

Había un médico que era un incompetente. Atendía a un enfermo y, aunque todos los médicos afirmaban que no corría peligro, aunque sería larga su enfermedad, solo él le decía que arreglase todas sus cosas, «pues no pasarás de mañana». Luego de hablarle así, se retiró. Después de un tiempo, ya recuperado el enfermo, salió a la calle, si bien iba pálido y con fatiga. El médico se encontró con él y le dijo: «¡Hola!, ¿cómo están los de abajo?». Y aquel respondió: «Están tranquilos bebiendo agua del Leteo. Pero, hace poco, la Muerte y Hades amenazaron terriblemente a todos los médicos porque no dejan morir a los enfermos y hacían una lista de ellos. Iban a apuntarte a ti también, pero me eché a sus pies, les supliqué y les juré que tú no eras un verdadero médico, sino que te habían calumniado sin fundamento».

La presente fábula proscribire a los médicos sin instrucción, ignorantes y diestros solo en hablar.

134. El médico y el enfermo

Un médico cuidaba a un enfermo. Al morir este, aquel dijo a los que lo llevaban a enterrar: «Ese hombre, si se hubiera apartado del vino y se hubiera puesto lavativas, no habría muerto». Uno de los presentes, respondiendo, dijo: «No debías decir eso ahora, amigo, que ya es inútil, sino habérselo aconsejado cuando podía servirle».

La fábula muestra que los amigos deben proporcionar la ayuda en el momento de la necesidad y no ironizar tras el desenlace de las cosas.

135. El milano y la serpiente

Un milano arrebató una serpiente y se fue volando. Esta se revolvió y lo mordió, y ambos cayeron desde lo alto. El milano estaba muerto. La serpiente le dijo: «¿Por qué enloqueciste tanto que quisiste dañar a los que en nada te habían perjudicado? Pagaste, pues, la pena justa de tu rapiña».

Cuando uno se entrega a la codicia y perjudica a los más débiles, al encontrarse con uno más poderoso, como no lo espera, habrá de pagar entonces hasta los males que había cometido con anterioridad.

136. El milano que relinchaba

Un milano tenía una voz distinta a la de los demás, muy aguda. Pero al oír relinchar a un caballo, lo intentó imitar repetidas veces. Y sin aprender a relinchar, se quedó privado incluso de su propia voz, y no tuvo ni la del caballo ni la primera.

Los ruines y malvados que envidian las cualidades contrarias a su naturaleza también se ven privados de las que les corresponden.

137. El pajarero y el áspid

Un pajarero salió de caza llevando liga y las cañas. Al ver un tordo posado en lo alto de un árbol, quiso capturarlo. Y así, tras anudar las cañas a lo largo, apuntó atentamente, pendiente por completo a de dónde soplaban el aire. Al levantar la cabeza de esa manera, sin darse cuenta pisó un áspid que dormía ante sus propios pies, y este, revolviéndose, le soltó un mordisco. Él, al morir, decía para sí: «¡Desdichado de mí que queriendo cazar a otro, yo mismo sin advertirlo fui cazado de muerte!».

Así, los que urden tretas contra el prójimo, acaban cayendo en desgracias ellos mismos.

138. El caballo viejo

Un caballo viejo fue vendido para tirar en un molino. Enganchado a la rueda dijo lamentándose: «¡De qué carreras a qué vueltas he llegado!».

Nadie se envanezca demasiado con el poder de su juventud o su fama, pues la vejez consumió a muchos en medio de fatigas.

139. El caballo, el buey, el perro y el hombre

Cuando Zeus hizo al hombre, le dio una existencia efímera. Pero este, sirviéndose de su propia inteligencia, cuando llegó el invierno se construyó una casa para vivir. Y he aquí que en cierta ocasión en que hacía mucho frío y Zeus envió la lluvia, un caballo que no podía resistirla, llegó a la carrera al hombre y le pidió que lo protegiese. Este dijo que no lo haría a menos que le cediera parte de sus propios años. El caballo aceptó con gusto. No mucho después se presentó también un buey que tampoco podía resistir el invierno. Igualmente el hombre le dijo que no lo recibiría sin que antes le proporcionase cierto número de sus años. Y también este le dio una parte y fue acogido. Finalmente llegó un perro aterido de frío y, tras conceder al hombre una parte de su vida, halló abrigo. Así ocurrió que los hombres, cuando están en los años que les dio Zeus son íntegros y buenos; pero cuando están en la edad del caballo, son vanidosos y altaneros; al llegar a la del buey se hacen dominantes; y los que cumplen la edad del perro se convierten en irascibles y gruñones.

Podría uno servirse de esta fábula a propósito de un viejo colérico y de mal carácter.

140. El caballo y el mozo de cuadra

Un mozo que robaba la cebada del caballo y la vendía, lo limpiaba y lo peinaba todos los días. El caballo le dijo: «Si realmente quieres que yo sea hermoso, no vendas la cebada que me alimenta».

Los ambiciosos que halagan a los pobres con palabras seductoras y con adulaciones, los despojan incluso de lo necesario.

141. El caballo y el burro

Un hombre tenía un caballo y un burro. Mientras marchaban por un camino dijo el burro al caballo: «Lleva parte de mi carga, si quieres que yo sea salvo». Este no le hizo caso; el burro cayó por la fatiga y murió. El amo trasladó toda la carga al caballo, incluso la propia piel del burro, y el caballo, lamentándose, gritaba: «¡Ay de mí, desdichado!, pues por no haber querido llevar una carga pequeña, he aquí que la llevo toda, incluso su piel».

La fábula muestra que, si los grandes se asocian con los pequeños, unos y otros se salvarán en la vida.

142. El caballo y el soldado

Un soldado alimentaba con cebada a su caballo en tiempo de guerra, pues lo consideraba un colaborador en sus necesidades. Pero cuando la guerra acabó, el caballo se ocupaba de algunos trabajos serviles y del transporte de cargas pesadas, alimentado solo con paja. Cuando de nuevo se oyó hablar de guerra y la trompeta la pregonaba, el amo embridó al caballo, se armó él mismo y se montó en él. Pero este cada dos por tres se caía, al estar sin fuerzas, y dijo al amo: «Vete con los de a pie, los hoplitas^[9], de inmediato; pues tú, que de caballo me convertiste en burro, ¿cómo quieres tener de nuevo un caballo de un burro?».

No se deben olvidar las desgracias en tiempos de seguridad y reposo.

143. La caña y el olivo

Una caña y un olivo disputaban por su firmeza, resistencia y tranquilidad. El olivo hacía reproches a la caña por débil y porque se inclinaba fácilmente a todos los vientos. La caña guardó silencio sin decir palabra. Y al cabo de un rato, al soplar un viento fuerte, la caña sacudida y acamada por los vientos se salvó con facilidad; en cambio el olivo, al intentar resistir el vendaval, se rompió con violencia.

La fábula muestra que los que no se enfrentan a las circunstancias y a los más fuertes que ellos son más poderosos que quienes porfían con sus superiores.

144. La camella que descargaba el vientre en un río

Una camella atravesaba un río que fluía rápido. Al descargar su vientre y ver enseguida el excremento delante de sí arrastrado por la rápida corriente, dijo: «¿Qué es esto? ¡Lo que estaba detrás de mí lo veo ahora pasar delante de mí!».

La fábula puede aplicarse en una ciudad en que los últimos e insensatos tienen el poder, en vez de los primeros y sensatos.

145. La camella, el elefante y el mono

Los animales querían elegir a su rey. Se presentaron una camella y un elefante que rivalizaban por ser preferidos sobre todos por el gran tamaño de su cuerpo y por su fuerza. Pero un mono dijo que ambos eran inadecuados, la camella porque no se encolerizaba con los delincuentes, el elefante porque habría que temer que nos atacara un cerdito al que el elefante tiene miedo.

La fábula muestra que una pequeña causa impide incluso muchas de las cosas más importantes.

146. La camella y Zeus

Una camella, al ver a un toro muy ufano de sus cuernos, tuvo envidia de él y quiso también conseguirlos iguales. Por eso fue a ver a Zeus y le pidió que le proporcionara cuernos. Y Zeus, irritado con ella porque no le bastaba con el gran tamaño de su cuerpo y con su fuerza, sino que también deseaba algo más, no solo no le dio cuernos, sino que le quitó incluso parte de sus orejas.

Así, muchos que por ambición envidian a los demás se quedan privados hasta de lo suyo.

147. La camella que danzaba

Una camella, obligada a danzar por su amo, dijo: «Soy fea no solo danzando sino incluso en mis andares».

La fábula se dice de toda obra que carece de gracia.

148. El camello visto por primera vez

La primera vez que vieron un camello los hombres huyeron de miedo espantados por su tamaño. Pero cuando, avanzando el tiempo, observaron su mansedumbre, se atrevieron a acercarse hasta cierto punto. Al darse cuenta, poco después, de que el animal no se encolerizaba, llegaron a confiarse tanto que incluso le pusieron bridas y se lo dieron a los niños para que lo llevaran.

La fábula muestra que el trato mitiga lo terrible de las cosas.

149. Los dos escarabajos

En una islita pacía un toro. De su excremento se alimentaban dos escarabajos. Y al llegar el invierno, uno dijo al otro que quería volar a tierra firme para que al quedarse el otro solo tuviera suficiente comida, y que él pasaría allí el invierno. Dijo también que si encontraba mucha comida se la llevaría. Cuando llegó a tierra firme y encontró estiércol abundante y fresco, se quedó allí atiborrándose. Pasado el invierno voló de nuevo a la isla. El otro que lo vio bien nutrido y fuerte le censuró que no le hubiese traído nada, aunque se lo había prometido. Este dijo: «No me lo reproches a mí, sino a la naturaleza del lugar; pues allí alimentarse es posible, traerse algo no».

Esta fábula se podría aplicar a aquellos que ofrecen su amistad solo hasta la hora de comer, pero más allá no ayudan a los amigos en absoluto.

150. El cangrejo y la zorra

Un cangrejo que había ido a parar a una playa desde el mar vivía solo. Una zorra hambrienta y sin tener que llevarse a la boca lo vio, se precipitó hacia él y lo cogió. Cuando este estaba a punto de ser engullido, dijo: «Es justo lo que me pasa, porque, siendo de mar, quise hacerme de tierra».

Así también, los hombres que dejan su manera de vivir habitual y emprenden algo que en

absoluto les conviene, como es natural, terminan siendo desgraciados.

151. El cangrejo y su madre

Una cangreja dijo a su hijo que no caminara torcido ni arrastrara el cuerpo sobre la roca húmeda. Este le replicó: «Madre, anda derecha tú que pretendes enseñarme y, al verte, te imitaré».

Los que reprenden deben vivir y caminar rectos y entonces enseñar lo mismo.

152. El nogal

Un nogal que estaba junto a un camino y al que los que pasaban le tiraban piedras, lamentándose, dijo para sí: «¡Desdichado de mí, que cada año me ocasiono a mí mismo ultrajes y sufrimientos!».

La fábula es para los que se afligen con sus propios bienes.

153. El castor

El castor es un animal cuadrúpedo que vive en los lagos. Se dice que sus testículos son útiles para la curación de algunas enfermedades. Y, si alguna vez alguien lo ve y lo persigue con intención de castrarlo, al saber por qué lo persiguen, huye hasta cierta distancia, valiéndose de la rapidez de sus patas para mantenerse íntegro. Pero, cuando se encuentra acorralado, se corta sus propios testículos, los tira y así consigue la salvación.

Así también, son sensatos los hombres que, cuando son objeto de asechanzas a causa de sus bienes, los desprecian por no poner en peligro sus vidas.

154. El hortelano que regaba sus hortalizas

Un hombre se detuvo junto a un hortelano que estaba regando sus hortalizas y le preguntó por qué las hortalizas salvajes son floridas y compactas, y en cambio las cultivadas finas y marchitas. Y aquel le dijo: «La Tierra es madre de aquellas, de estas madrastra».

Así también, no se crían igual los niños alimentados por su madrastra que los que tienen madre.

155. El hortelano y el perro

El perro de un hortelano se cayó a un pozo. El hortelano para sacarlo de allí también bajó él mismo al pozo. Pero como el perro pensara que se le acercaba para hundirlo más, se revolvió y lo mordió. Él salió de allí dolorido y dijo: «Es justo lo que me pasa. Pues ¿por qué me apresuré a salvar a quien intenta suicidarse?».

La fábula es contra los injustos y desagradecidos.

156. El citaredo

Un citaredo falto de aptitudes cantaba sin cesar en una casa encalada; como su voz resonaba contra las paredes pensó que tenía una voz muy buena y, animado por eso, resolvió que debía ir también al teatro. Pero una vez en la escena, como de hecho cantaba muy mal, lo echaron a pedradas.

Así también, algunos oradores que en las escuelas parece que son alguien, cuando llegan a la política se muestran dignos de nada.

157. El tordo

En un mirto vivía un tordo. Por el dulzor de su fruto no se alejaba de él. Un pajarero, al observar que el tordo tenía predilección por ese lugar, lo cazó con liga. El tordo, a punto de morir, dijo: «¡Miserable de mí, que por el dulzor de la comida me privo de la salvación!».

La fábula es oportuna para un hombre que, corrompido por la molicie, está perdido.

158. Los ladrones y el gallo

Unos ladrones que habían entrado en una casa no encontraron nada más que un gallo y, llevándose lo consigo, se marcharon. Cuando lo iban a matar, el gallo pidió que lo liberaran, diciendo que era útil a los hombres, pues los despertaba al alba para ir al trabajo. Los ladrones, respondiendo, le dijeron: «Pues también por eso te vamos a matar, porque al despertarlos no nos dejas robar».

La fábula muestra que lo que causa beneficios a los buenos contraría más a los malvados.

159. El estómago y los pies

El estómago y los pies disputaban sobre su poder. A cada momento decían los pies que le aventajaban tanto que incluso llevaban encima al propio estómago. Este respondió: «Pero ¡venga ya!, si yo no os proporcionara el alimento, tampoco vosotros podríais llevarme».

Así también, en los ejércitos no vale para nada una gran muchedumbre si los generales no planean lo mejor.

160. El grajo y la zorra

Un grajo hambriento se posó sobre una higuera. Y al ver que los higos todavía no estaban maduros

aguardó hasta que maduraran. Una zorra vio que el grajo echaba raíces allí e, informada por él del motivo, dijo; «Pero ¡hombre!, estás equivocado al fiarte de la esperanza, que sabe engañar pero en modo alguno alimenta».

Para el hombre pendenciero.

161. El grajo y los cuervos

Un grajo que se distinguía de los demás por su tamaño, menospreciando a los de su especie se unió a los cuervos y se creía digno de vivir con ellos. Estos, que no reconocieron su aspecto ni su canto, lo echaron a golpes. Y él, expulsado por los cuervos, se fue de nuevo junto a los grajos, que irritados por su ultraje tampoco lo recibieron. Y así le ocurrió que quedó privado de la convivencia con unos y con otros.

Así también, los hombres que dejan la patria y prefieren otra extraña tampoco son bien considerados en esta por ser extranjeros. Y por sus conciudadanos son rechazados por haberlos despreciado.

162. El grajo y los pájaros

Zeus, que quería proclamar un rey de los pájaros, les señaló un día en el que debían reunirse todos para elegir entre ellos como rey al más hermoso de todos. Los que se habían congregado se lavaban junto a un río. Pero el grajo, que se sabía feo, se fue y recogió las plumas que se les habían caído a otros pájaros, se las puso alrededor y se las pegó. Resultó, pues, que con ello se convirtió en el más hermoso de todos. Pues bien, llegó el día de la cita y todos los pájaros fueron ante Zeus. El grajo, con su variado colorido también fue. Cuando Zeus estaba a punto de nombrar rey al grajo por su hermosura, los pájaros, irritados, le fueron quitando cada uno su pluma. Así le ocurrió que, desplumado, de nuevo pasó a ser grajo.

Así también, los hombres con deudas mientras tienen el dinero ajeno parecen ser alguien, pero, cuando lo devuelven, se encuentran como eran al principio.

163. El grajo y las palomas

Un grajo que había visto en un palomar unas palomas bien alimentadas, tras pintarse de blanco, llegó para compartir su misma vida. Ellas, mientras se mantuvo callado, pensaron que era una paloma y le dieron acogida. Pero cuando, en cierto momento, sin darse cuenta, graznó, lo expulsaron al instante por intruso. El grajo, al perder la comida de allí, volvió de nuevo a los grajos y estos no lo reconocieron por el color de su plumaje y lo expulsaron. Así, deseoso de tener dos no logró ni una.

Pues bien, debemos tener suficiente con lo nuestro, pensando que la avaricia, en vez de ser de utilidad, muchas veces también nos quita hasta lo que poseemos.

164. El grajo huido

Un hombre que había atrapado un grajo le ató la pata a una cuerda de lino y se lo dio a sus hijos. El grajo, como no soportaba la vida con los hombres, cuando logró un poco de confianza, huyó y se fue a su nido. Pero enredada la cuerda con las ramas, no podía volar y, cuando se hallaba a punto de morir, se decía a sí mismo: «Pero ¡desdichado de mí, que por no soportar la esclavitud junto a los hombres, sin advertirlo me privé hasta de mi salvación!».

Esta fábula podría aplicarse a aquellos hombres que, queriendo liberarse de peligros moderados, sin darse cuenta caen en riesgos mayores.

165. El cuervo y la zorra

Un cuervo cogió un trozo de carne y se posó en un árbol. Una zorra que lo vio, queriendo apoderarse de la carne, se detuvo y empezó a elogiarlo por su tamaño y hermosura, diciendo también que debería él más que nadie reinar sobre los pájaros y que así habría sido, si hubiese tenido voz. El cuervo, queriendo mostrarle que también tenía voz, soltó la carne y se puso a graznar con fuerza. La zorra cogió la carne, echó a correr y le dijo: «Cuervo, si tuvieras también inteligencia, nada te faltaría para gobernar tú sobre todos».

La fábula es oportuna para un hombre insensato.

166. El cuervo y Hermes

Un cuervo cogido por una trampa prometió a Apolo quemar en su honor incienso. Salvado del peligro, incumplió su promesa. De nuevo cogido por otra trampa, olvidándose de Apolo, prometió a Hermes ofrecerle un sacrificio. Pero este le dijo: «¿Cómo voy a confiar en ti, malvado, que te has apartado de tu primer amo y le has faltado?».

Los que se muestran ingratos para con sus benefactores no tendrán quien les defienda si caen en un peligro.

167. El cuervo y la serpiente

Un cuervo que carecía de alimento, al ver una serpiente dormida en un lugar soleado, se abatió sobre ella y la cogió. Esta se revolvió y lo mordió. Y el cuervo, a punto de morir, dijo: «¡Desdichado de mí, que encontré una presa tan fácil y por ella muero!».

Esta fábula podría decirse con respecto a un hombre que por encontrar un tesoro pone en peligro su salvación.

168. El cuervo enfermo

Un cuervo que estaba enfermo dijo a su madre: «Madre, suplica al dios y no llores». Ella, respondiendo, dijo: «¿Cuál de los dioses, hijo, se apiadará de ti?, pues ¿a cuál no arrebataste carne?».

La fábula muestra que los que tienen muchos enemigos en vida no encontrarán ningún amigo en la necesidad.

169. La cogujada

Una cogujada cogida en una trampa, lamentándose, decía: «¡Ay de mí, desdichada e infeliz voladora, no arrebaté a nadie oro ni plata ni ninguna otra cosa de valor, y un granito de trigo me acarreó la muerte!».

La fábula es para los que se exponen a un gran peligro por una ganancia despreciable.

170. La corneja y el cuervo

Una corneja envidiosa de un cuervo porque hacía predicciones a los hombres por medio de sus augurios y presagiaba el futuro y porque, debido a eso, los hombres invocaban su testimonio, quiso lograr lo mismo. Y al ver a unos caminantes acercarse, voló a un árbol y, posada en él, se puso a graznar con fuerza. Ellos se volvieron hacia su voz espantados y uno, tomando la palabra, dijo: «Vayámonos, amigos, pues es una corneja que con sus graznidos no presagia nada bueno».

Así también, los hombres que compiten con los más poderosos, además de no lograr lo mismo, se exponen al ridículo.

171. La corneja y el perro

Una corneja que ofrecía un sacrificio a Atenea, invitó a un perro al festín. Este le dijo: «¿Por qué gastas tu dinero en sacrificios inútilmente?, pues la divinidad te odia tanto que incluso ha quitado el crédito a tus augurios». Y la corneja respondió: «Pues por eso le ofrezco sacrificios, porque sé que ella está a malas conmigo, para que cambie».

Así, muchos, por miedo, no vacilan en hacer bien a sus enemigos.

172. Los caracoles

El hijo de un labrador asaba caracoles. Al oírlos chirriar, dijo: «¡Malos bichos!, mientras se queman vuestras casas, vosotros cantáis».

La fábula muestra que todo lo que se hace a destiempo es reprochable.

173. El cisne cogido en vez de una oca

Un hombre pudiente criaba una oca junto con un cisne, no para lo mismo sin embargo. Pues a uno por su canto, a la otra para la mesa. Cuando le llegó la hora a la oca, que por ello había sido criada, era de noche y el momento no permitió distinguir una del otro. El cisne, cogido en vez de la oca, cantó una canción como preludio de su muerte y con el canto reveló su naturaleza y evitó la muerte.

La fábula muestra que muchas veces la música produce un aplazamiento de la muerte.

174. El cisne y su amo

Dicen que los cisnes cantan ante la muerte. Un hombre encontró un cisne puesto en venta y, como había oído que es un animal muy melodioso, lo compró. Y en cierta ocasión en que tenía convidados se acercó al cisne y le pidió que cantase durante la comida. Este entonces se quedó en silencio, pero en otra ocasión más tarde, cuando creyó que iba a morir, entonó un treno^[10] para sí mismo; y el amo, al oírle, dijo: «Si no cantas más que si vas a morir, fui necio yo que te lo pedí entonces y no te sacrificué».

Así, algunos hombres, lo que no quieren conceder voluntariamente, lo cumplen en contra de su voluntad.

175. Los dos perros

Un hombre que tenía dos perros enseñó a uno a cazar y al otro lo hizo guardián de la casa. Y he aquí que cuando el cazador cogía alguna pieza, el amo también echaba al otro una parte de ella. Enfadado el perro de caza y reprochando al otro que cuando él salía se esforzaba en todo momento, mientras que él, sin hacer nada, gozaba de sus esfuerzos, este le dijo: «Pero no me lo reproches a mí, sino al amo que no me enseñó a trabajar, sino a devorar los trabajos ajenos».

Así, tampoco los niños negligentes merecen reproche cuando sus padres los educan de esa manera.

176. Las perras hambrientas

Unas perras hambrientas, al ver en un río unas pieles mojadas y no pudiendo llegar hasta ellas, acordaron unas con otras que primero se beberían el agua y, así, luego llegarían a las pieles. Les ocurrió que de beber reventaron antes de llegar hasta las pieles.

Así, algunos hombres, sometiéndose a trabajos arriesgados por su afán de ganancias, llegan a perderse antes de obtenerlo que quieren.

177. El hombre mordido por un perro

Un hombre, mordido por un perro, iba de un lado a otro buscando quien lo curara. Como alguien le dijera que lo que debía hacer era untar la sangre con pan y echárselo al perro que lo había mordido, respondiendo dijo: «Pero si hago eso, forzosamente me morderán todos los perros de la ciudad».

Así también, cuando es halagada la maldad de los hombres, aún más se les anima a cometer daño.

178. El perro invitado a comer o El hombre y el perro

Un hombre preparaba una comida, pues había invitado a uno de sus amigos íntimos. Su perro invitó a otro perro diciéndole: «Amigo, ven aquí a comer conmigo». Llegó este todo feliz y se detuvo mirando el gran banquete y gritando en su corazón: «¡Vaya, qué alegría me acaba de entrar de pronto!, pues voy a comer y a darme un banquete hasta hartarme, de modo que mañana no tenga hambre en absoluto». Mientras el perro se decía eso a sí mismo y al tiempo movía el rabo como confiando en el amigo, el cocinero, cuando le vio mover el rabo acá y allá, lo cogió de las patas y lo echó al instante afuera por la ventana. Este, al caer, se fue dando grandes ladridos. Uno de los perros con que se encontró en el camino le preguntó: «¿Qué tal comiste, amigo?». Y él dijo: «Emborrachado hasta la saciedad por la mucha bebida, ni siquiera sé el camino mismo por donde salí».

La fábula muestra que no se debe confiar en los que se muestran dispuestos a hacer bien con lo ajeno.

179. El perro de caza y los perros

Un perro criado en una casa, experto en luchar con las fieras, vio una larga comitiva de ellas caminando en fila. Rompió las cadenas que le ataban por el cuello y escapó a todo correr. Otros perros que lo veían tan fuerte como un toro le dijeron: «¿Por qué huyes?». Y él contestó: «Sé que vivo con una comida extraordinaria y me encanta mi cuerpo, pero estoy siempre cerca de la muerte, luchando con osos y leones». Los otros perros se dijeron entre sí: «Vivimos una buena vida, si bien pobre, sin tener que luchar con leones ni con osos».

No debe uno atraerse los peligros por molicie y vanagloria, sino evitarlos.

180. El perro, el gallo y la zorra

Un perro y un gallo que habían trabado amistad caminaban juntos. Al echarse la noche encima, el gallo dormía subido a un árbol, el perro al pie del mismo en un hueco que tenía. Cuando el gallo, según su costumbre, cantó al amanecer, una zorra que lo oyó corrió hacia él y parándose le pidió

que bajase con ella, pues deseaba abrazar a un animal que tenía tan buena voz. El gallo le dijo que antes despertara al guardián de la puerta, que dormía junto al tronco del árbol y que, cuando este le hubiera abierto, bajaría. Cuando la zorra trató de hablar con él, el perro súbitamente dio un salto y la despedazó.

La fábula muestra que los hombres precavidos ante la proximidad de los enemigos los envían con engaño a otros más fuertes.

181. El perro y el caracol

Un perro que acostumbraba a engullir huevos, al ver un caracol, abrió su boca y lo tragó de un gran bocado, creyendo que era un huevo. Al sentir pesadez de estómago y dolor dijo: «Es justo lo que me pasa si creo que todo lo redondo es un huevo».

La fábula nos enseña que los que emprenden un asunto alocadamente, sin darse cuenta, se enredan en situaciones extrañas.

182. El perro y la liebre

Un perro de caza que había atrapado una liebre, unas veces la mordía, otras le lamía el hocico. Esta, harta, le dijo: «Pero ¡tú!, deja de mordirme o besarme, para que sepa si eres enemigo o amigo mío».

La fábula es oportuna para un hombre ambiguo.

183. El perro y el carnicero

Un perro que había irrumpido en una carnicería mientras el carnicero estaba ocupado arrebató un corazón y huyó a todo correr. Cuando el carnicero se volvió y lo vio huir, dijo: «¡Eh tú!, sabe que, dondequiera que estés, me cuidaré de ti, pues no me has quitado un corazón, sino que me lo has dado».

La fábula muestra que muchas veces los infortunios se convierten en enseñanza para los hombres.

184. El perro dormido y el lobo

Un perro dormía a la puerta de una casa. Un lobo se le echó encima y el perro le pidió que no lo matara en ese momento. «Pues ahora —dijo— estoy flaco y reseco; pero si esperas un poco, mis amos van a celebrar sus bodas y yo entonces comeré mucho y engordaré más, y seré una comida más grata para ti». Pues bien, el lobo, convencido, se marchó y al volver al cabo de unos días, encontró al perro durmiendo arriba, en la azotea, y deteniéndose desde abajo lo llamó hacia sí, recordándole el pacto. Y el perro: «Lobo, si a partir de este momento me ves durmiendo ante la casa, ya no aguardes a las bodas».

La fábula muestra que los hombres prudentes, si tras haber corrido algún peligro, se salvan, se

guardan de él de por vida.

185. La perra que llevaba un trozo de carne

Una perra que llevaba un trozo de carne cruzaba un río. Al ver su propia sombra en el agua supuso que había otra perra con un trozo mayor, soltó el suyo y se dispuso a coger el de aquella. Le ocurrió que se quedó sin ninguno de los dos, al no conseguir el uno porque ni siquiera existía y el otro porque el río lo había arrastrado.

La fábula es oportuna para un hombre ambicioso.

186. El perro que llevaba una campanilla

Había un perro que mordía sin motivo a todo el que se le acercaba. Su amo le colgó una campanilla para prevenir a todos. El perro presumía en la plaza agitando la campanilla. Una perra vieja le dijo: «¿Por qué te pavoneas?, no la llevas por tu valor, sino como prueba de tu maldad oculta».

Las actitudes presuntuosas de los fanfarrones ponen en evidencia su maldad escondida.

187. El perro que perseguía a un león y la zorra

Un perro de caza, al ver un león, se puso a perseguirlo. Cuando el león se volvió y rugió, lleno de miedo, huyó en sentido contrario. Una zorra que lo vio dijo: «¡Qué mala cabeza! ¿Persegúias un león y ni siquiera has soportado su rugido?».

La fábula se podría decir con respecto a hombres arrogantes que, intentando hacer falsas acusaciones contra otros mucho más poderosos, cuando estos les hacen frente, rápidamente se echan atrás.

188. El mosquito y el león

Un mosquito se acercó a un león y le dijo: «Ni te temo ni eres más fuerte que yo; si no ¿qué fuerza tienes: que arañas con tus garras y muerdes con tus dientes? Eso también lo hace una mujer cuando se pelea con su marido. Yo soy mucho más fuerte que tú. Si quieres, entremos en lucha». Y el mosquito hizo zumbear su trompetilla y le clavó el aguijón, picándole en la parte sin pelo de sus fauces, cerca de las narices. Y el león se puso a rascarse con sus propias garras hasta que desfalleció. El mosquito, luego de vencer al león, volvió a hacer zumbear su trompetilla y entonando un epinicio^[11] echó a volar; se enredó con la tela de una araña y, mientras era devorado, se lamentaba de cómo, tras pelear con los animales más grandes, perecía por obra de un animal insignificante, la araña.

189. El mosquito y el toro

Un mosquito que se había posado en el cuerno de un toro estuvo allí un buen rato, y cuando se disponía a marchar, preguntó al toro si quería que se fuese ya. Este, respondiendo, dijo: «Ni me enteré cuando llegaste ni me enteraré si te marchas».

Uno podría servirse de esta fábula con respecto a un hombre insignificante que no es molesto ni útil, ni cuando está presente ni cuando se halla ausente.

190. Las liebres y las zorras

En cierta ocasión unas liebres que luchaban con unas águilas invitaron a las zorras a hacer una alianza. Estas dijeron: «Correríamos en vuestra ayuda si no supiésemos quiénes sois y con quiénes lucháis».

La fábula muestra que los que gustan de disputas con los más poderosos desprecian su propia salvación.

191. Las liebres y las ranas

En cierta ocasión se reunieron las liebres y deploraban entre sí su propia vida porque era insegura y llena de temor; eran, en efecto, víctimas de hombres, perros, águilas y otros muchos animales. Así pues, era mejor morir una vez que temer de por vida. Pues bien, habiendo determinado eso, se precipitaron al pantano para arrojarse a él y ahogarse. Pero las ranas, situadas alrededor del pantano, cuando oyeron el ruido de su carrera, enseguida saltaron al agua. Una de las liebres, que parecía más sagaz que las demás, dijo: «¡Deteneos, compañeras, no os consideréis indignas!, pues, como veis, también hay otros animales más temerosos que nosotras».

La fábula muestra que los desdichados se consuelan con otros que sufren desgracias peores.

192. La liebre y la zorra

Una liebre dijo a una zorra: «¿Realmente sacas muchas ganancias o puedes decir por qué tu nombre es “gananciosa”?»^[12]. La zorra dijo: «Si no te lo crees, ven aquí, que te invito a comer». Aquella la acompañó, y la zorra no disponía en su casa de otra comida que la propia liebre. Esta dijo: «Para mi desgracia he aprendido de dónde procede tu nombre, no de sacar ganancias sino de engañar».

A los indiscretos muchas veces les ocurre un mal muy grande cuando se dejan llevar por su indiscreción.

193. La gaviota y el milano

Una gaviota que se había tragado un pez se desgarró la garganta. Y yacía muerta en la playa. Cuando la vio un milano dijo: «Tienes lo que te has merecido, porque aunque naciste para volar hacías la vida en el mar».

Así, los que dejan su forma natural de vivir y se lanzan a otra totalmente distinta naturalmente son desdichados.

194. La leona y la zorra

Una leona a la que una zorra hacía reproches porque nunca engendraba más que una sola cría dijo: «Una sola, pero león».

No se debe medir lo bueno por la cantidad, sino considerar su valor.

195. El reinado del león

Un león fue un rey no colérico ni cruel ni violento, sino manso y justo como un hombre. Durante su reinado se celebró una gran asamblea de todos los animales para otorgar y recibir justicia mutuamente: el lobo al cordero, la pantera a la cabra montes, el tigre al ciervo, el perro a la liebre... La tímida liebre dijo: «Ansié ver este día en el que los humildes se muestren temibles a los violentos».

Si hay justicia en la ciudad y todos juzgan ateniéndose a ella, hasta los humildes viven con tranquilidad.

196. El león que se había hecho viejo y la zorra

Un león ya viejo y que no podía procurarse comida por medio de su fuerza comprendió que debía hacerlo mediante algún plan. Así que se fue a una cueva y allí, recostado, fingía estar enfermo. Y de este modo, atrapando a los animales que se acercaban a él para visitarlo, los devoraba. Muertas ya muchas fieras, una zorra que se había percatado de su astucia se acercó y deteniéndose lejos de la cueva le preguntó cómo estaba. Al responder el león «mal» y preguntarle la causa por la que no entraba dijo: «Habría entrado de no haber visto huellas de muchos que entran pero de ninguno que sale».

Así, los hombres prudentes evitan los riesgos al preverlos a partir de indicios.

197. El león encerrado y el labrador

Un león entró en el establo de un labrador. Este, para capturarlo, cerró la puerta del corral. Y aquel, al no poder salir, primero mató las ovejas, después se volvió contra los bueyes. Y el labrador, temiendo por sí mismo, abrió la puerta. Una vez se hubo marchado el león, la mujer al ver cómo se lamentaba su marido le dijo: «Es justo lo que te pasa, pues ¿por qué quisiste encerrar a quien debías mantener lo más lejos posible?».

Así los que hostigan a los más fuertes es natural que sufran sus propios desmanes.

198. *El león enamorado y el labrador*

Un león, enamorado de la hija de un labrador, le propuso matrimonio. El labrador, que no quería dar en matrimonio a su hija a una fiera, y que tampoco podía por miedo rechazarla, ideó lo siguiente: puesto que el león le insistía sin cesar, le dijo que lo consideraba un pretendiente digno de su hija, pero que no podía dársela en matrimonio a menos que se arrancara los dientes y se cortara las garras, pues le daban miedo a la joven. El león aceptó con facilidad una y otra cosa por amor. Y el labrador, menospreciándolo, lo echó a palos tan pronto apareció.

La fábula muestra que los que confían fácilmente en el prójimo, cuando se desprenden de lo que les hace superiores, se hacen vulnerables para aquellos a quienes antes resultaban temibles.

199. *El león, la zorra y la cierva*

Un león que, enfermo, estaba echado en una sima dijo a su amiga la zorra con la que tenía relación: «Si quieres que yo sane y viva, trae a mis manos una cierva muy grande que habita en el bosque, engañándola con tus dulces palabras, pues deseo sus entrañas y su corazón». La zorra se marchó y encontró a la cierva retozando en el bosque. Se acercó a ella sonriente, la saludó y le dijo: «He venido para comunicarte una buena noticia. Sabes que nuestro rey, el león, es vecino mío y está enfermo y cercano a la muerte. Pues bien, deliberaba cuál de los animales reinaría después de él. Decía que el jabalí es insensato, el oso perezoso, la pantera colérica, el tigre vanidoso; la cierva es la más digna para reinar, porque es esbelta de figura, vive muchos años, su cornamenta es temible para las serpientes y, ¿para qué decir más?, has sido designada para reinar. ¿Qué tendré yo, la primera en decírtelo? Pero prométemelo, que tengo prisa, no sea que el león me busque de nuevo, pues me necesita como consejera en todo. Si me escuchas a mí que soy vieja, te aconsejo que vengas y permanezcas junto a él mientras muere».

Así habló la zorra. La mente de la cierva quedó obcecada por sus palabras y fue a la gruta sin comprender lo que iba a ocurrir. El león se lanzó sobre ella aprisa, pero solo le desgarró las orejas con sus garras. La cierva se metió rápidamente en el bosque. Y la zorra pataleó porque se había esforzado en vano. El león se lamentó rugiendo fuerte, pues el hambre y el dolor le dominaban, y pedía a la zorra que hiciese algo por segunda vez y de nuevo la trajese con engaños. Esta dijo: «Me encargas un asunto difícil y enojoso, pero, no obstante, te serviré». Y, como un perro rastreador, siguió su rastro mientras urdía astucias, y preguntó a los pastores si habían visto una cierva herida. Estos le indicaron que en el bosque. La encontró pastando y se detuvo desvergonzadamente. La cierva, irritada y erizando el pelo, dijo: «¡Miserable!, ya no me cogerás; si te acercas a mí no vivirás más. Aplica tu zorrería a otros necios, haz reyes a otros y entusiásmalos». La zorra dijo: «¿Eres tan floja y cobarde; tanto desconfías de nosotros tus amigos? Cuando el león te cogió de la oreja, iba a aconsejarte y a darte instrucciones sobre un reino de tanta importancia, porque estaba muriendo. Pero tú no consentiste la caricia de una mano enferma. Y ahora aquel está más enfadado contigo y quiere hacer rey al lobo. ¡Ay de mí, amo malvado! Anda, ven, no te asustes en absoluto y hazte como un cordero. Pues te juro por todas las plantas y manantiales, que ningún mal vas a sufrir del león; yo te serviré a ti sola». Así, volvió a

engañar a la infortunada y la convenció de que fuera de nuevo. Cuando entró en la cueva, el león se dio un buen banquete, ya que devoró todos sus huesos, médula y entrañas. La zorra estaba quieta mirando y arrebató furtivamente el corazón que se había caído y se lo comió como pago de su esfuerzo. El león, escudriñando todo, solo echaba de menos el corazón. La zorra, situada lejos, dijo: «Verdaderamente esa no tenía corazón, no busques más; pues ¿qué corazón podría tener quien por dos veces entró a la cueva y a las garras de un león?».

El ansia de honores perturba la mente humana y no comprende la eventualidad de los peligros.

200. El león, el oso y la zorra

Un león y un oso encontraron un cervatillo y se lo disputaban. Se trataron mutuamente de un modo terrible y, exhaustos, yacían medio muertos. Una zorra que pasaba cerca, cuando los vio extenuados y al cervatillo que yacía en medio, lo cogió y se alejó por entremedias de ellos. Estos, sin poder ponerse en pie, dijeron: «¡Desdichados de nosotros que nos fatigamos para una zorra!».

La fábula muestra que se afligen con razón aquellos que ven que uno cualquiera se lleva el provecho de sus propios trabajos.

201. El león y la rana

Al oír un león croar a una rana, se volvió hacia el lugar de donde provenía el ruido, pensando que había un animal grande. Pero, al cabo de un rato, al verla salir del estanque, se acercó y la pisoteó tras decirle: «¿Siendo tan pequeña gritas tanto?».

La fábula es oportuna para un charlatán que no sabe nada más que hablar.

202. El león y el delfín

Un león, errante por una playa, vio un delfín que asomaba la cabeza sobre las olas y le invitó a una alianza diciendo que les convenía sobre todo ser amigos y ayudarse, pues aquel reinaba sobre los animales marinos y él sobre los terrestres. El delfín aceptó gustosamente y el león, que desde hacía tiempo tenía una lucha con un toro salvaje, llamó al delfín en su ayuda. Como este, aun queriendo, no podía salir del mar, el león lo acusó de traidor. El delfín, respondiendo, dijo: «No me lo recrimines a mí, sino a la naturaleza que, por haberme hecho marino, no me permite subir a tierra».

Así también, nosotros, al hacer pactos de amistad, debemos elegir unos aliados tales que, en los peligros, puedan estar a nuestro lado.

203. El león y el jabalí

En verano, cuando el calor ardiente produce sed, un león y un jabalí fueron a una pequeña fuente a beber. Discutían cuál de ellos bebería primero, y de ello se provocaron a muerte. De pronto, al volverse para tomar aliento, vieron unos buitres que aguardaban para devorar a quien de ellos cayera. Por eso, depusieron su enemistad y se dijeron: «Es mejor que seamos amigos que alimento para buitres y cuervos».

Es hermoso terminar las malas disputas y las porfías, puesto que llevan a todos a un final peligroso.

204. El león y la liebre

Un león que había encontrado una liebre dormida se disponía a devorarla. Pero, al ver de pronto pasar un ciervo, dejó la liebre y lo persiguió. Pues bien, la liebre se levantó por el ruido y huyó. El león, después de perseguir al ciervo mucho rato y no poder cogerlo, se volvió a por la liebre. Y, al encontrar que también ella había huido, dijo: «Es justo lo que me pasa, porque dejé la comida que tenía en mi poder y preferí una esperanza mayor».

Así, algunos hombres, que no se contentan con ganancias moderadas, al perseguir esperanzas mayores, sin darse cuenta dejan escapar hasta lo que tienen en sus manos.

205. El león, el lobo y la zorra

Un viejo león se hallaba enfermo, acostado en su cueva. Los demás animales, excepto la zorra, acudieron allí para visitar a su rey. Entonces el lobo, aprovechando la ocasión, acusó a la zorra ante el león porque, sin duda, no aceptaba en absoluto al que mandaba sobre todos ellos. Y, por eso, ni había ido a verlo. En tanto, también la zorra se presentó y escuchó las últimas palabras del lobo. Pues bien, el león rugió contra ella. Y esta pidió una oportunidad para defenderse y dijo: «¿Y quién de los aquí reunidos te ha sido tan útil como yo, que he ido por todas partes y he tratado de conseguir de los médicos un remedio para ti y te lo he traído?». Y, cuando el león le ordenó que enseguida dijese el remedio, aquella añadió: «Que despellejes a un lobo vivo y te pongas encima su piel caliente». Y al momento el lobo yacía muerto y la zorra sonriendo dijo así: «No hay que mover al amo a la malevolencia, sino a la benevolencia».

La fábula muestra que el que intriga contra otro hace que la intriga revierta en su propio perjuicio.

206. El león y el ratón agradecido

Un ratón se puso a corretear sobre el cuerpo de un león dormido. Este se despertó y lo atrapó; y estaba a punto de devorarlo. Pero, como el ratón le pidiera que lo soltase y le dijera que si lo salvaba se lo agradecería, el león, sonriendo, lo dejó libre. Ocurrió que, no mucho después, él se salvó gracias al ratón. Pues, cuando, capturado por unos cazadores, fue atado a un árbol con una

soga, el ratón, que había oído sus lamentos, acudió y se puso a roer la soga y, una vez que lo hubo desatado, dijo: «Te reíste un día de mí, incrédulo de que yo pudiera devolverte el favor, pero ahora sabe bien que también hay agradecimiento de parte de los ratones».

La fábula muestra que con los cambios de fortuna los que pueden mucho llegan a estar necesitados de los más débiles.

207. El león y el onagro

Un león y un onagro cazaban fieras: el león por medio de la fuerza y el onagro gracias a la rapidez de su patas. Tras haber cazado unos animales, el león los distribuyó e hizo tres partes. Y dijo: «Cogeré la primera en calidad de jefe, pues soy el rey. La segunda como socio a medias; y la tercera parte te hará un gran mal, si no quieres huir».

Es bueno que uno se mida en todo conforme a su propia fuerza y no se una ni se asocie con otros más poderosos que él.

208. El león y el burro que cazaban juntos

Un león y un burro que habían hecho una sociedad entre sí salieron de caza. Al llegar a una cueva en la que había cabras monteses, el león se situó a la entrada a esperar que salieran; el burro, en el interior, saltó sobre ellas y rebuznaba para hacerlas salir. Cuando el león había atrapado a la mayor parte, el burro salió y le preguntó si había luchado y había expulsado a las cabras con bravura. Este dijo: «Sábette bien que de no haber sabido que eras un burro, también yo habría sentido miedo».

Así, los que fanfarronean ante los que saben, naturalmente se exponen a la risa.

209. El león, el burro y la zorra

Un león, un burro y una zorra, luego de asociarse entre sí, salieron de caza. Tras una buena cacería, el león ordenó al burro que la repartiese entre ellos. Tras hacer este tres partes iguales y de invitarle a escoger, el león, indignado, saltó sobre él, lo devoró y ordenó a la zorra que hiciese el reparto. Esta reunió todo en una sola parte y, dejando un poco para sí misma, le invitó a escoger. Al preguntarle el león quién le había enseñado a repartir así, la zorra dijo: «La desgracia del burro».

La fábula muestra que las desdichas del prójimo son un aviso para los hombres.

210. El león, Prometeo y el elefante

Un león reprochó a Prometeo muchas veces que le había modelado grande y hermoso, y le había

equipado la mandíbula con dientes, le había fortalecido las patas con las garras y le había hecho más poderoso que las demás fieras. «Pero, aun así —decía—, temo al gallo». Y Prometeo dijo: «¿Por qué me culpas sin motivo? Pues recibiste de mí todo lo que podía modelar, pero tu alma es cobarde solo con respecto a eso». Entonces el león se lamentaba y se reprochaba su cobardía y hasta quería morir. Con tal ánimo se encontró a un elefante y llamándole se detuvo a charlar. Y, al ver que sus orejas se movían continuamente, dijo: «¿Qué te pasa?, ¿por qué tu oreja no permanece quieta ni un momento?». Y el elefante, mientras que por casualidad revoloteaba a su alrededor un mosquito, dijo: «¿Ves esa cosa pequeña, la que zumba? Si se mete en el orificio de mi oreja, estoy muerto». Y el león dijo: «¿Por qué, pues, he de morir si soy tal y más afortunado que el elefante en la medida en que el gallo es más fuerte que un mosquito?».

¿Ves cuánta fuerza tiene el mosquito como para incluso causar temor a un elefante?

211. El león y el toro

Un león que acechaba a un toro de gran tamaño quiso apoderarse de él con engaño. Le dijo que había sacrificado un cordero y que le invitaba al festín, para acabar con él cuando se pusiera a la mesa. Cuando el toro llegó y vio muchos calderos y grandes asadores, pero ningún cordero, no dijo nada y se marchó. Como el león se lo censurara y le preguntara por qué, sin que le hubiera sucedido nada malo, se iba inesperadamente, dijo: «No lo hago sin motivo, pues veo que los preparativos están dispuestos no como para un cordero, sino para un toro».

La fábula muestra que las artimañas de los malvados no se ocultan a los hombres prudentes.

212. El león furioso y el ciervo

Un león andaba furioso. Un ciervo, al verlo así desde el bosque, dijo: «¡Ay de nosotros desdichados!, pues ¿qué no hará fuera de sí ese que en estado normal nos era insoportable?».

Eviten todos a hombres irritados y que acostumbran a cometer daños cuando toman el mando y ejercen el poder.

213. El león que tuvo miedo de un ratón y la zorra

Mientras un león dormía, un ratón recorría su cuerpo. El león se despertó y se revolcaba por todas partes buscando al que se le había subido encima. Una zorra que lo vio le echó en cara que siendo león tuviese miedo del ratón. Y él respondió: «No tengo miedo del ratón, sino que me asombro de que alguien, mientras un león duerme, se atreva a recorrer su cuerpo».

La fábula enseña a los hombres prudentes a no desdeñar ni siquiera las cosas corrientes.

214. El bandido y la morera

Un bandido mató a un caminante y, cuando los vecinos se pusieron a perseguirlo, lo abandonó desangrado y huyó. Al preguntarle unos que caminaban en sentido contrario por qué tenía las manos manchadas, les dijo que acababa de bajar de una morera. Y en tanto que así decía, llegaron los que lo perseguían, lo cogieron y lo colgaron de la morera. Y esta le dijo: «No me disgusta contribuir a tu muerte, porque también tú te limpiabas en mí del crimen que habías cometido».

Así, muchas veces los buenos por naturaleza, cuando algunos les tildan de malvados, no vacilan en obrar mal contra ellos.

215. Los lobos y los perros que combatían entre sí

En cierta ocasión lobos y perros libraban una contienda. Un perro griego fue elegido general de su bando. Este demoraba entrar en combate mientras los lobos amenazaban con violencia. Él les dijo: «¿Sabéis por qué lo retraso? Siempre hay que deliberar previamente. Pues la raza y la piel de los lobos es solo una y la misma. Las nuestras son muy variadas y todos se ufanan de ser de países distintos. Ni siquiera la piel de todos es única e igual, sino que unos son negros, otros rojizos, otros blancos y cenicientos. Y ¿cómo podría mandar a la lucha a seres discordes y que no tienen todo igual?».

Cuando los ejércitos están en una sola voluntad y criterio consiguen la victoria contra los enemigos.

216. Los lobos y los perros reconciliados

Los lobos dijeron a los perros: «¿Por qué, siendo iguales a nosotros en todo, no nos consideráis como hermanos? Pues en nada nos diferenciamos de vosotros, excepto en las inclinaciones. Y nosotros vivimos con libertad; vosotros, en cambio, sometidos a los hombres y sirviéndoles, soportáis sus golpes, lleváis puesto un collar y guardáis sus rebaños; pero cuando comen solo os echan los huesos. Si nos hacéis caso, dadnos todos los rebaños y tendremos todo común, comiendo hasta la saciedad». Pues bien, los perros consintieron en eso y los lobos entraron en los corrales y mataron primero a los perros.

Los que traicionan a su patria reciben tales pagas.

217. Los lobos y las ovejas

Unos lobos que acechaban un rebaño de ovejas, pero que no podían hacerse con ellas por los perros que las guardaban, comprendieron que habían de hacerlo por medio de un engaño. Enviaron al rebaño unos emisarios para reclamar que les entregaran los perros, diciendo que estos eran los culpables de su enemistad y que, si se los entregaban, habría paz entre ellos. Las ovejas se los entregaron sin prever lo que ocurriría, y los lobos, ahora ya sin los perros, mataron impunemente a las ovejas desprotegidas.

Así también, las ciudades que traicionan fácilmente a sus dirigentes, sin darse cuenta, pronto se ven sometidas también ellas a sus enemigos.

218. Los lobos, las ovejas y el carnero

Unos lobos enviaron emisarios a las ovejas para hacer una paz duradera con ellas, si cogían a los perros y los mataban. Las ovejas, insensatas, aceptaron hacerlo. Pero un anciano carnero dijo: «¿Cómo voy a confiar y convivir con vosotras, cuando aun guardándome los perros, no me es posible pastar sin peligros?».

No debe uno despojarse de su propia seguridad confiando por un juramento en sus enemigos irreconciliables.

219. El lobo orgulloso de su sombra y el león

En cierta ocasión un lobo vagaba por lugares desérticos y, declinando ya Hiperión hacia su ocaso, al ver su **propia** sombra alargada, dijo: «¿Cómo temo yo al león cuando soy de tal tamaño?, ¿teniendo un pletro^[13] de largo, no voy a ser sencillamente soberano de todas las fieras juntas?». Un león más fuerte atrapó al orgulloso lobo y se dispuso a devorarlo, mientras este gritaba arrepentido: «La presunción es responsable de nuestras desgracias».

220. El lobo y la cabra

Un lobo vio a una cabra pacer junto a una cueva abrupta, pero como no podía llegar adonde ella estaba le aconsejó que bajara, no fuera a caer sin darse cuenta. Afirmaba que el prado donde él estaba era mejor, y su hierba muy abundante. La cabra le respondió: «No me llamas para pastar, sino que tú mismo careces de comida».

Así también, los malhechores, cuando obran mal ante quienes los conocen, son infructuosos en sus artimañas.

221. El lobo y el cordero

Un lobo que vio a un cordero beber en un río quiso devorarlo con un pretexto razonable. Por eso, aunque el lobo estaba situado río arriba, le acusó de haber removido el agua y no dejarle beber. El cordero le dijo que bebía con la punta del hocico y que además no era posible, estando él río abajo, remover el agua de arriba; mas el lobo, al fracasar en ese pretexto, dijo: «El año pasado injuriaste a mi padre». Sin embargo, el cordero dijo que ni siquiera tenía un año de vida, a lo que el lobo replicó: «Aunque tengas abundantes justificaciones, no voy a dejar de devorarte».

La fábula muestra que no tiene fuerza una defensa justa con quienes tienen la voluntad de

hacer daño.

222. El lobo y el corderillo que se refugió en un templo

Un lobo perseguía a un corderillo, y este se refugió en un templo. Al llamarle el lobo y decirle que el sacerdote lo iba a sacrificar en honor al dios, si lo cogía, aquel dijo: «Para mí es preferible ser víctima de un dios que morir a tus manos».

La fábula muestra que para quienes el morir está próximo es mejor la muerte con gloria.

223. El lobo y la vieja

Un lobo hambriento iba de un lado a otro en busca de comida. Llegado a cierto lugar oyó llorar a un niño chiquitín y a una vieja que le decía: «Deja de llorar; si no, en este momento te entregaré al lobo». El lobo, pensando que la vieja decía la verdad, se detuvo y esperó un buen rato. Al caer la tarde oyó de nuevo a la vieja que hacía mimos al pequeño y le decía: «Si viene aquí el lobo, niño, lo mataremos». Cuando el lobo oyó eso, se fue diciendo: «En esta casa dicen unas cosas pero hacen otras».

La fábula es para los hombres que no tienen las obras iguales a las palabras.

224. El lobo y la garza

Un lobo que se había atragantado con un hueso iba de un lado a otro buscando a quien lo curara. Al encontrarse con una garza, le pidió que le sacase el hueso a cambio de una retribución. Y aquella metió su propia cabeza en la garganta del lobo, sacó el hueso y le reclamó la paga acordada. Él, respondiendo, dijo: «¡Eh tú!, ¿no te contentas con haber sacado sana tu cabeza de la boca del lobo, sino que también pides paga?».

La fábula muestra que la mayor recompensa por una buena acción a los malvados es que ellos no te hagan daño.

225. El lobo y el caballo

Un lobo que caminaba por un campo encontró un montón de cebada; como no podía utilizarla de comida, la dejó y se fue. Pero se topó con un caballo y le condujo al campo, diciéndole que, aunque había encontrado cebada, no se la había comido, sino que se la había guardado a él porque también le gustaba escuchar el ruido de sus dientes. Y el caballo, respondiendo, dijo: «Pero ¡venga ya!, si los lobos pudieran comer cebada, nunca habrías preferido tus oídos a tu tripa».

La fábula muestra que los malvados por naturaleza, aunque pregonen su bondad, no son creídos.

226. El lobo y el perro

Un lobo, al ver a un perro muy grande atado con una cadena, le preguntó: «¿Quién te ha atado y te ha criado así?». Este dijo: «Un cazador. Pero que no le pase lo mismo a mi amigo el lobo, pues el verdadero peso de la cadena es tener que pasar mucha hambre».

La fábula muestra que en las desgracias ni siquiera se llena la tripa.

227. El lobo y el león

En cierta ocasión, un lobo que había atrapado una oveja de un rebaño, la llevaba a su cubil. Un león se encontró con él y le quitó la oveja. El lobo, desde lejos, dijo: «Me has quitado lo mío injustamente». El león, sonriendo, dijo: «¿Es que te lo ha dado un amigo con justicia?».

La fábula evidencia a los bandidos rapaces y ambiciosos que se encuentran en una desgracia y se lo reprochan unos a otros.

228. El lobo y el burro

Un lobo que se había puesto al mando de los restantes lobos impuso a todos unas leyes, para que lo que cazase cada uno lo llevase al común y que todos tuvieran su parte y no devorarse entre sí por estar faltos. Se acercó un burro sacudiendo la crin y dijo: «Hermosa idea de la mente de un lobo, pero ¿cómo es que tú has depositado en tu cubil la caza de ayer? Llévala al centro y repártela». El lobo, puesto en evidencia, derogó sus leyes.

Los que parecen establecer las leyes justamente no perseveran fieles en lo que establecen y determinan.

229. El lobo y el pastor

Un lobo seguía a un rebaño de ovejas sin hacerles ningún daño. El pastor al principio se guardaba de él como de un enemigo y con temor lo vigilaba. Pero como aquel jamás intentó coger una presa, sino que se limitaba a acompañar al rebaño, el pastor pensó que más que un asesino era un guardián. Así que, cuando un día tuvo necesidad de acercarse a la ciudad, se marchó, dejando las ovejas con él. El lobo comprendió que había llegado su oportunidad, se lanzó sobre las ovejas y despedazó a la mayoría. El pastor, al volver y ver el rebaño destrozado, dijo: «Es justo lo que me ha pasado, pues ¿por qué confié las ovejas a un lobo?».

Así también, los hombres que entregan su dinero en manos de los avaros naturalmente son despojados.

230. El lobo harto y la oveja

Un lobo harto de comida, al ver una oveja echada en el suelo y dándose cuenta de que se había desplomado de pánico ante su proximidad, se le acercó y le daba ánimos diciendo que si le contaba tres verdades la dejaría escapar. La oveja dijo en primer lugar que le habría gustado no encontrarse con él; luego que, como esto ya era imposible, verlo ciego; y en tercer lugar: «¡Ojalá todos los lobos malos perezcaís de mala manera, porque, sin haber sufrido mal alguno de nosotras, nos hacéis la guerra malamente!». Y el lobo reconoció la sinceridad de sus palabras y la dejó ir.

La fábula muestra que muchas veces la verdad tiene fuerza incluso con los enemigos.

231. El lobo herido y la oveja

Un lobo mordido y maltratado por unos perros yacía herido, sin poderse procurar comida; al ver a una oveja le pidió que le llevara agua del río que fluía allí cerca: «Si me das de beber, yo encontraré comida por mí mismo». La oveja, respondiendo, dijo: «Si yo te doy de beber, tú me utilizarás como comida».

La fábula es oportuna para un malhechor que acecha con hipocresía.

232. La lámpara

Una lámpara borracha de aceite, mientras lucía, se jactaba de que brillaba más que el sol. Pero silbó una ráfaga de viento y al momento se apagó. Al encenderla alguien por segunda vez, le dijo: «Luce, lámpara, y calla; el resplandor de los astros nunca desaparece».

No debe cegarse uno con la fama y los honores de la vida, pues todo lo que adquiera es ajeno.

233. El adivino

Un adivino se ganaba su pan instalado en la plaza. Se le acercó uno y le comunicó que su casa estaba con las puertas abiertas y que se habían llevado todo lo de dentro. Se levantó de un salto y lamentándose fue a la carrera para ver lo sucedido. Uno de los que se encontraban cerca, al verlo, dijo: «¡Eh tú!, ¿tú que pregonabas que preveías los asuntos ajenos, cómo no predijiste los propios?».

Uno se podría servir de esta fábula contra quienes administran su propia vida de modo descuidado e intentan cuidar de lo que en absoluto les importa.

234. Las abejas y Zeus

Unas abejas que, por envidia, habían negado a los hombres su miel, llegaron ante Zeus y le pidieron que les proporcionase fuerza para golpear con sus aguijones a los que robaban sus panales. Y Zeus, irritado con ellas por su envidia, dispuso que, cuando golpearan a uno y le

dejasen clavado el aguijón, también murieran ellas.

Esta fábula podría ajustarse a hombres envidiosos que aceptan incluso sufrir un daño ellos mismos.

235. El apicultor

Un ladrón entró en casa de un apicultor mientras este estaba ausente y le sustrajo la miel y los panales. Al regresar y ver vacías las colmenas, se detuvo a examinarlas. Las abejas, que volvían de libar, al sorprenderlo, lo golpearon con sus aguijones y lo maltrataron de un modo terrible. Y aquel les dijo: «Malditos bichos, dejasteis ir indemne al que os robó los panales y a mí, que cuido de vosotras, me golpeáis terriblemente».

Así, algunos hombres que no se guardan de sus enemigos por desconocimiento, a los amigos los expulsan por insidiosos.

236. Los sacerdotes mendicantes

Unos sacerdotes mendicantes que tenían un burro solían llevarlo en sus caminatas cargado con sus bagajes. Y he aquí que un día, muerto el burro de cansancio, lo desollaron y se hicieron atabales con su piel. Al encontrarse con ellos otros mendicantes, y preguntarles dónde estaba el burro, dijeron que había muerto, pero que ahora recibía más golpes que los que nunca había soportado en vida.

Así también, algunos criados, aun cuando salen de la esclavitud, no se liberan de los trabajos serviles.

237. Los ratones y las comadreja

Ratones y comadreja estaban en guerra. Los ratones, siempre vencidos, se reunieron para tratar de ello y supusieron que les pasaba eso por su anarquía; de donde escogieron a algunos de ellos y los nombraron generales. Y estos, como querían mostrarse más relevantes que los demás, se hicieron unos cuernos y se los ataron a sí mismos. Entablado el combate, ocurrió que los ratones resultaron nuevamente vencidos. Todos los demás, en efecto, se refugiaron en sus agujeros y se introdujeron en ellos con facilidad; pero los generales, al no poder entrar a causa de los cuernos, fueron capturados y devorados.

Así, para muchos la vanagloria se hace causa de males.

238. La mosca

Una mosca había caído en una olla de carne, y a punto de ahogarse en el caldo se dijo a sí misma:

«He comido, he bebido y me he bañado; aunque muera, no me importa en absoluto».

La fábula muestra que los hombres soportan la muerte con facilidad cuando les viene sin padecimiento.

239. *Las moscas*

Unas moscas revoltosas se comían la miel derramada en una despensa, y por el dulzor del manjar no se marchaban. Al no poder echar a volar por haberseles pegado las patas, y medio ahogadas, dijeron: «¡Desdichadas de nosotras que perecemos por un corto placer!».

Así, para muchos la glotonería es causa de múltiples males.

240. *La hormiga*

La hormiga actual fue antiguamente un hombre; y, dedicado a la agricultura, no le bastaba con sus propios trabajos, sino que, mirando también con envidia los ajenos, se pasaba la vida robando los frutos de sus vecinos. Zeus, irritado por su ambición, lo transformó en ese animal que se llama hormiga. Pero, aunque cambió la forma, no modificó sus inclinaciones; pues hasta ahora, yendo de un lado a otro por los campos, recoge el trigo y la cebada de otros y los atesora para sí misma.

La fábula muestra que los malvados por naturaleza, aunque se los castigue sobremanera no cambian su modo de ser.

241. *La hormiga y el escarabajo*

En verano, una hormiga que iba por el campo recogiendo granos de trigo y cebada los guardaba como comida para el invierno. Al verla un escarabajo se asombró de que fuera tan laboriosa, pues se afanaba precisamente en la época en que los demás animales se dan a la indolencia, apartados de los trabajos. Ella entonces se calló; pero más tarde, cuando llegó el invierno, disuelto el estiércol por la lluvia, el escarabajo fue a ella hambriento a pedirle una parte de su comida. La hormiga le dijo: «Escarabajo, si hubieses trabajado cuando yo me esforzaba y me lo reprochabas, ahora no estarías falto de comida».

Así, los que no prevén el futuro en tiempos de abundancia son muy infortunados al cambiar la situación.

242. *La hormiga y la paloma*

Una hormiga que, sedienta, había bajado a un manantial, arrastrada por la corriente, estaba a punto de ahogarse. Una paloma, al verla, cogió una rama de un árbol y la arrojó al manantial. La hormiga se subió encima de ella y se salvó. Más tarde un pajarero, tras haber ajustado las cañas,

capturó la paloma. Cuando la hormiga lo vio, mordió el pie del pajarero. Este, al sentir dolor, dejó caer las cañas e hizo que la paloma al momento huyera.

La fábula muestra que se debe corresponder con agradecimiento a los benefactores.

243. El ratón de campo y el de ciudad

Un ratón de campo era amigo de otro que vivía en una casa. El de la casa, invitado por su amigo, fue primero a cenar al campo. Después de haber comido cebada y trigo, dijo: «Reconócelo, amigo, llevas la vida de las hormigas, pero, ya que yo tengo multitud de bienes, ven conmigo y disfrutarás de todo». Y, al instante, los dos se fueron. Y el de la casa le mostró legumbres y trigo, y además dátiles, queso, miel, frutos. Aquel a su vez, admirándole, lo elogiaba vehementemente y maldecía su propia suerte. Cuando se disponían a empezar a comer, de repente un hombre abrió la puerta. Atemorizados por el ruido, los ratones se lanzaron a los agujeros. Cuando quisieron de nuevo coger unos higos secos, llegó otro hombre para retirar algo de lo que había dentro. Al verlo los ratones, de nuevo se precipitaron a ocultarse en un escondrijo. El ratón de campo, sobreponiéndose al hambre, suspiró y dijo al otro: «Disfruta tú, amigo, con tu comida hasta que te hartes, gozándolo con placer y peligro y mucho miedo; yo, desdichado, viviré despreocupadamente sin temer a nadie, comiendo cebada y trigo».

La fábula muestra que pasar la vida con sencillez y vivir con tranquilidad está por encima de una vida regalada con miedo y con dolor.

244. El ratón y la rana

Un ratón de tierra se hizo amigo de una rana, para su desgracia. La rana, con mala intención, ató la pata del ratón a la suya. Y, en primer lugar, fueron por tierra para comer trigo; y luego, cuando se acercaron a la orilla del estanque, la rana arrastró al ratón al fondo, regocijándose ella en el agua y gritando su ero, ero, ero. El desgraciado ratón, hinchado por el agua, murió; y flotaba atado a la pata de la rana. Lo vio un milano y lo cogió con sus garras. La rana, encadenada, le seguía y también ella sirvió de comida al milano.

Aunque alguien esté muerto, tiene fuerza para la venganza; pues la justicia divina cuida todo y devuelve lo mismo en compensación.

245. El náufrago y el mar

Un náufrago, arrojado a la costa, se quedó dormido de cansancio. Pero cuando, ya recuperado, volvió sus ojos al mar, le reprochaba que, al seducir a los hombres con la mansedumbre de su aspecto, estos se adentraban en él y que luego él se encrespaba y acababa con aquellos. El mar, semejante a una mujer, le dijo: «Pero, ¡hombre!, no me lo reproches a mí, sino a los vientos; pues yo por naturaleza soy tal como me ves ahora también, pero estos me atacan de improviso, me

encrespan y me exasperan».

Tampoco debemos nosotros culpar de las afrentas a los que las hacen cuando están sometidos, sino a los que gobiernan.

246. Los muchachos y el carnicero

Dos muchachos fueron juntos a comprar carne. Y en esto que, mientras el carnicero estaba ocupado, uno cogió unos despojos y los metió en el pliegue del vestido del otro. Al volverse el carnicero y advertir el hurto, les echó la culpa, pero el que los había cogido juraba que no los tenía y el que los tenía que no los había cogido. Y el carnicero, dándose cuenta de su argucia, dijo: «Aunque me lo ocultéis a mí jurando en falso, a los dioses no os ocultaréis».

La fábula muestra que la impiedad del juramento en falso es la misma, aunque se disfrace con falsos argumentos.

247. El cervatillo y el ciervo

En cierta ocasión un cervatillo dijo al ciervo: «Padre, eres más grande y más rápido que los perros y además llevas cuernos enormes para tu defensa. ¿Por qué, entonces, los temes tanto?». Y aquel, sonriendo, dijo: «Eso que dices es verdad, hijo; pero sé una cosa, que, cuando escucho el ladrido de un perro, al momento, no sé cómo, me doy a la fuga».

La fábula muestra que ningún consejo fortalece a los cobardes por naturaleza.

248. El joven pródigo y la golondrina

Un joven pródigo al que, por haberse comido el patrimonio, solo le quedaba el manto, al ver una golondrina que había venido algo prematuramente, pensó que ya era verano y que no iba a necesitar el manto, así que lo cogió y también lo vendió. Más tarde volvió el mal tiempo y el frío; y cuando, mientras paseaba, vio a la golondrina muerta de frío, le dijo: «Me has perdido a mí y también a ti».

La fábula muestra que todo lo que se hace inoportunamente resulta arriesgado.

249. El enfermo y el médico

Un enfermo al que el médico le preguntó cómo se encontraba le dijo que sudaba más de lo normal. El médico sentenció: «Eso es bueno». Al preguntarle por segunda vez cómo estaba, dijo que, aquejado por los escalofríos, estaba destrozado. El médico sentenció: «También eso es bueno». Cuando le visitó por tercera vez y le preguntó sobre su enfermedad, dijo que tenía diarrea. Y aquel, después de sentenciar «también eso es bueno», se marchó. Cuando fue a visitarlo uno de sus

familiares y le preguntó cómo estaba, le dijo: «Me muero de lo bien que estoy».

Así, muchos hombres son considerados felices por el prójimo a causa de su apariencia externa en lo que ellos mismos se encuentran peor.

250. El murciélago, la zarza y la gaviota

Un murciélago, una zarza y una gaviota, hicieron una sociedad y decidieron dedicarse al comercio. Así pues, el murciélago tomó dinero a préstamo y lo depositó en el fondo común; la zarza puso sus ropas y, en tercer lugar, la gaviota cierta cantidad de bronce. Y embarcaron. Pero, cuando se desencadenó una violenta tempestad y la nave zozobró, ellos llegaron salvos a tierra, aunque lo perdieron todo. Por eso, desde entonces la gaviota siempre está al acecho en las costas, no sea que el mar arroje el bronce; el murciélago, por temor a los prestamistas, no aparece de día y sale a comer por la noche; y la zarza se agarra a las vestiduras de los que se le acercan, por si logra reconocer las suyas.

La fábula muestra que hasta el final nos preocupa aquello por lo que nos interesamos.

251. El murciélago y las comadreas

Un murciélago que había caído al suelo fue capturado por una comadreja y, cuando esta le iba a matar, le suplicó por su salvación. Al decirle la comadreja que no podía liberarle, pues por naturaleza combatía a todos los voladores, él le dijo que no era un pájaro, sino un ratón, y así le dejó libre. Más tarde cayó de nuevo al suelo y lo cogió otra comadreja, a la que también pidió que no lo devorara. Como esta dijese que odiaba a todos los ratones, él repuso que no era ratón, sino murciélago, y de nuevo fue liberado. Y así ocurrió que, por cambiar dos veces de nombre, logró su salvación.

La fábula muestra que tampoco nosotros debemos permanecer siempre en lo mismo, pensando que los que se acomodan a las circunstancias muchas veces evitan los peligros.

252. Los árboles y el olivo

En cierta ocasión los árboles vinieron a elegir un rey para ellos y optaron por el olivo: «Reina sobre nosotros». Y el olivo les dijo: «¿Voy a ir a mandar sobre los árboles dejando mi aceite que el dios y los hombres estiman en mí?». Y los árboles dijeron a la higuera: «Aquí, reina sobre nosotros». Y dijo la propia higuera: «¿Me voy a poner en camino para reinar sobre los árboles dejando mi dulzor y mi buen fruto?». Y dijeron los árboles al espino: «Aquí, reina sobre nosotros». Y el espino dijo a los árboles: «Si en verdad vosotros me unguís como rey vuestro, vamos, poneos bajo mi protección; y si no, que salga fuego del espino y devore a los cedros del Líbano».

253. *El leñador y Hermes*

Un hombre que cortaba leña junto a un río perdió su hacha. Así pues, sin saber qué hacer, se quejaba sentado a la orilla. Hermes, comprendiendo el motivo y compadecido del hombre, se sumergió en el río, sacó un hacha de oro y le preguntó si era esa la que había perdido. Como aquel dijera que no, Hermes bajó de nuevo y sacó una de plata. Al decir él que tampoco era la suya, bajó por tercera vez y sacó la suya. Cuando dijo él que esa sí era la que había perdido, Hermes, acogiendo con agrado su honradez, le regaló las tres. El leñador volvió junto a sus compañeros y les contó lo sucedido. Y uno de ellos quiso que le ocurriera lo mismo; se fue al río y luego de dejar caer adrede su hacha a la corriente, se sentó llorando. Pues bien, Hermes se le apareció también y comprendiendo el motivo del llanto, se sumergió igualmente, sacó un hacha de oro y le preguntó si esa era la que había perdido. Él dijo con agrado: «Sí, sin duda, esta es». Y el dios, aborreciendo tal desvergüenza, no solo se quedó con aquella, sino que tampoco le devolvió la suya.

La fábula muestra que la divinidad se opone a los injustos tanto como ayuda a los justos.

254. *Los caminantes y la osa*

Dos amigos caminaban juntos. Apareciéndoseles una osa, uno subió apresuradamente a un árbol y allí se ocultó; el otro, a punto de ser atrapado, se echó al suelo y se hizo el muerto. Cuando la osa le acercó el hocico y husmeó a su alrededor, él contuvo la respiración, pues dicen que este animal no toca a un muerto. Al retirarse la osa, el otro bajó del árbol y le preguntó qué le había dicho la osa al oído. Este dijo: «Que no camine de ahora en adelante en compañía de amigos que no permanecen al lado en los peligros».

La fábula muestra que las desgracias prueban los auténticos amigos.

255. *Los caminantes y el cuervo*

Un cuervo mutilado de uno de sus ojos salió al encuentro de unos que iban de viaje de negocios. Ellos se volvieron y uno era partidario de retroceder, pues eso señalaba el presagio; el otro, respondiendo, dijo: «¿Y cómo nos puede predecir el porvenir este que ni previo su propia mutilación para evitarla?».

Así también, los hombres que se despreocupan de sus propios asuntos también están desacreditados para dar consejos al prójimo.

256. *Los caminantes y el hacha*

Dos hombres caminaban juntos. Habiendo encontrado uno un hacha, el otro le dijo: «La hemos encontrado». El primero le corrigió: «No debes decir “la hemos encontrado”, sino “la has

encontrado”». Al cabo de un rato, al acercárseles los que habían perdido el hacha acusaron al que la tenía en su poder. Y dijo este a su acompañante: «Estamos perdidos». Entonces el amigo replicó: «No digas estamos perdidos, sino estoy perdido, pues cuando encontraste el hacha tampoco la compartiste conmigo».

La fábula muestra que los que no comparten los sucesos afortunados, tampoco en las desgracias son leales.

257. Los caminantes y el plátano

Un verano, hacia el mediodía, unos caminantes, agotados por el calor, vieron un plátano, se acercaron a él y se echaron a descansar tumbados a su sombra. Levantando la vista hacia el plátano le decía el uno al otro que ese árbol infructuoso no era muy útil para los hombres. Y el plátano, respondiendo, dijo: «Desagradecidos, aún estáis gozando de un beneficio procedente de mí y me llamáis inútil e infructuoso».

Así también algunos hombres son tan desagradecidos que se muestran incapaces de reconocer el beneficio que otros les proporcionan.

258. Los caminantes y el matojo

Unos caminantes que iban por la costa llegaron a un mirador y, al ver desde allí un matojo flotando a lo lejos, pensaron que era una gran nave. Por ello aguardaban a que fuese a fondear. Cuando el matojo, llevado por el viento, estuvo más cerca, ya no les parecía ver una nave, sino una barca. Pero, al comprobar que se trataba de un matojo, le dijo uno al otro: «En vano esperábamos nosotros lo que no era nada».

La fábula muestra que algunos hombres que a primera vista parecen ser terribles, cuando llegan a la prueba, se muestran dignos de nada.

259. El caminante y la Verdad

Caminaba un hombre por un desierto y encontró a una mujer sola, muy afligida, y le dijo: «¿Quién eres?». Ella contestó: «La Verdad». «¿Y por qué has dejado la ciudad y vives en el desierto?». Ella dijo: «Porque la mentira en tiempos antiguos vivía solo con unos pocos; ahora está con todos los hombres, si es que quieres estar enterado».

La vida es muy mala y difícil para los hombres cuando la mentira prevalece sobre la verdad.

260. El caminante y Hermes

Un caminante que recorría un largo camino prometió, si encontraba algo, darle a Hermes la

mitad de ello. Al hallar una alforja en la que había almendras y dátiles, la cogió pensando que había dinero. La sacudió, vio lo que había dentro, se lo comió y, cogiendo las cascarras de las almendras y los huesos de los dátiles, los puso sobre un altar diciendo: «Recibe, Hermes, la promesa, pues te he dejado lo de dentro y lo de fuera de lo que encontré».

La fábula es oportuna para un avaro que, por ambición, trata de engañar con argucias incluso a los dioses.

261. El caminante y la Fortuna

Un caminante que ya llevaba un largo trecho, rendido por la fatiga, se echó a dormir tumbado junto a un pozo. Estaba ya casi a punto de caerse y la Fortuna se le apareció, lo despertó y le dijo: «¡Eh tú!, si te hubieras caído no culparías a tu propia insensatez, sino a mí».

Así, muchos hombres, cuando son desafortunados por sí mismos, culpan a los dioses.

262. Los burros ante Zeus

En cierta ocasión, unos burros, contrariados y fatigados por llevar continuamente pesadas cargas, enviaron emisarios a Zeus pidiéndole cierta liberación de sus trabajos. Este quiso hacerles ver que eso era imposible y les dijo que se liberarían de sus sufrimientos si al mear hacían un río. Y aquellos lo tomaron en serio, y desde entonces hasta el día de la fecha, donde ven una meada de otros, allí se paran también ellos y mean.

La fábula muestra que lo que el destino ha asignado a cada uno es irremediable.

263. El que compró un burro

Un hombre que iba a comprar un burro se lo llevó a prueba y lo puso en el establo, metiéndolo entre los suyos. El burro se puso junto al más perezoso y voraz, apartándose de los demás. Y, como no hacía nada, el hombre lo ató, se lo llevó y se lo devolvió a su dueño. Cuando este le preguntó si le había hecho una prueba conveniente, le respondió diciendo: «No necesito más pruebas, pues sé que es como el que de entre todos eligió por compañero».

La fábula muestra que se supone que uno es igual que los amigos con los que se siente a gusto.

264. El asno salvaje y el burro doméstico

Un asno salvaje, al ver un burro doméstico en un lugar soleado, se le acercó y le felicitaba por el vigor de su cuerpo y por el buen provecho de su comida. Pero, más tarde, al verlo cargado y al arriero que iba detrás pegándole con un palo, dijo: «No te considero feliz, pues veo que tienes abundancia, no sin grandes males».

Así, no son envidiables las ganancias que se logran con peligros y desgracias.

265. El burro que transportaba sal

Un burro atravesaba un río cargado de sal. Resbaló y al caerse al agua se disolvió la sal, por lo que se levantó más ligero. Complacido por ello, cuando en otra ocasión llegó cargado de esponjas a un río, pensó que, si de nuevo se caía, se levantaría más ligero y así resbaló voluntariamente. Pero le ocurrió que, al no poder levantarse porque las esponjas habían absorbido el agua, se ahogó allí.

Así también, algunos hombres, sin darse cuenta, se meten en desgracias por sus propios designios.

266. El burro que cargaba con una imagen

Un hombre que había cargado a un burro con una imagen lo llevaba a la ciudad. La gente con que se encontraba se arrodillaba a adorar la imagen y el burro interpretó que lo adoraban a él, por lo que rebuznaba orgulloso y ya no quería seguir adelante. Y el arriero, dándose cuenta de lo que ocurría, mientras le pegaba con la vara, le dijo: «¡Qué mala cabeza, solo faltaba que los hombres se arrodillasen a adorar a un burro!».

La fábula muestra que los que se ufanan con los bienes ajenos se exponen a la risa de los que los conocen.

267. El burro revestido con piel de león y la zorra

Un burro revestido con la piel de un león iba de un lado a otro asustando a los animales. Y en esto que, al ver a una zorra, intentó también atemorizarla. Esta —pues casualmente le había oído antes rebuznar— dijo al burro: «Sabe bien que también yo me habría asustado de ti, si no te hubiera oído ahuecarte».

Así, algunos ignorantes que parecen ser alguien por los humos que se dan se ponen en evidencia por su prurito de hablar.

268. El burro que consideraba dichoso al caballo

Un burro consideraba dichoso a un caballo porque era alimentado generosa y cuidadosamente, en tanto que él mismo no tenía siquiera paja suficiente, y era muy desgraciado. Al estallar la guerra, el soldado armado montó al caballo, llevándolo a todas partes, e incluso lo condujo por entre las filas enemigas. Y el caballo resultó herido. El burro, al verlo, cambiando de opinión compadeció al caballo.

La fábula muestra que no se debe envidiar a los que mandan y a los ricos, sino amar la

pobreza, considerando qué se envidia en aquellos y sus riesgos.

269. El burro, el gallo y el león

En cierta ocasión un gallo comía juntamente con un burro. Al acercarse un león al burro, el gallo gritó; y el león —pues dicen que este teme la voz del gallo— se puso a huir. El burro, creyendo que huía por él, echó a correr en pos del león. Lo persiguió un buen trecho hasta donde ya no llegaba la voz del gallo, y el león se volvió y lo devoró. Este, mientras moría, gritó: «¡Desdichado de mí e insensato!, pues no siendo de padres luchadores ¿qué me impulsó a luchar?».

La fábula muestra que muchos hombres a propósito se enfrentan a los enemigos cuando están en condiciones de inferioridad y así mueren a manos de aquellos.

270. El burro, la zorra y el león

Un burro y una zorra, después de establecer una sociedad entre sí, salieron de caza. Un león los encontró y la zorra, viendo que amenazaba peligro, se acercó al león y le prometió entregarle el burro si le garantizaba su seguridad. Al decirle el león que quedaría libre, la zorra llevó al burro a una trampa y le hizo caer en ella. Y el león, al ver que este no podía huir, en primer lugar atrapó a la zorra y así luego se volvió contra el burro.

Así, los que maquinan contra sus socios muchas veces, sin darse cuenta, también se pierden a sí mismos.

271. El burro y las ranas

Un burro atravesaba una charca llevando una carga de leña. Se cayó por haber resbalado y no pudo levantarse, por lo que se lamentaba y gemía. Al oírle las ranas de la charca quejarse, dijeron: «¡Eh tú!, ¿y qué habrías hecho si llevaras aquí tanto tiempo como nosotras, cuando, habiéndote caído hace un momento, te lamentas así?».

Uno podría servirse de esta fábula contra un hombre indolente que se aflige con los trabajos más insignificantes y él mismo se conforma fácilmente con los más grandes.

272. El burro y la mula cargados por igual

Un burro y una mula caminaban juntos. Y en esto que el burro, viendo que ambos tenían cargas iguales, se molestaba y se quejaba de que la mula, a la que se consideraba merecedora de doble cantidad de comida, no llevara una carga mayor. Pero, cuando habían avanzado un poco en su camino, el arriero, al ver que el burro no podía aguantar, le quitó parte de la carga y la colocó sobre la mula. Un poco más adelante, viendo el arriero que el burro estaba aún más cansado, de

nuevo le cambió parte de su carga, hasta que quitándosela toda se la puso encima a la mula. Y entonces esta miró al burro y le dijo: «¡Eh tú!, ¿acaso no te parece que con razón merezco el doble de comida?».

Así pues, también conviene que nosotros juzguemos la disposición de cada uno no desde el principio, sino desde el final.

273. El burro y el hortelano

Un burro que prestaba servicio a un hortelano, puesto que comía poco y trabajaba mucho, pidió a Zeus que lo librara del hortelano y lo vendiese a otro amo. Zeus le atendió y le ordenó trabajar para un alfarero. Y de nuevo lo llevaba mal y estaba más afligido que antes, ya que cargaba la arcilla y las vasijas. Así pues, de nuevo suplicó que le cambiara el amo, y lo vendió a un curtidor. Pues bien, habiendo ido a dar en un amo peor que los anteriores y viendo lo que se hacía en su casa, dijo entre gemidos: «¡Ay de mí desdichado!, mejor era para mí permanecer junto a mis anteriores amos, pues este, según veo, me sacará hasta la piel».

La fábula muestra que los siervos anhelan más a los anteriores amos cuando toman experiencia de los posteriores.

274. El burro, el cuervo y el lobo

Un burro que tenía una herida en el lomo pacía en un prado. Al posarse sobre él un cuervo le golpeó la herida, entonces el burro al sentir dolor se encogió y dio un brinco. El arriero que estaba alejado, sonrió; y un lobo que pasaba cerca lo vio y se dijo a sí mismo: «¡Desdichados de nosotros, que nos persiguen con solo vernos y, en cambio, cuando esos se acercan, se ríen!».

La fábula muestra que los hombres que obran mal se ponen en evidencia por su propio aspecto y a primera vista.

275. El burro y el perrito o El perro y el amo

Un hombre que tenía un perro maltés y un burro pasaba el tiempo jugando siempre con el perro. Y, si en alguna ocasión comía fuera, le llevaba algo, y, cuando se acercaba y movía el rabo, se lo echaba. El burro, lleno de envidia, corrió hacia él y dando saltos le dio una coz. Y él, irritado, ordenó que lo sacasen a golpes y lo atasen al pesebre.

La fábula muestra que no todos han nacido para todo.

276. El burro y el perro que caminaban juntos

Un burro y un perro caminaban juntos. Encontraron en el suelo una carta sellada, el burro la

recogió y, roto el sello y desenrollada, la leyó de modo que el perro pudiera oírle. La carta hablaba casualmente de alimentos, es decir, de heno, cebada y paja. Así pues, el perro se encontraba a disgusto mientras el burro leía eso; y de aquí que le dijera al burro: «Lee un poco más abajo, queridísimo, a ver si encuentras, en otro párrafo, algo sobre carnes y huesos». El burro leyó la carta entera y no encontró nada de lo que el perro buscaba, y de nuevo el perro volvió a decir: «Tírala al suelo porque, amigo, no resulta nada interesante».

277. El burro y el arriero

Un burro conducido por un arriero se adelantó a su dueño abandonando el camino y se dirigió a un precipicio. Cuando estaba a punto de despeñarse, el arriero, cogiéndole del rabo, intentaba hacerlo volver atrás. Pero, al resistirse el burro con fuerza, lo soltó y dijo: «Vence, pues mala victoria logras».

La fábula es oportuna para un hombre pendenciero.

278. El burro y las cigarras

Un burro, al oír cantar a unas cigarras, se complació con su grato son y, envidiándoles su buena voz, les preguntó qué comían para tener tal voz. Como estas dijeran: «Rocío», el burro, aguardando al rocío, murió de hambre.

Así también, los que desean algo en contra de la naturaleza, además de no conseguirlo, sufren también las mayores desgracias.

279. El burro que se pensaba que era un león

Un burro que se había puesto una piel de león era considerado león por todos y causaba el pánico de hombres y rebaños. Pero como al soplar el viento la piel se le quitó y el burro quedó desnudo, entonces todos se lanzaron contra él y lo golpearon con palos y estacas.

Siendo pobre y un cualquiera, no imites a los más ricos, no seas entonces objeto de burlas y corras peligro. Pues lo extraño no es apropiado.

280. El burro que comía cambrones y la zorra

Un burro comía la aguda cabellera de unos cambrones. Una zorra lo vio y, burlándose, dijo: «¿Cómo con una lengua tan delicada y suave ablandas y comes una comida dura?».

La fábula es para los que profieren con su lengua palabras duras y peligrosas.

281. *El burro que fingía estar cojo y el lobo*

Un burro que pastaba en un prado, cuando vio que un lobo se precipitaba contra él, fingió estar cojo. Acercándosele el lobo le preguntó por qué cojeaba; él le dijo que al atravesar un seto había pisado una espina, y le pidió que primero le quitase la espina y luego lo devorase, para que no se le clavase al comer. Cuando el lobo le hizo caso y le levantó la pata, prestando toda su atención al casco, el burro de una coza a la boca le saltó los dientes. Y el lobo, maltrecho, dijo: «Es justo lo que me pasa, pues ¿por qué, si mi padre me enseñó el oficio de carnicero, yo mismo he cogido el de médico?».

Así también, los hombres que se dedican a cosas que en nada les convienen es natural que resulten desdichados.

282. *El pajarero y las palomas silvestres y domésticas*

Un pajarero extendió sus redes y en ellas ató unas palomas domésticas. Luego se apostó lejos y esperó con impaciencia el resultado. Cuando se les acercaron unas silvestres y se enredaron en las redes, el pajarero echó a correr e intentó cogerlas. Como estas culparan a las domésticas de que, siendo de la misma especie, no les hubiesen advertido de la trampa, aquellas, respondiendo, dijeron: «Pero para nosotras es mejor guardar a nuestros amos que agradar a nuestra familia».

Así también, entre los criados no son censurables cuantos, por amor a sus amos, faltan al afecto de sus parientes.

283. *El pajarero y la cogujada*

Un pajarero colocó redes para pájaros. Una cogujada que lo había visto de lejos le preguntó qué hacía. Este le dijo que construía una ciudad y a continuación se retiró lejos y se ocultó; la cogujada, creyendo en las palabras del hombre, se acercó y cayó en la red. Cuando el pajarero se aproximaba corriendo, aquella dijo: «¡Eh tú!, si construyes una ciudad así, no encontrarás a muchos que la habiten».

La fábula muestra que casas y ciudades se hallan desiertas principalmente cuando los gobernantes son severos.

284. *El pajarero y la cigüeña*

Un pajarero que había extendido unas redes para grullas, esperaba de lejos con impaciencia la caza. Como se posara una cigüeña junto con las grullas, echó a correr y también la capturó con aquellas. Al pedir esta que la soltara y decir que ella era no solo inofensiva para los hombres, sino también muy útil, pues cogía las serpientes y los demás reptiles y se los comía, el pajarero respondió: «Aunque no eres especialmente mala, al menos mereces castigo por haberte posado

con malvados».

Por lo tanto, también nosotros debemos evitar el trato con los malvados, para que tampoco parezca que participamos de su maldad.

285. El pajarero y la perdiz

Un pajarero, al presentársele un huésped bastante tarde y no teniendo qué servirle, echó mano de una perdiz doméstica e iba a sacrificarla. Esta le acusó de desagradecido, ya que, aunque le había sido muy útil al llamar y entregarle a las de su misma especie, él estaba dispuesto a matarla; él dijo: «Por eso con más razón te voy a sacrificar, porque ni siquiera perdonas a las de tu especie».

La fábula muestra que los que traicionan a los suyos no solo son odiados por los perjudicados, sino también por aquellos a quienes su traición beneficia.

286. La gallina y la golondrina

Una gallina que había encontrado unos huevos de serpiente los empolló cuidadosamente y más tarde abrió los cascarones. Una golondrina que la vio dijo: «¡Necia!, ¿por qué crías eso que, si crece, comenzará por ti, la primera, a hacer daño?».

Así, la maldad es indomable aunque se le presten los mayores servicios.

287. La gallina que ponía huevos de oro

Un hombre tenía una hermosa gallina que ponía huevos de oro. Pensando que dentro de ella había cantidad de oro, la sacrificó y encontró que era igual que las restantes gallinas. Esperando encontrar una gran riqueza acumulada, quedó privado hasta de la pequeña ganancia.

Que uno se baste con lo que tiene a su disposición y evite la insaciabilidad.

288. La cola y el cuerpo de la serpiente

En cierta ocasión, la cola de una serpiente pretendía ir delante y avanzar la primera. El resto del cuerpo decía: «¿Cómo me llevarás sin ojos y sin nariz, como tienen el resto de los animales?». Pero no la convenció, sino que incluso resultó vencida la sensatez. La cola iba la primera y conducía, arrastrando, ciega todo el cuerpo, hasta que, cayendo en una sima pedregosa, la serpiente se hirió el espinazo y todo el cuerpo. Moviéndose, la cola suplicaba a la cabeza: «Sálvanos si quieres, señora, pues he sufrido la experiencia de una mala disputa».

La fábula pone en evidencia a los hombres dolosos y malos y que se oponen a sus amos.

289. La serpiente, la comadreja y los ratones

Una serpiente y una comadreja luchaban en una casa. Los ratones, a los que perseguían ya la una, ya la otra, cuando las vieron luchar salieron de paseo. Ellas, al ver a los ratones, dejaron de luchar entre sí y se volvieron contra aquellos.

Así también en las ciudades los que se inmiscuyen en las revueltas de los dirigentes populares, sin darse cuenta se convierten en víctimas de unos y otros.

290. La serpiente y el cangrejo

Una serpiente y un cangrejo vivían en el mismo sitio. Y el cangrejo se comportaba con la serpiente leal y amistosamente. Esta, en cambio, era pérfida y malvada. Aunque el cangrejo continuamente la animaba a obrar con rectitud con respecto a él y a imitar su buena disposición, aquella no le hacía caso. Por eso, irritado, cuando observó que dormía la cogió del cuello y la mató; y, al verla tiesa, dijo: «¡Eh tú!, no debías ahora ser recta, cuando has muerto, sino cuando te lo aconsejaba: y no estarías muerta».

Esta fábula naturalmente podría decirse contra aquellos hombres que, siendo malvados con sus amigos en vida, dejan sus buenas acciones para después de su muerte.

291. La serpiente pisoteada y Zeus

Una serpiente, pisoteada por unos hombres, se quejó a Zeus. Este le dijo: «Si hubieras mordido al primero que te pisoteó, el segundo no habría intentado hacerlo».

La fábula muestra que los que se enfrentan a los primeros que atacan se hacen temibles para los demás.

292. El niño que comía entrañas

Unos pastores que sacrificaban una cabra en el campo invitaron a los vecinos. Con ellos había también una mujer pobre, con la que estaba su hijo. En el transcurso del banquete, el niño, con la tripa hinchada por la carne y sintiéndose mal, dijo: «Madre, vomito mis entrañas». La madre le dijo: «No las tuyas, hijo, sino las que te has comido».

Esta fábula es para un hombre con deudas, que, habiendo tomado el dinero ajeno resueltamente, cuando se le reclama, se enfada como si lo diera de lo suyo.

293. El niño que cazaba saltamontes y el escorpión

Un niño cazaba saltamontes delante de un muro y había cogido muchos. Cuando vio un escorpión, pensando que era un saltamontes, ahuecó la mano e iba a ponérsela encima. Y este, levantando el

aguijón, dijo: «¡Ojalá hubieras hecho eso antes, para que también se te hubieran escapado los saltamontes que cogiste!».

Esta fábula enseña que no se debe tratar por igual a todos, los buenos y los malos.

294. *El niño y el cuervo*

Una mujer consultó acerca de su propio hijo, que era muy pequeño, a unos adivinos, y estos predijeron que lo mataría un cuervo. Por eso, asustada, preparó una gran arca y en ella lo escondió, tratando de evitar que un cuervo lo matara. Y continuamente la abría a horas fijas y le proporcionaba los alimentos necesarios. Y en cierta ocasión, la abrió y dejó levantada la tapa. Y el niño descuidadamente asomó la cabeza. Así ocurrió que la aldabilla^[14] del arca le cayó en la mollera y lo mató.

295. *El niño y el león pintado*

Un anciano cobarde que tenía un hijo único, valeroso y apasionado por la caza, lo vio en sueños muerto por un león. Temiendo que el sueño se hiciese real y resultase verídico, preparó una vivienda muy hermosa y elevada, donde protegió a su hijo. Pintó también la vivienda por gusto con animales de todo tipo, entre ellos un león. El hijo, cuanto más lo veía, más pena tenía. Y un día, situado cerca del león, dijo: «¡Animal malísimo!, por ti y un sueño falso de mi padre fui encerrado en una cárcel propia de mujeres, ¿qué voy a hacerte?». Y tras decir eso, echó la mano a la pared para cegar al león. Se le metió bajo la uña una espina, que le produjo un dolor agudo, y se le hinchó hasta producirse una infección. Por eso le prendió una fiebre y al poco murió. El león, aunque era una pintura, le causó la muerte, sin que fuera útil para nada el ardid del padre.

Que lo que le tenga que ocurrir a uno lo soporte con valentía y no recurra a ardid, pues no lo evitará.

296. *El niño ladrón y su madre*

Un niño que había sustraído de la escuela la tablilla de su compañero se la llevó a su madre. Ella no solo no lo reprendió, sino que incluso se lo alabó. Después robó un manto y se lo llevó a ella. Y aquella lo alabó aún más. Pasando el tiempo, cuando se convirtió en un joven, incluso intentó robar cosas más importantes. Cogido una vez *in fraganti*, lo llevaron al verdugo con las manos atadas a la espalda. Su madre lo acompañó dándose golpes de pecho, y el chico dijo que quería confesarle algo al oído; y tan pronto como se le acercó, le cogió la oreja y se la mordió. Al acusarle ella de impiedad, porque no contento con los delitos que ya había cometido, maltrató también a su madre, aquel, respondiendo, dijo: «Si me hubieras reprendido cuando por primera vez robé una tablilla y te la llevé, no habría llegado al extremo de ser conducido incluso a la muerte».

La fábula muestra que lo que no se castiga en un principio va a más.

297. El niño que se bañaba

En cierta ocasión un niño que se bañaba en un río estuvo en un tris de ahogarse. Al ver a un caminante, lo llamó para que lo socorriese. Este reprendió al niño por atrevido. El mozalbete le dijo: «Ahora ayúdame, luego, cuando esté a salvo, podrás reprenderme».

La fábula se dice contra los que, en su propio perjuicio, dan ocasión de que se les critique.

298. El hombre que tenía dinero en depósito y el Juramento

Un hombre que había tomado dinero prestado de un amigo pensaba quedarse con él. Y en esto que, al citarle este a que prestase juramento, se fue al campo para evitarlo. Llegado a las puertas de la ciudad vio que salía un cojo y le preguntó quién era y adónde iba. Al decir este que él era el Juramento y que iba contra los impíos, por segunda vez le preguntó cada cuánto tiempo acostumbraba a visitar las ciudades. Este dijo: «Cada cuarenta años, pero a veces incluso cada treinta». Y él, sin vacilar un momento, al día siguiente juró que no había recibido dinero en depósito. Pero al encontrarse con el Juramento este lo llevó a un precipicio; el otro le culpaba de que, aunque le había dicho antes que se marcharía durante treinta años, ni siquiera le había dado un solo día de garantía.

Él, respondiendo, dijo: «Entérate bien de que, cuando alguien tiene la intención de molestarme, acostumbro a visitarlo el mismo día».

La fábula muestra que el castigo del dios para los impíos no es a plazo fijo.

299. El padre y sus hijas

Un hombre que tenía dos hijas dio una en matrimonio a un hortelano, y la otra a un alfarero. Al cabo del tiempo, fue a ver a la del hortelano y le preguntó cómo estaba y qué tal les iban las cosas. Ella dijo que todo les iba bien, pero que solo pedía a los dioses que llegase el mal tiempo y la lluvia para que las hortalizas se regasen. No mucho después, fue a ver a la del alfarero y le preguntó cómo estaba. Al decir esta que de lo demás nada le faltaba, pero que solo pedía que permaneciese el cielo raso y un sol brillante para que las vasijas se secasen, le dijo: «Si tú pretendes el buen tiempo y tu hermana el malo ¿con cuál de vosotras voy a rogar?».

Así, los que intentan al mismo tiempo distintos asuntos es natural que fracasen en ambos.

300. La perdiz y el hombre

Un hombre que había cazado una perdiz iba a degollarla. Ella le suplicaba diciendo: «Deja que

viva y, a cambio de mí, yo cazaré para ti muchas perdices». Él respondió: «Por eso mismo estoy decidido a sacrificarte, porque quieres tender trampas a tus parientes y amigos».

Que quien maquina artimañas insidiosas contra sus amigos caerá él mismo en sus trampas.

301. La paloma sedienta

Una paloma, atormentada por la sed, al ver pintada en un cuadro una cratera^[15] de agua, supuso que era real. Por eso, se precipitó con mucho estruendo y, sin advertirlo, se estampó contra el cuadro. Y le ocurrió que, al rompersele las alas, cayó al suelo y uno de los que andaban por allí la capturó.

Así, algunos hombres que, por un deseo vehemente, emprenden irreflexivamente los asuntos, sin darse cuenta se lanzan a la ruina.

302. La paloma y la corneja

Una paloma criada en un palomar se jactaba de su fecundidad. Una corneja que había escuchado sus palabras dijo: «¡Tú!, deja de presumir por eso; pues cuantas más crías tengas, tantas más servidumbres lamentarás».

Así también, los más desafortunados de los sirvientes son los que en la esclavitud tienen hijos.

303. Las dos alforjas

En otro tiempo Prometeo, que había modelado a los hombres, colgó de ellos dos alforjas, la de los males ajenos y la de los propios. Y la de los extraños la colocó delante, la otra la colgó detrás. De ahí que los hombres ven enseguida los males ajenos pero no reparan en los propios.

Uno podría servirse de esta fábula contra un intrigante que, ciego ante sus propios asuntos, se preocupa de los que no le interesan en absoluto.

304. El mono y los pescadores

Un mono, sentado en lo alto de un árbol, al ver que unos pescadores echaban una red barreada en un río, observaba lo que hacían y, al dejar estos la red y retirarse un poco para comer, bajó del árbol e intentó imitarlos —dicen, en efecto, que este animal es imitador—. Pero al coger las redes, se enganchó y corría peligro de ahogarse. Y se dijo a sí mismo: «Es justo lo que me ha pasado, pues ¿por qué, sin saber pescar, me puse a ello?».

La fábula muestra que el intento de lo que en absoluto interesa no solo es inútil, sino también dañino.

305. El mono y el delfín

Los que navegan tienen la costumbre de llevar consigo perros malteses y monos para su distracción durante la travesía. Uno que iba a navegar se llevó también un mono. Cuando llegaron a la altura del Sunio, el cabo del Ática, se desencadenó una violenta tempestad. Como la nave se fuese a pique y todos tratasen de ganar la costa a nado, también el mono nadaba. Un delfín que lo había visto y había supuesto que era un hombre, se puso debajo de él, y lo transportó hacia tierra firme. Cuando llegó al Pireo, el puerto de los atenienses, preguntó al mono si era ateniense de nacimiento. Al responderle este que sí y que allí tenía ascendientes ilustres, le volvió a preguntar si conocía el Pireo. Creyendo el mono que le hablaba de un hombre, le dijo que era muy amigo suyo, incluso íntimo. Y el delfín, irritado por tanta mentira, se sumergió y lo ahogó.

La fábula es para los hombres que cuando desconocen la verdad, acostumbran a engañar.

306. El mono y la camella

En una asamblea de animales se levantó un mono y se puso a bailar. Como todos lo acogieran bien y le aplaudieran mucho, una camella, llena de envidia, quiso ganárselos. Por eso, se levantó e intentó bailar también ella. Pero, como hacía muchas cosas raras, los animales, indignados, la echaron a golpes de palos.

La fábula es oportuna para los que, por envidia, rivalizan con los mejores.

307. Los hijos del mono

Dicen que los monos engendran dos crías y que aman a una de ellas y la crían con cuidado, en cambio a la otra la aborrecen y la abandonan. Ocurrió, por una cierta suerte divina, que la más mimada, abrazada dulce y estrechamente a la madre, se ahogó y la desdeñada salió adelante.

La fábula muestra que la suerte resulta más poderosa que la previsión.

308. Los navegantes

Navegaban unos hombres embarcados en una nave. Cuando estaban en alta mar se desencadenó una violenta tempestad y la nave casi se hundió. Uno de los navegantes, rasgándose las vestiduras, invocaba a los dioses patrios entre llantos y lamentos, prometiendo que les ofrecería sacrificios de agradecimiento, si se salvaban. Cuando cesó la tempestad y se hizo de nuevo una calma chicha, se pusieron a celebrarlo, bailaban y daban saltos, porque habían escapado de un peligro inesperado. Y el piloto, que era un hombre duro, les dijo: «Amigos, debemos alegrarnos, sin olvidar que quizá de nuevo se produzca una tempestad».

La fábula enseña a no exaltarse demasiado con los sucesos felices, pensando lo mudable de la fortuna.

309. El rico y el curtidor

Un rico estableció su vivienda junto a un curtidor; no pudiendo soportar el mal olor, no dejaba de insistirle para que se mudase. Este siempre le daba largas, diciendo que se mudaría al cabo de poco tiempo. Tras muchos años de repetirse lo mismo, ocurrió que pasado un tiempo el rico, habituado al olor, ya no le importunó más.

La fábula muestra que la costumbre mitiga hasta lo desagradable de las cosas.

310. El rico y las plañideras

Un rico que tenía dos hijas, cuando murió una, contrató unas plañideras. La otra le dijo a la madre: «¡Desdichadas de nosotras, que no sabemos lamentarnos nosotras mismas cuando la pena es nuestra, y estas, a las que en nada les concierne, se dan golpes de pecho y lloran con tanta vehemencia!». Y aquella, respondiendo, dijo: «No te asombre, hija, el que esas se lamenten de modo tan lastimero, pues lo hacen por dinero».

Así, algunos hombres, por ambición, no vacilan en especular con las desgracias ajenas.

311. El pastor y el mar

Un pastor que apacentaba su rebaño cerca del mar, al verlo calmo y tranquilo, quiso navegar. Pues bien, vendió sus ovejas, compró dátiles, los cargó en una nave y se hizo a la mar. Pero, al producirse una violenta tempestad y correr peligro la nave de irse a pique, echó toda la carga al mar y se salvó con dificultad con la nave vacía. Después de unos pocos días, al acercársele uno y admirar la tranquilidad del mar —pues casualmente estaba en calma—, interrumpiéndole, dijo: «Buen hombre, de nuevo desea dátiles el mar y por eso parece que está tranquilo».

La fábula muestra que los sufrimientos sirven de enseñanza a los hombres.

312. El pastor y el perro que meneaba la cola ante las ovejas

Un pastor que tenía un perro muy grande acostumbraba a darle de comer las ovejas que morían y sus corderinos recién nacidos. Y un día, cuando entraba el rebaño, el pastor, al ver que el perro se acercaba a las ovejas y meneaba la cola ante ellas, dijo: «¡Que caiga sobre tu cabeza lo que tú quieres para estas!».

La fábula es oportuna para un adulator.

313. El pastor y los lobeznos

Un pastor que había encontrado unos lobeznos los crio con mucho cuidado pensando que finalmente no solo custodiarían sus ovejas, sino que cuando otros lobos le quitaran algunas, se las devolverían a él. Pero estos, tan pronto como crecieron y adquirieron confianza, comenzaron a destruir el rebaño. Cuando el pastor se dio cuenta de ello, dijo entre llantos: «Es justo lo que me

ha pasado, pues ¿por qué salvé, cuando eran pequeños, a esos que había incluso que matar cuando crecieran?».

Así, los que salvan a los malvados, sin darse cuenta, los fortalecen primero contra ellos mismos.

314. El pastor y el lobo criado con perros

Un pastor que había encontrado un cachorro de lobo recién nacido y lo había recogido lo criaba junto con sus perros. Cuando creció, si en alguna ocasión un lobo arrebatava una oveja, también él junto con los perros lo perseguía. A veces, no pudiendo los perros coger al lobo regresaban de vacío, pero aquel lo seguía hasta que lo cogía y, como lobo, tomaba parte de la presa; luego volvía. Cuando no eran los otros lobos los que robaban una oveja, él la mataba a escondidas y la comía con los perros, hasta que el pastor tuvo sospechas y, comprendiendo lo que hacía, lo mató, colgándolo de un árbol.

La fábula muestra que una naturaleza malvada no forma un modo de ser honrado.

315. El pastor y el lobezno

Un pastor encontró un lobezno y lo crio; luego, convertido en cachorro, le enseñó a robar de los rebaños cercanos. El lobo, cuando aprendió, dijo: «Mira, no sea que tú, que me has acostumbrado a robar, eches de menos alguna de tus ovejas».

Los malos por naturaleza, que aprenden a robar y a ser ambiciosos, muchas veces dañan a los que les habían enseñado.

316. El pastor y las ovejas

Un pastor que había llevado sus ovejas a un encinar, al ver una encina muy grande repleta de bellotas, extendiendo debajo su manto, se subió a ella y sacudía el fruto. Las ovejas, al comer las bellotas, sin darse cuenta, también se comieron a la vez el manto. Cuando el pastor bajó y vio lo sucedido, dijo: «¡Malditos animales!, vosotros que proporcionáis a los demás las lanas para sus ropas, a mí, que os alimento, me quitáis hasta el manto».

Así, muchos hombres, por ignorancia, beneficiando a los que nada les importan, cometen maldades con los suyos.

317. El pastor que metía un lobo en el aprisco y el perro

Un pastor que metía las ovejas en el aprisco estuvo a punto de encerrar con ellas también a un lobo, pero su perro, al verlo, le dijo: «Si quieres salvar las ovejas de tu rebaño ¿cómo metes con él

este lobo?».

La convivencia con los malos puede hacer un daño muy grande y causar la muerte.

318. El pastor que gastaba bromas

Un pastor que apacentaba su rebaño bastante lejos de la aldea continuamente gastaba la siguiente broma: llamaba, en efecto, a gritos a los aldeanos en su ayuda diciendo que unos lobos atacaban las ovejas. Dos y tres veces los de la aldea se asustaron y salieron fuera, volviendo después burlados. Ocurrió finalmente que una vez los lobos atacaron de verdad. Mientras saqueaban el rebaño y el pastor llamaba a los aldeanos en su ayuda, estos, suponiendo que bromeaba como de costumbre, no se preocuparon en absoluto y así se quedó sin ovejas.

La fábula muestra que los embusteros ganan esto: no ser creídos cuando dicen la verdad.

319. La Guerra y el Desenfreno

Los dioses se casaron con quien a cada uno le tocó en suerte. La Guerra asistió al último sorteo. Solo consiguió al Desenfreno y, muy enamorada de él, se casó. Lo acompaña a cualquier sitio que vaya.

Adonde llegue el Desenfreno, en una ciudad o en una nación, la Guerra y las luchas enseguida vienen tras él.

320. El río y el cuero

Un río, al ver que un cuero flotaba en su corriente, le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Al responderle este: «Mi nombre es duro», cubriéndole con su corriente, dijo: «Búscate otro nombre, pues yo te voy a hacer blando».

Una desgracia en la vida muchas veces hizo bajar a tierra a un hombre osado y arrogante.

321. La oveja esquilada

Una oveja esquilada malamente dijo al que la estaba esquilando: «Si buscas lanas, corta más arriba; pero si deseas carne, sacríficame de una vez y deja de atormentarme por partes».

La fábula es ajustada para los que se dedican a sus oficios sin aptitudes.

322. Prometeo y los hombres

Prometeo, por mandato de Zeus, modeló a los hombres y a los animales. Zeus, al observar que los animales irracionales eran muchos más, le ordenó que, destruyendo a algunos, los transformara en

hombres. Cuando este hizo lo que se le había ordenado, resultó de ello que los que no habían sido modelados hombres desde el principio tenían la forma de los hombres pero el espíritu de animales.

La fábula es oportuna contra un hombre burdo y bestial.

323. La rosa y el amaranto

Un amaranto que crecía junto a una rosa dijo: «¡Qué flor más hermosa y deseable eres para dioses y hombres!, te felicito por tu belleza y por tu aroma». Esta dijo: «Yo vivo por poco tiempo, amaranto, y, aunque nadie me corte, me marchito; sin embargo, tú floreces y vives siempre tan joven».

Es mejor perdurar contentándose con poco que, por darse importancia poco tiempo, sufrir un cambio desafortunado o incluso morir.

324. El granado, el manzano, el olivo y la zarza

Un granado, un manzano y un olivo disputaban sobre su fertilidad. Como se produjese una disputa muy acalorada, una zarza, que desde una valla cercana les había oído, dijo: «Amigos, dejemos alguna vez de pelear».

Así, en las disputas de los mejores también los que no valen nada intentan parecer que son algo.

325. El trompeta

Un trompeta que convocaba al ejército, al ser hecho prisionero por los enemigos, gritó: «No me matéis, soldados, a la ligera y sin motivo; pues no he matado a ninguno de vosotros, ya que, excepto este bronce, no tengo ningún otro». Ellos le dijeron: «Pues por eso precisamente vas a morir, porque tú, que no puedes combatir, reúnes a todos para el combate».

La fábula muestra que más delinquen los que incitan a obrar mal a los gobernantes malos y violentos.

326. El topo y su madre

Un topo —animal ciego— dijo a su madre que veía. Y ella para probarle le dio un grano de incienso y le preguntó qué era. El topo respondió que una piedrecita, y la madre dijo: «Hijo, no solo estás privado de la vista, sino que también has perdido el olfato».

Así, algunos fanfarrones, en tanto que proclaman cosas imposibles, son rebatidos hasta en las más insignificantes.

327. El jabalí y la zorra

Un jabalí, parado junto a un árbol, se afilaba los dientes. Al preguntarle una zorra por qué, sin que le amenazara ningún cazador ni ningún peligro, aguzaba sus dientes, dijo: «No lo hago vanamente, pues si me sobreviene un peligro no tendré entonces que afilarlos y los utilizaré, pues ya estarán dispuestos».

La fábula enseña que los preparativos deben hacerse antes de los peligros.

328. El jabalí, el caballo y el cazador

Un jabalí y un caballo pacían en el mismo lugar. Como el jabalí destrozaba la hierba y enturbiaba el agua, el caballo, queriendo librarse de él, se alió con un cazador. Y, al decirle este que no podía ayudarle a no ser que soportara un freno y le dejara montar, el caballo aceptó todo. Y el cazador, montado en él, mató al jabalí y, llevándose al caballo, lo ató al pesebre.

Así, muchos, por una ira irreflexiva, mientras quieren librarse de los enemigos se entregan a otros.

329. La cerda y la perra que se insultaban

Una cerda y una perra se insultaban una a otra. La cerda juraba por Afrodita que desgarraría a la perra con sus dientes. La perra a eso contestó con ironía: «Bien nos juras por Afrodita, pues muestras que eres muy amada por ella, que a quien prueba de tus carnes impuras, en absoluto deja entrar en su templo». Y la cerda: «Por eso, en efecto, es más evidente que la diosa me ama, pues rechaza por completo a quien me mata o maltrata de cualquier forma; tú, sin embargo, hueles mal viva o muerta».

La fábula muestra que los oradores prudentes metódicamente transforman en elogio las injurias de los enemigos.

330. Las avispas, las perdices y el labrador

Avispas y perdices, atormentadas por la sed, fueron a ver a un labrador a pedirle de beber y le prometían que, a cambio del agua, le devolverían este favor: las perdices removerían sus viñas, las avispas, revoloteando en círculo, ahuyentarían a los ladrones con sus aguijones. El labrador dijo: «Tengo dos bueyes que, sin prometer nada, hacen todo; por tanto, es mejor darles a ellos que a vosotras».

La fábula vale contra hombres depravados que prometen prestar un servicio, pero cometen grandísimos daños.

331. *La avispa y la serpiente*

Una avispa se posó en la cabeza de una serpiente y la atormentaba golpeándola continuamente con su aguijón. La serpiente, sintiendo un dolor agudo y no pudiendo rechazar al enemigo, puso su cabeza bajo la rueda de un carro y así murió junto a la avispa.

La fábula muestra que algunos escogen morir junto con los enemigos.

332. *El toro y las cabras monteses*

Un toro, perseguido por un león, se refugió en una cueva en la que había cabras monteses. Golpeado y corneado por ellas, dijo: «No lo aguanto porque os tenga miedo a vosotras, sino al león que está ante la entrada».

Así, muchos, por miedo a los más poderosos, soportan incluso las insolencias de los inferiores.

333. *El pavo real y la grulla*

Un pavo real se burlaba de una grulla, y mofándose del color de su cuerpo le decía: «Estoy revestido de oro y púrpura; tú, en cambio, nada hermoso llevas en tus alas». Esta dijo: «Pero yo canto cerca de las estrellas y vuelo a lo alto del cielo; tú, en cambio, como un gallo, vas por abajo entre las gallinas».

Es mejor ser célebre con un vestido pobre que vivir sin fama enorgullecido por la riqueza.

334. *El pavo real y el grajo*

Celebraban las aves un consejo para tratar de su reino, y un pavo real pretendía que se le votase rey por su belleza. Dispuestas las aves a eso, un grajo dijo: «Pero, si nos persigue un águila, cuando tú reines, ¿cómo nos vas a ayudar?».

La fábula muestra que no son censurables quienes, en previsión de los peligros futuros, antes de sufrirlos, se protegen.

335. *La cigarra y la zorra*

Una cigarra cantaba en lo alto de un árbol. Una zorra, queriendo comérsela, ideó algo así: se situó enfrente para admirar su buena voz y le pedía que bajara, diciendo que deseaba ver de qué tamaño era el animal que emitía tal sonido. Y aquella, sospechando su engaño, arrancó una hoja y la dejó caer. La zorra corrió hacia lo que creyó ser la cigarra y esta dijo: «Te has equivocado, amiga, si supusiste que iba a bajar; pues yo me guardo de las zorras desde que en un excremento de zorra vi alas de cigarra».

Las desgracias del prójimo hacen prudentes a los hombres sensatos.

336. *La cigarra y las hormigas*

En invierno las hormigas secaban el grano mojado. Una cigarra hambrienta les pidió comida. Las hormigas le dijeron: «¿Por qué durante el verano no recogiste comida también tú?». Esta dijo: «No holgaba, sino que cantaba melodiosamente». Ellas, riéndose, dijeron: «Pues si en verano cantabas, baila ahora».

La fábula muestra que no debe uno descuidarse en ningún asunto, para no afligirse y correr peligro.

337. *El muro y la estaca*

Un muro, golpeado violentamente por una estaca, gritaba: «¿Por qué me destrozas, sin que yo te haya hecho ningún mal?». Y esta le dijo: «Yo no tengo la culpa de esto, sino el que por detrás me golpea con fuerza».

338. *El arquero y el león*

Subió a un monte un arquero experto en cazar. Todos los animales huyeron y solo un león le retó a una lucha. El arquero le disparó un dardo y, alcanzando al león, dijo: «Ve conociendo cómo es mi mensajero, que enseguida ataco yo». El león, herido, echó a correr. Al decirle una zorra que tuviese ánimo y no huyera, el león dijo: «De ningún modo me engañarás; pues cuando tiene un mensajero tan amargo, si me ataca él en persona, ¿qué voy a hacer?».

Desde el principio se deben examinar previamente los finales y así después salvar la vida.

339. *El macho cabrío y la vid*

Un macho cabrío comía el brote tierno de una vid. Esta le dijo: «¿Por qué me dañás?, ¿es que no hay hierba? Ya proporcionaré yo todo el vino que necesiten cuando te sacrifiquen».

La fábula censura a los desagradecidos y que quieren aprovecharse de los amigos.

340. *Las hienas*

Dicen que las hienas cambian cada año su naturaleza y que unas veces se hacen machos y otras hembras. Y en cierta ocasión, una hiena macho montó contra natura a una hembra. Esta, tomando la palabra, dijo: «Pero, amigo, hazlo así, que pronto te pasará lo mismo».

Naturalmente podría decirse esto contra el que ejerce un mando despótico sobre quien le va a sustituir de inmediato en el mismo.

341. *La hiena y la zorra*

Dicen que las hienas, que cambian cada año su naturaleza, unas veces son machos y otras hembras. Y una hiena, al ver a una zorra, le reprochó que no se acercara a ella, que quería ser su amiga. Y aquella, respondiendo, dijo: «No me lo reproches a mí, sino a tu naturaleza, por la que ignoro si te he de tratar como amiga o como amigo».

Contra un hombre ambiguo.

342. *La cerda y la perra (sobre su fecundidad)*

Una cerda y una perra disputaban acerca de su fecundidad. Como la perra dijese que era la única de los cuadrúpedos que paría tras muy breve gestación, la cerda respondió: «Cuando digas eso, reconoce que los pares ciegos».

La fábula muestra que no se juzgan las acciones por su rapidez, sino por su perfección.

343. *El jinete calvo*

Un calvo que se había puesto una peluca montaba a caballo. El viento, al soplar, se la quitó; una gran risa les dio a los que andaban por allí. Y aquel detuvo el caballo y dijo: «¿Por qué es extraño que huyan de mí unos pelos que no eran míos, que incluso abandonaron al que los tenía, con quien nacieron?».

Que nadie se apene por la desgracia que le llegue, porque lo que no obtuvo de la naturaleza al nacer, eso tampoco permanece con él; pues vinimos desnudos, desnudos también nos marcharemos.

344. *El avaro*

Un avaro que había convertido en dinero toda su hacienda y había adquirido un lingote de oro lo enterró en un lugar (y al tiempo sepultó allí su propia alma y su mente) e iba allí todos los días a mirarlo. Un trabajador que le había observado de cerca y había comprendido lo que pasaba desenterró el lingote y se lo llevó. Cuando el otro volvió y vio el lugar vacío, comenzó a lamentarse y mesarse los cabellos. Uno, al ver cómo se lamentaba y enterarse de la causa, dijo: «¡Eh tú!, no te desanimes así, pues, cuando lo tenías, tampoco tenías el oro. Así pues, coge una piedra en vez de oro, ponla y piensa que tienes el oro, pues te colmará del mismo provecho; porque, según veo, cuando estaba el oro, tampoco hacías uso de su posesión».

La fábula muestra que la posesión no es nada, si con ella no va el uso.

345. *El herrero y el perrito*

Un herrero tenía un perro que dormía mientras él trabajaba; a la hora de comer, en cambio, despertaba y se le ponía a su lado. El herrero, echándole un hueso, le dijo: «¡Desgraciado, dormilón!, cuando golpeo el yunque, duermes; pero cuando muevo los dientes, enseguida despiertas».

La fábula censura a los dormilones y perezosos, y que comen de los trabajos ajenos.

346. El invierno y la primavera

El invierno se burló de la primavera y le echó en cara que en cuanto aparecía ya nadie estaba tranquilo, sino que el uno iba a los prados y bosques, al que le era grato cortar flores y lirios o incluso mecer una rosa ante sus ojos y ponérsela en el pelo; otro, subiendo en una nave y surcando el mar, va, si se tercia, a ver a otros hombres; y que ya nadie se preocupa de los vientos o de la mucha agua de las lluvias. «Yo —dijo— me parezco a un jefe y a un soberano y ordeno mirar no al cielo, sino hacia abajo, hacia el suelo y obligo a tener miedo y a temblar y, a veces, a pasar el día en casa a gusto». «Por eso —dijo la primavera— los hombres gustosamente se librarían de ti; de mí, en cambio, incluso el propio nombre les parece que es hermoso, y ¡por Zeus!, el más hermoso de los nombres, de modo que cuando me voy me añoran y están flamantes cuando aparezco».

347. La golondrina y la serpiente

Una golondrina que había anidado en un tribunal echó a volar; una serpiente, deslizándose, devoró a sus crías. Al regresar aquella y encontrar el nido vacío se lamentaba con gran dolor. Otra golondrina intentó consolarla y le dijo que no era ella la primera que había perdido sus crías; la otra le contestó: «No lloro tanto por mis hijos como porque me han agraviado en este lugar en el que logran ayuda los que reciben agravios».

La fábula muestra que muchas veces son más difíciles las desgracias para los que las sufren cuando son provocadas por quienes menos lo esperan.

348. La golondrina y la corneja que disputaban sobre su belleza

Una golondrina y una corneja disputaban sobre su belleza. La corneja tomó la palabra y le dijo: «Tu belleza florece en la estación primaveral; mi cuerpo, en cambio, se mantiene en perfecta forma incluso en invierno».

La fábula muestra que la larga duración del cuerpo es mejor que su belleza.

349. La golondrina y los pájaros

Nada más brotar el muérdago, una golondrina se dio cuenta del riesgo que amenazaba a las aves y, habiendo reunido a todos los pájaros, les aconsejó que, mejor que nada, cortasen las encinas donde se produce el muérdago; y si eso no les era posible, que se refugiasen en los hombres y les suplicasen que no utilizaran el poder del muérdago para capturarlos. Riéndose estos de sus tonterías, ella se fue a suplicar ayuda a los hombres. Estos la acogieron por su sagacidad y hasta la aceptaron como convecina. Así ocurrió que los hombres cazan y se comen a los restantes pájaros, pero solo la golondrina, como protegida, anidaba sin miedo en sus casas.

La fábula muestra que los que prevén el porvenir naturalmente apartan de sí los peligros.

350. La golondrina que presumía y la corneja

La golondrina dijo a la corneja: «Yo soy virgen y ateniense, princesa e hija del rey de Atenas» y añadió el episodio de Tereo, la violación y la amputación de la lengua. Y la corneja dijo: «¿Qué habrías hecho si hubieras tenido lengua, cuando hablas tanto con la lengua cortada?».

Los que presumen de palabra, ellos mismos, al mentir, se contradicen.

351. La tortuga y el águila.

Una tortuga pidió a un águila que le enseñara a volar. Aunque esta le advirtió que eso excedía a su naturaleza, aquella insistió en su petición. Así pues, la cogió con sus garras y se la llevó a las alturas, luego la soltó. La tortuga cayó sobre una roca y se destrozó.

La fábula muestra que muchos se dañan a sí mismos por no hacer caso, en su afán de porfiar, a los más prudentes.

352. La tortuga y la liebre

Una tortuga y una liebre discutían sobre su rapidez. Y, tras fijar fecha y lugar, se separaron. Así pues, la liebre, despreocupándose de la carrera, confiada en su rapidez natural, se echó junto al camino y se puso a dormir. La tortuga, consciente de su propia lentitud, no dejó de correr y así, sobrepasando a la liebre que dormía, alcanzó el premio de la victoria.

La fábula muestra que muchas veces el trabajo vence a una naturaleza despreocupada.

353. Las ocas y las grullas

Ocas y grullas comían en el mismo prado. Se les aparecieron unos cazadores y las grullas, que eran ligeras, echaron a volar. Las ocas, rezagadas por la pesadez de sus cuerpos, fueron capturadas.

Así, también entre los hombres, cuando se produce una guerra en la ciudad, los pobres, ligeros

de peso, fácilmente se mantienen a salvo al huir de una ciudad a otra y continúan siendo libres; sin embargo, los ricos, al quedarse por el exceso de sus bienes, muchas veces son esclavizados.

354. *Las ollas*

Un río arrastraba una olla de barro y otra de bronce. La de barro decía a la de bronce: «Nada lejos de mí y no cerca, pues si tú te me acercas me romperé y también si yo te toco sin querer».

La vida es insegura para un pobre que vive cerca de un soberano ladrón.

355. *El loro y la comadreja*

Un hombre que había comprado un loro lo llevó a vivir a su casa. El loro, como animal manso que es, saltó sobre el hogar y se posó en él, y desde allí gritaba alegremente. Una comadreja, al verlo, le preguntó quién era y de dónde había venido. El loro dijo: «El amo me ha comprado hace poco». «Y bien —dijo ella— tú, el más osado de los animales, un recién llegado, gritas de tal manera, cuando a mí, nacida en la casa, los amos no me lo permiten, sino que, si en alguna ocasión lo hago, se enfadan y me echan». Él respondió: «Señora de la casa, márchate lejos, pues los amos no se enfadan del mismo modo con mi voz que con la tuya».

La fábula es oportuna contra un hombre criticón que intenta siempre echar las culpas a otros.

356. *La pulga y el atleta*

En cierta ocasión una pulga dio un salto y se posó en el pie de un atleta enfermo y, al saltar, le produjo una picadura. Él, muy irritado, se disponía a aplastar a la pulga con sus uñas. Pero ella con un impulso dio un salto natural y, alejándose, escapó de la muerte. El atleta, enojado, dijo: «Heracles, cuando me auxilias así con una pulga, ¿cómo vas a ser un colaborador contra mis rivales?».

Por lo tanto, la fábula también a nosotros nos enseña que no debemos invocar enseguida a los dioses para asuntos de poca importancia y sin riesgo, sino para las necesidades mayores.

357. *La pulga y el hombre*

En cierta ocasión una pulga no hacía más que molestar a uno. Al atraparla le dijo: «¿Quién eres tú que te alimentas de todos mis miembros, picándome a la ligera y sin motivo?». Ella gritó: «Así vivimos, no me mates, pues no puedo hacerte un gran mal». Él, riéndose, le dijo así: «En un momento estarás muerta con mis propias manos, pues no conviene en absoluto que surja en modo alguno ningún mal, ni pequeño ni grande».

La fábula muestra que no conviene compadecerse del malo, grande o pequeño.

358. *La pulga y el buey*

En cierta ocasión una pulga preguntó así al buey: «¿Qué te ha pasado para que diariamente sirvas como un esclavo a los hombres, siendo tan grande y valeroso, si soy yo quien desgarras sus carnes y bebes con avidez su sangre?». Y el buey: «No soy desagradecido con la raza de los mortales, pues ellos me aman y me quieren sobremanera y con frecuencia me frotan en la frente y en el lomo». Y ella: «Pero para mí, desdichada, ese frote grato para ti, es un destino lamentable si es que por casualidad me alcanza». Los que fanfarronean de palabra son derrotados hasta por el humilde.

GLOSARIO DE NOMBRES PROPIOS^[16]

Afrodita (18, 76, 329). Diosa del amor y de la belleza. Nacida, según Hesiodo, de la espuma marina acumulada en torno a los genitales del dios Urano, arrojados al mar cuando fue castrado por su hijo Crono. Según Homero, Afrodita es hija de Zeus y de Dione.

Apolo (121, 166). Dios de la música y de la poesía, de la curación y de la profecía. Era hijo de Zeus y de Leto y hermano gemelo de Artemis. Encarna la belleza masculina. Recibía culto en toda Grecia, pero fundamentalmente en Delfos, donde había un famoso santuario a él consagrado.

Atenas (10, 96, 350). Ciudad griega, la más importante del Ática. Se halla situada en la llanura central del Ática y está rodeada de montañas, excepto por el sur.

Atenea (53, 124, 129, 171). Diosa guerrera, pero también protectora de las artes manuales. Personifica el trabajo y la actividad intelectual. Nace de la cabeza de Zeus, como hija de Zeus y Metis, a la que el gran dios se había tragado al saber que estaba embarazada, por temor a que diera a luz un hijo más fuerte que él. Su símbolo era la lechuza y su árbol el olivo. Es la diosa protectora de la ciudad de Atenas.

Ática (305). Región situada al sudeste de la Grecia Central, con una extensión de unos 2.500 km². Es una zona árida y montañosa. Su ciudad principal es Atenas.

Bóreas (73). Viento del norte. En la mitología griega es hijo del titán Astreo (el de las Estrellas) y de Eos (la Aurora). Personifica las fuerzas elementales de la naturaleza.

Delfos (50). Ciudad de la región griega de la Fócide, en la Grecia Central, situada al pie del monte Parnaso y a unos 15 km de la orilla septentrional del golfo de Corinto. Es famosa por el oráculo de Apolo.

Démades (96). Orador y político ateniense del siglo IV a. C. Orador de palabra fácil y vivaz, cuyas facultades le hicieron cautivar a las masas. Sin embargo, no se conserva ninguno de sus discursos; únicamente un discurso fragmentario, «Sobre los doce años», conservado en un manuscrito del siglo XII, pero que actualmente se considera espurio.

Deméter (96). Diosa de la agricultura. Hija de Crono y Rea; madre de Pluto y Perséfone. Recibe culto principalmente en Eleusis, donde unas celebraciones místicas conmemoran el rapto de su hija Perséfone por Hades.

Desenfreno (319). Palabra que utilizamos para traducir el término griego *hybris*, personificación de todo lo que represente exceso, abuso, insolencia, ultraje, desmesura, soberbia... En la fábula lo hemos traducido por «desenfreno», palabra de género masculino, para ponerla en oposición a «guerra» (en griego *pólemos*), de género femenino. Sin embargo, el término griego *hybris* es femenino, mientras que *pólemos* es masculino.

Diógenes (97, 98). Filósofo, natural de Sínope (414-325 a. C.). Su apodo *kyon* (perro) dio nombre

a la escuela cínica. La leyenda nos lo presenta viviendo desnudo en un tonel, sin preocupación ni ocupación alguna, excepto la meditación en la inutilidad y fugacidad de los bienes mundanos.

Dionisias (10). Festivales en honor del dios Dioniso que incluían representaciones dramáticas. El Ática celebraba anualmente dos festivales: las Dionisias rurales hacia el mes de diciembre y las Grandes Dionisias o Dionisias urbanas que se celebraban en Atenas en marzo.

Eros (118). Dios del amor. Suele representarse como un niño con un arco y unas flechas. Es la personificación del deseo físico, pero encarna las cualidades que inspiran el amor.

Esopo (19, 96). Fabulista (ver Introducción).

Fortuna (84, 261). En griego *tykhe*. Divinidad alegórica que designaba la suerte, el azar. Presidía todos los acontecimientos, distribuyendo, conforme a su voluntad, los bienes y los males.

Guerra (319). En griego *pólemos*. Personificación divinizada.

Hades (133). Dios del mundo subterráneo que rige el mundo de los muertos. Hijo de Crono y Rea, hermano de Zeus y Poseidón. El término Hades también se utiliza para designar el reino de esta divinidad.

Helios (73, 127). Dios del Sol. Hijo de los titanes Hiperión y Tea. Era hermano de Selene (la Luna) y de Eos (la Aurora).

Hera (108). Diosa olímpica, hija de Crono y Rea. Esposa legítima de Zeus. Es la diosa del matrimonio y de las mujeres casadas

Heracles (44, 72, 129, 130, 356). Hijo del dios Zeus y la mortal Alcmena. El más famoso de los héroes griegos, nacido en Tebas, que, con su fuerza, logra vencer a los monstruos y superar los más arduos trabajos. Sus hazañas eran muy populares y su culto estaba muy extendido. Se le suele representar con aspecto rudo, vestido con una piel de león y llevando una maza.

Hermes (2, 48, 108, 109, 110, 111, 112, 126, 166, 253, 260). Hijo de Zeus y Maya. Mensajero de los dioses; inventor de la lira; dios de los comerciantes, de los ladrones, de los caminantes. Es representado con alas en sus pies, un caduceo en sus manos y con la cabeza cubierta con un gorro de ala ancha.

Hiperión (219). Titán hijo de Urano y Gea. Padre del Sol. También se emplea este nombre como epíteto del Sol.

Juramento (298). En griego *Horcos*. Hijo de Eris (la Discordia). Es la divinidad encargada de recoger la palabra jurada y castigar a los que la violan.

Leteo (133). Río que personifica el olvido. Es uno de los cinco ríos que fluyen en el mundo subterráneo, en el reino de Hades.

Meandro (29). Río del Asia Menor que fluye entre las regiones de Lidia y Caria con un curso muy tortuoso y desemboca por Mileto.

Mileto (29). Ciudad jonia en la costa del Asia Menor, con puerto en el mar Egeo.

Misterios (10). Cultos que comportan una iniciación consistente en una revelación. Se conoce la existencia de muchos cultos místéricos en Grecia, pero sus detalles permanecen ocultos. Los cultos más famosos son los de Deméter y Perséfone en Eleusis, que se celebraban en septiembre-octubre durante la estación de la siembra, pues son la manifestación de un culto de tipo agrario.

- Momo** (124). Personificación de la burla y el sarcasmo. Esta divinidad no recibía culto.
- Muerte** (78, 133). En griego *Thánatos*. Personificación divina, hija de Nyx (la Noche) y hermana de Hypnos (el Sueño).
- Nilo** (45). Río del nordeste de África. Nace en el lago Victoria, riega Egipto (país del que se ha dicho que es «un don del Nilo») y desemboca en el Mediterráneo, formando un delta.
- Olimpo** (124). El monte más alto de Grecia, situado entre Tesalia y Macedonia. En la mitología griega representaba el lugar donde residían los doce dioses olímpicos en mansiones construidas por Hefesto; en la cumbre se encontraba la morada de Zeus.
- Panateneas** (10). Fiestas atenienses instituidas en conmemoración del nacimiento de Atenea, diosa protectora de la ciudad. Se celebraban anualmente a finales de julio; pero cada cuatro años la celebración era más importante (Grandes Panateneas). Incluían juegos, certámenes deportivos y musicales. Culminaban con una gran procesión hasta el Partenón. (Esta procesión fue representada por el escultor Fidias en el friso de este templo).
- Pireo** (305). Puerto de Atenas, situado en el golfo de Egina, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Estuvo fortificado y unido a Atenas por los Muros Largos.
- Pluto** (130). Divinidad hija de Deméter. Es la personificación de la riqueza.
- Prometeo** (124, 210, 303, 322). Hijo del titán Japeto y hermano de Epimeteo. Se le considera favorecedor de los humanos, a quienes llevó el fuego y enseñó toda clase de artes para mejorar sus vidas. Según algunas leyendas, él mismo creó a los hombres, por mandato de Zeus, moldeándolos con arcilla.
- Rodas** (51). La más oriental de las islas del mar Egeo, no lejos de la costa de Caria.
- Sunio** (305). Cabo que forma la punta más meridional del Ática. En el siglo v a. C. se construyó en su promontorio un templo, dedicado al dios Posidón, que era lo primero que veían los navegantes cuando se aproximaban a las costas del Ática.
- Tereo** (350). Mitológico rey de Tracia, casado con Procne, que, enamorado de la hermana de esta, Filomela, la violó y luego le cortó la lengua y la encerró en una fortaleza para que no pudiera contar lo sucedido. Pero ella lo representó en un tapiz y logró enviárselo a Procne por medio de una sirvienta. Procne la liberó y entre ambas tramaron la venganza. Tereo fue convertido en abubilla; Filomela se transformó en golondrina y Procne en ruiseñor.
- Teseo** (44). Héroe hijo de Egeo, rey de Atenas. Se le representa como amigo de Heracles, cuyas proezas a menudo emulaba.
- Tierra** (25, 84, 109, 154). En griego *Gea*. Diosa hija de Chaos, madre y esposa de Urano (el Cielo). Entre sus descendientes están los titanes, el más joven de los cuales, Crono, le ayudó a vengarse de Urano castrándolo.
- Tiresias** (110). Legendario adivino ciego de Tebas. Aparece en muchas obras: la *Odisea*, de Homero; *Antígona y Edipo Rey*, de Sófocles; *Bacantes* y *Fenicias*, de Eurípides, etc.
- Verdad** (259). En griego, *aletheia*. Personificación alegórica divinizada.
- Zeus** (1, 4, 19, 57, 66, 74, 99, 108, 109, 111, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 130, 139, 146, 162, 234, 240, 262, 273, 291, 322, 346). Dios supremo de la religión griega. Hijo de Crono, al que derrocó y sucedió, formando la generación de los dioses olímpicos. Es considerado «padre de los dioses y de los hombres». Es el único dios griego cuyos hijos son

también dioses poderosos: Apolo, Artemis, Heracles, Dioniso, Atenea... Habita en el Olimpo. Los mitos referentes a él son abundantísimos.

ÍNDICE DE ANIMALES QUE APARECEN EN LAS FÁBULAS^[17]

- Abeja, 85, 234, 235
- Águila, 3, 4, 5, 6, 7, 20, 79, 110, 190, 191, 334, 351
- Alción, 28
- Anguila, 96
- Araña, 188
- Asno, 264
- Áspid, 137
- Atún, 22, 132
- Avispa, 330, 331
- Ballena, 95
- Becerro, 74
- Buey, 55, 70, 71, 80, 92, 139, 197, 330, 358
- Buitre, 203
- Burro, 16, 128, 141, 142, 208, 209, 228, 236, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281
- Caballo, 128, 138, 139, 140, 141, 142, 225, 268, 328, 343
- Cabra/macho cabrío, cabrito, 3, 10, 15, 16, 17, 40, 74, 80, 106, 107, 195, 208, 220, 292, 332, 339
- Camella/o, 144, 145, 146, 147, 148, 306
- Cangrejo, 150, 151, 290
- Caracol, 172, 181
- Carnero, 5, 218
- Castor, 153
- Cerdo/a, marrana, cerdito, 10, 94, 145, 329, 342
- Cierva/o, cervatillo, 102, 103, 104, 105, 195, 199, 200, 204, 212, 247
- Cigarra, 85, 278, 335, 336
- Cigüeña, 284
- Cisne, 173, 174
- Cocodrilo, 35, 45
- Cogujada, 169, 283
- Comadreja, 12, 13, 14, 76, 77, 237, 251, 289, 355
- Cordero, corderillo, 5, 36, 195, 199, 211, 221, 222, 312
- Corneja, 110, 170, 171, 302, 348, 350

Cuervo, 47, 161, 165, 166, 167, 168, 170, 203, 255, 274, 294

Culebra de agua, 66, 117

Delfín, 95, 132, 202, 305

Elefante, 210

Escarabajo, 4, 119, 149, 241

Escorpión, 293

Gallina/gallo, 6, 12, 14, 20, 21, 89, 90, 158, 180, 269, 286, 287, 333

Garza, 224

Gaviota, 193, 250

Gobio, 95

Golondrina, 9, 96, 248, 286, 347, 348, 349, 350

Gorrión, 50, 85

Grajo, 5, 160, 161, 162, 163, 164, 334

Grulla, 284, 333, 353

Halcón, 8

Hiena, 340, 341

Hormiga, 48, 240, 241, 242, 336

Jabalí, 199, 203, 327, 328

León/leona, 42, 59, 62, 71, 74, 93, 102, 104, 179, 187, 188, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 219, 227, 267, 269, 270, 279, 295, 332, 338

Leopardo, 37

Liebre, 4, 6, 7, 182, 190, 191, 192, 195, 204, 352

Lobo, lobezno, 45, 54, 64, 106, 107, 184, 195, 199, 205, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 274, 281, 313, 314, 315, 317, 318

Loro, 355

Milano, 135, 136, 193, 244

Mono, 38, 39, 145, 304, 305, 306, 307

Mosca, 238, 239

Mosquito, 188, 189, 210

Mula, 128, 272

Murciélago, 75, 250, 251,

Oca, 173, 353

Onagro, 207

Oso/a, 63, 179, 199, 200, 254

Oveja, 36, 54, 80, 94, 197, 217, 218, 227, 229, 230, 231, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 321

Paloma, 163, 242, 282, 301, 302

Pantera, 195, 199

Pavo real, 333, 334

Perdiz, 21, 285, 300, 330

Perro/a, perrito, 36, 80, 107, 139, 155, 171, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 191, 195, 199, 215, 216, 217, 218, 226, 231, 247, 275, 276, 305, 312, 314, 317, 329, 342, 345

Picarel, 26

Pulga, 356, 357, 358

Rana, 66, 67, 68, 69, 117, 127, 191, 201, 244, 271

Ratón, 13, 76, 206, 213, 237, 243, 244, 251, 289

Ruiseñor, 8, 9, 75

Saltamontes, 293

Serpiente, 33, 45, 81, 82, 122, 135, 167, 199, 284, 286, 288, 289, 290, 291, 331, 347

Ternera, 92

Tigre, 195, 199

Topo, 326

Tordo, 137, 157

Toro, 64, 74, 146, 149, 179, 189, 202, 211, 332

Tortuga, 125, 351, 352

Víbora, 115, 116, 117

Zorra, 3, 6, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 54, 58, 63, 69, 115, 119, 150, 160, 165, 180, 187, 190, 192, 194, 196, 199, 200, 205, 209, 213, 267, 270, 280, 327, 335, 338, 341



ESOPO. Fabulista griego que se cree vivió en torno al s. VI a. C.

Pocos datos seguros existen sobre la biografía de Esopo, y ya en la época clásica el personaje real se vio rodeado de elementos legendarios, quedando definitivamente cubierto por la ficción y la fantasía cuanto pudo tener de histórico. Ello no ha de llevar forzosamente a refutar su existencia, ya que un historiador de tanto crédito como Herodoto lo describe como un esclavo de un ciudadano de Samos que había vivido en la centuria anterior. Según una tradición muy difundida, Esopo nació en Frigia, aunque hay quien lo hace originario de Tracia, Samos, Egipto o Sardes. Sobre él circuló una gran cantidad de anécdotas e incluso descripciones sobre su físico que se hallan recogidas en la Vida de Esopo, publicada en el siglo XIV al frente de una recopilación de sus fábulas preparada por el monje benedictino Máximo Planudes.

Así, se cuenta que Esopo fue esclavo de un tal Xanto o Janto de Samos, que le dio la libertad. Debido a su gran reputación por su talento para el apólogo, Creso lo llamó a su corte, lo colmó de favores y lo envió después a Delfos para consultar el oráculo y para ofrecer sacrificios en su nombre y distribuir recompensas entre los habitantes de aquella ciudad. Irritado por los fraudes y la codicia de aquel pueblo de sacerdotes, Esopo les dirigió sus sarcasmos y, limitándose a ofrecer a los dioses los sacrificios mandados por Creso, devolvió a este príncipe las riquezas destinadas a los habitantes de Delfos.

Estos, para vengarse, escondieron entre el equipaje de Esopo una copa de oro consagrada a Apolo, le acusaron de robo sacrílego y le precipitaron desde lo alto de la roca Hiampa. Posteriormente se arrepintieron, y ofrecieron satisfacciones y una indemnización a los descendientes de Esopo que se presentaran a exigirla; el que acudió fue un rico comerciante de Samos, descendiente de aquel a

quien Esopo había pertenecido cuando era esclavo. De todo este relato parece histórico que Esopo fue un esclavo y que viajó mucho con su amo, el filósofo Janto; también se concede bastante credibilidad al episodio de su muerte.

Cinco siglos después de Esopo, una colección latina versificada del siglo I d. C. hecha por Fedro, un esclavo liberado por el emperador romano Augusto, incluyó fábulas inventadas por el propio autor junto con otras esópicas tradicionales, reelaboradas con mucha gracia y que influyeron en la manera adoptada por escritores posteriores. Similar alcance tuvieron en el siglo II d. C. las fábulas griegas en verso de Babrio, y durante la Edad Media las de Esopo tuvieron una extraordinaria aceptación. En el siglo XVIII, con el auge del Neoclasicismo, el género pareció vivir una edad de oro de la mano de autores tan prestigiosos como el francés La Fontaine. En lengua castellana alcanzaron gran fama en la misma época las fábulas de Félix Samaniego y Tomás de Iriarte.

Notas

[1] Funcionarios encargados del mantenimiento y vigilancia de los gimnasios en las ciudades helenizadas. Este cargo surge en Egipto en época de los Ptolomeos. <<

[2] En las representaciones teatrales, los actores utilizaban una máscara que les cubría la cara y la cabeza, lo que permitía que un mismo actor representase más de un personaje. Probablemente la máscara, al hacer el efecto de una caja de resonancia, acrecentaba la voz del actor; sin embargo, este se veía obligado a tener una dicción muy clara y unos ademanes muy expresivos, pues no podía hacer uso de la expresión facial. <<

[3] Sacrificio de cien bueyes. <<

[4] Vara delgada, con dos serpientes enroscadas, con que solía representarse a Hermes. Simbolizaba la paz y hoy suele emplearse como símbolo del comercio. <<

[5] Los oráculos eran lugares sagrados que gozaban en Grecia de gran prestigio y en los que se practicaba oficialmente alguna clase de adivinación. El más famoso de Grecia fue el de Delfos, consagrado al dios Apolo. Aquí la sacerdotisa, Pitia, expresaba, bajo la inspiración del dios, las respuestas a los que iban a consultar una predicción. <<

[6] Competición atlética en la que se disputaban cinco pruebas: salto de longitud, carrera pedestre, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina y lucha. <<

[7] La dracma era la moneda más común en circulación en Grecia y valía seis óbolos, que era la moneda más pequeña. El resto de las monedas eran múltiplos de la dracma: didracma (dos dracmas), tetradracma (cuatro dracmas), mina (cien dracmas), talento (sesenta minas). <<

[8] Los sátiros son divinidades mitológicas de los bosques y montañas, que van en el cortejo del dios Dioniso y participan en sus orgías bailando y bebiendo. Suelen representarse con forma humana, pero con patas de macho cabrío o con cola de caballo. <<

[9] Soldados de infantería pesada en el ejército griego. <<

[10] Canto de lamentación. <<

[11] Canto de victoria. <<

[12] La fábula se basa en la doble significación del término griego *kerdó* («gananciosa» o «engañoso») que se aplica a la zorra. <<

[13] El pletro es una medida de longitud griega equivalente a cien pies. Unos treinta metros. <<

[¹⁴] El término griego *kórax* («cuervo») también se emplea por extensión con la significación de «aldabilla» o cierre de una caja o arca, objetos que, por su forma, recuerdan el aspecto del pico de un cuervo. <<

[15] Vasija grande y ancha donde solía mezclarse el vino con agua antes de servirlo en las copas.

<<

[16] Los números expresados entre paréntesis a continuación de los nombres indican las fábulas en que estos aparecen. <<

[17] Los números hacen referencia al de las fábulas en que los animales aparecen. <<